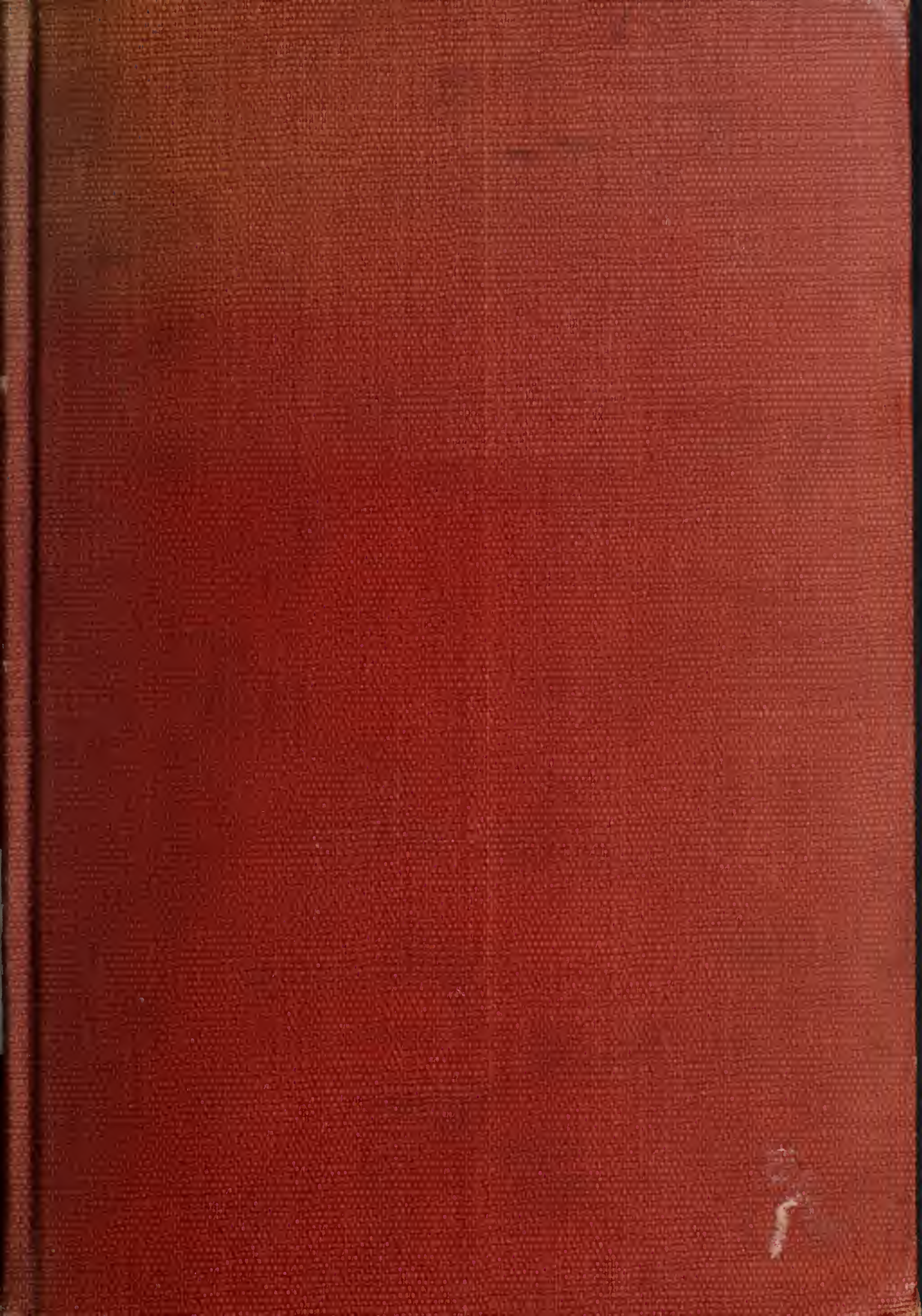



THE LIBRARY OF CONGRESS
1800



OBRAS POÉTICAS

DE

DON JUAN NICASIO GALLEGO,

SECRETARIO PERPETUO

DE LA

Real Academia Española,

PUBLICADAS

POR LA MISMA ACADEMIA.

MADRID: 1854.

Imprenta del Diccionario Universal del Derecho Español Constituido,
á cargo de J. DE M. GONZALEZ, Leganitos, 64.

OBRAS POÉTICAS

DE DON J. N. GALLEGO.

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JUAN NICASIO GALLEGO,

SECRETARIO PERPETUO

DE LA

Real Academia Española,

PUBLICADAS

POR LA MISMA ACADEMIA.

MADRID: 1854.

Imprenta del Diccionario Universal del Derecho Español Constituido,
á cargo de J. DE M. GONZALEZ, Leganitos, 64.

APUNTES

SOBRE LA VIDA Y ESCRITOS

DEL

Excmo. Sr. D. Juan Nicasio Gallego.

Una biografía completa del ilustre escritor cuyas obras poéticas, reunidas por primera vez en una coleccion ordenada y cabal, publica hoy la Academia, deberia contener, á más de las noticias de su vida que vamos á dar, un análisis detenido de cada una de sus composiciones, ó cuando ménos, de las principales. Este trabajo, sin embargo, aunque útil para la juventud estudiosa que se dedica al cultivo de las letras, no entra por ahora en el plan que se ha propuesto la Academia: acaso tampoco es llegada todavía la ocasion de emprenderle con entera probabilidad de acierto, por cuanto ni es fácil juzgar bien de los objetos que se miran muy de cerca, ni desprenderse bastante de los afectos personales para que no se trasluzca rastro de ellos en la crítica. Dia vendrá en que el autor de la elegía al *Dos de Mayo* sea colocado por la opinion desapasionada de la posteridad

en el lugar que verdadera y legítimamente le pertenece entre los poetas de este siglo: hoy, vivo aún el recuerdo de las raras prendas de ingenio y de carácter que tan respetado y querido de todos sus amigos hacian á nuestro inolvidable compañero; viva aún la dolorosa impresion producida por su reciente pérdida, no es dado asignarle aquel lugar con la imparcialidad debida. La Academia, sobre todo, á la que por tantos años y con tan estrechos lazos estuvo unido el personaje que es objeto de estas líneas, se reconoce inhábil en la ocasion presente para hacer otra cosa, con respecto á él, que lamentarse una vez más de tan sentida muerte, unir su voz al coro de justas alabanzas que nunca negó al señor Gallego la opinion pública, y dedicar á su memoria este modesto tributo de estimacion debida al literato eminente, al buen ciudadano, al fiel amigo. Vamos pues á limitarnos por estas razones á consignar aquí, desnudo de análisis y comentarios, y ciñéndonos en todo á relaciones dignas de entero crédito, un resúmen de la vida y de las principales producciones literarias del Sr. D. Juan Nicasio Gallego.

Nació en la ciudad de Zamora, el 14 de Diciembre de 1777, siendo sus padres D. Felipe Gallego y D.ª Francisca Hernandez del Crespo, ambos de acreditada nobleza; y despues de cursar primeras letras y latinidad bajo la direccion de un tal Pelaez, buen humanista, pasó á la edad de trece años á Salamanca á emprender su carrera de filosofía y derecho civil y canónico, que concluyó en 1800. Frutos de su vehemente aficion á la poesía fueron en aquella época algunas composiciones, de las que solo se han conservado pocos fragmentos; pues ya fuese efecto de excesiva modestia, ya de natural indolencia en el autor, es lo cierto que siempre fué descuidadísimo con sus propias obras, al paso que nadie con más vivo desvelo que él se interesaba por las de los demas. «El Sr. Gallego (escribia en 1845 uno

de sus biógrafos) es el protector nato, el amigo de confianza de todos los jóvenes que aspiran al glorioso timbre de poetas: él los aconseja, los anima, les corrige sus obras, y á todas horas están abiertas su puerta y su benevolencia para cuantos de buena fe van á reclamar el auxilio de sus luces y larga práctica en el arte.» Al mismo tiempo que el literato de quien escribimos merecia y justificaba con una bondad verdaderamente paternal este hermoso elogio, sus propias composiciones eran objeto para él de una indiferencia muy parecida al desden. Citamos este hecho, observado por los amigos del Sr. Gallego en todas las épocas de su vida, y que él mismo solia confesar con laudable ingenuidad, porque á más de dar la explicacion natural de la escasez de composiciones suyas que se conservan, constituye en cierto modo uno de los rasgos característicos de lo que pudiéramos llamar su personalidad literaria. Digamos, ántes de pasar adelante, que en efecto el Sr. Gallego fué en vida tan apreciado ó más por su gusto exquisito en literatura y su bondadosa facilidad en dar seguros consejos á cuantos acudian á consultar con él alguna produccion, que por el número é importancia de las suyas propias. El Sr. Gallego es sin duda un acabado modelo en el arte de bien decir; su entonacion poética rara vez deja algo que desear; pero los amigos de las letras no pueden ménos de lamentar vivamente que su fecundidad, ó acaso su aplicacion para los trabajos literarios en que tanta gloria hubiera podido ganar, fuesen en todo tiempo tan inferiores á lo que de su privilegiado talento y vasta instruccion debia esperarse.

Pocos años despues de concluir sus estudios, de tomar sus grados de Licenciado y Doctor, y de recibir las sagradas órdenes, vino el Sr. Gallego á la Corte, donde en Mayo de 1805 hizo oposicion á una capellanía de honor de S. M.

En Octubre del mismo año le nombró el Rey director eclesiástico de sus caballeros pajes, empleo que sirvió hasta la entrada de los Franceses en Madrid. Por entónces empezó á darse á conocer al público como poeta, con varias composiciones ligeras, que vieron la luz en los periódicos de aquella época, y otras que corrieron de mano en mano con grande aprecio entre los inteligentes.

Al volver los Franceses á Madrid capitaneados por Napoleon, tomó el Sr. Gallego el camino de Sevilla, siguiendo al Gobierno legítimo, y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de éste á la capital del Reino. Ántes habia obtenido una prebenda de Murcia, y la primera Regencia le nombró para la dignidad de Chantre de la Isla de Santo Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable período de tiempo no se oyeron los acentos de su musa sino muy rara vez, siendo esto en verdad no de extrañar, pues era natural que absorbiesen por entónces toda su atencion los arduos deberes de Diputado en las Córtes generales que se instalaron en la Isla de Leon el 21 de Setiembre de 1810. Ya ántes la Junta central le habia nombrado individuo de una Comision encargada de reconocer, clasificar y extractar multitud de planes, informes y memorias sobre la convocacion de Córtes, reformas de leyes y otros proyectos remitidos al Gobierno por todas las corporaciones y personas notables del Estado, invitadas por una circular de la misma Junta. En premio de estos servicios y de sus méritos anteriores se le confirió la dignidad arriba citada, de la cual le impidió ir á tomar posesion su eleccion de Diputado á Córtes. En ellas se mostró defensor constante, aunque siempre templado, de las nuevas doctrinas, y muy particularmente de la libertad de imprenta, de cuya Comision fué individuo y Secretario, habiendo sido redactados por él los varios pro-

yectos sobre esta materia que sucesivamente fueron elevándose á la categoría de leyes del Reino. Aquella primera y última excursion del Sr. Gallego por el terreno de la política le fué fatal bajo dos conceptos; impidiéndole dedicarse á las letras en la edad más á propósito para cultivarlas con aplauso, y suscitándole una persecucion cuyos efectos se hicieron sentir para él casi hasta el fin del reinado último. Restituido el Monarca al trono de sus mayores, el Sr. Gallego se vió sucesivamente preso en una cárcel pública durante diez y ocho meses, confinado por cuatro años en la Cartuja de Jerez, trasladado de ella en 1816, á peticion suya por enfermo, al monasterio de la *Luz* junto á Moguer, y pocos meses despues al convento de Loreto, en el ajarafe de Sevilla, á dos leguas de esta ciudad. En él le encontró la revolucion de 1820, á la que debió su libertad y su reposicion en la direccion eclesiástica de los caballeros pajes de S. M., en Abril de aquel año, siendo al poco tiempo promovido á la dignidad de Arcediano mayor de Valencia, que disfrutó y poseyó hasta los primeros meses de 1824, en que vuelto el Rey de Cádiz, se le despojó de ella por una Real órden fundada en el célebre decreto que declaró nulo cuanto habia hecho S. M. desde el 7 de Marzo en adelante. Reclamó una y muchas veces de aquel despojo, de que no habia idea ni ejemplo en la Iglesia española, por ser contrario á la disciplina y leyes eclesiásticas; pero léjos de ser oido, sufrió una nueva persecucion que le obligó á refugiarse en Barcelona, bajo la salvaguardia de la guarnicion francesa que ocupaba aquella plaza, en la cual permaneció hasta que, evacuada tres años despues por las tropas extranjeras, tuvo que emigrar á Francia.

Cuatro meses no más pasó en Mompeller, al lado de sus íntimos amigos los Duques de Frias: el natural deseo de activar la pretension de su arcedianato le movió á regresar

á Barcelona en Abril de 1828, calmados ya algun tanto, al parecer, los furores de la reaccion absolutista. De allí fué obligado á trasladarse á Valencia, donde por fin, despues de vejaciones sin cuento, que mal podriamos recordar sin pena y rubor, lució para él una aurora feliz en ocasion del enlace del Rey con la augusta Madre de nuestra actual Soberana. Relajado grandemente á resultas de aquel suceso el rigor de las persecuciones políticas, fuéle ya permitido venir á Madrid y adelantar de cerca sus justísimas pretensiones, con tan buena suerte y tan eficaces apoyos, que dos meses despues del nacimiento de nuestra actual Soberana, el poeta era agraciado con una canongía de Sevilla, la cual fué á residir inmediatamente. Hasta entónces puede decirse que habian durado las consecuencias de su malhadada diputacion de 1810: añadamos ahora que entónces tambien tuvieron definitivo término las agitaciones y desgracias de su vida pública.

Por no interrumpir esta narracion, hemos omitido un hecho muy digno de recordarse, por decoro de las letras, y por cuanto honra mucho al escritor de quien hablamos, no ménos que á otro á quien la Academia tenía á dicha hace pocos años contar en el número de sus individuos. Nos referimos á la traslacion de los restos mortales del insigne restaurador de nuestra poesía lírica D. Juan Melendez Valdes, desde la parroquia de la aldea de Montferrier, donde estaban depositados provisionalmente, al digno monumento que les consagró en el cementerio de Mompeller el Duque de Frias; piadoso y patriótico pensamiento debido al Sr. Gallego, cuyos son igualmente el epitafio y los elegantes dísticos latinos que se esculpieron en la losa sepulcral y forman parte de esta coleccion.

Otro suceso feliz para el Sr. Gallego ocurrió aquel mismo año de 1830: su entrada en esta Real Academia, de

la cual llegó á ser Secretario perpétuo en 1839, por haber ascendido á Director el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa. Ya en el año de 1814 habia sido nombrado Académico de honor de la de Nobles Artes de San Fernando, en cuyo cargo, como más adelante en los de Consiliario y Presidente de la misma corporacion, desplegó siempre notable celo y consumada inteligencia.

Residió en Sevilla su prebenda hasta Mayo de 1833 en que volvió á Madrid á disfrutar las vacaciones; y cuando en Setiembre se disponia á restituirse á su Iglesia, le retrajo de hacerlo la aparicion del cólera morbo en aquella ciudad. Precisado á quedarse en Madrid, obtuvo de S. M. el nombramiento de conjuez del Excusado, y poco tiempo despues una plaza supernumeraria en la Rota de la Nunciatura Apostólica, de cuyo tribunal era Auditor honorario desde el año de 1820. Al ejercicio de la judicatura eclesiástica en ambos tribunales se le agregó por entónces, y posteriormente hasta la época de su fallecimiento, el desempeño incesante de varias comisiones literarias y sólo una política, aunque ésta nada más que por pocos meses, cual fué la censura de varios periódicos que le confió el Gobierno en 1834. De aquellas fueron las principales la de formar un plan general de estudios, en union con los Sres. Quintana, P. La Canal y Liñan; la plaza de número de Director de estudios, cuando se restableció la Direccion en 1835; la presidencia de la Comision de exámen de libros de texto para la enseñanza, y últimamente el cargo honorífico y gratuito de Vocal del Real Consejo de Instruccion pública. En remuneracion de tantos y tan desinteresados servicios, S. M. se dignó agraciarle en 1844 con la gran cruz de Isabel la Católica, de cuya órden era Comendador desde el de 1834. En 15 de Agosto de 1845 fué nombrado Senador del Reino. Por último en 20 de Abril de 1852, mereció ser pro-

movido á la dignidad de Arcipreste del Pilar en la Santa Iglesia de Zaragoza, de la cual no llegó á tomar posesion por su avanzada edad y habituales dolencias.

Creemos no haber omitido hecho alguno importante relativo á la vida pública del Sr. Gallego. Si hubiéramos ahora de entrar en el exámen de sus varios trabajos políticos y literarios, y más aún en el de sus inolvidables prendas como hombre privado, mucho habríamos de añadir para dar á los que no han tenido la fortuna de conocerle, una idea cabal de aquella inteligencia tan elevada y recta, de aquel corazon tan honrado, de aquel trato amenísimo, de aquella sólida virtud que tan caro le hacian á sus numerosos amigos; pero ya hemos dicho que no es esta la ocasion oportuna de juzgar al poeta ni de pintar al hombre. Lo primero es tarea reservada á la posteridad: para lo segundo, no nos sentimos con fuerzas ni serenidad de ánimo bastantes. Le quisimos demasiado y está todavía harto reciente su irreparable pérdida para que pudiéramos hacer de él otra cosa más que un panegírico apasionado, lo cual tampoco sería propio de este lugar. Limitémonos pues á cumplir la última y más dolorosa parte de nuestro encargo, recordando en breves líneas la postrera enfermedad y muerte del Sr. Gallego. Fué ocasion de aquella una caida que dió en la noche del 22 de Diciembre de 1851, hallándose en la plaza de Oriente contemplando la lucida iluminacion del Real Palacio con que se solemnizó el nacimiento de la señora Princesa de Asturias. El golpe que recibió cayendo de espaldas y procurando aunque en vano sostenerse asido á un árbol, fué tan violento, que le originó la rotura, ó más bien, la luxacion de la cabeza del hueso del muslo izquierdo: esta lesion, grave siempre, y que lo era mucho más, atendida la avanzada edad del paciente; complicada además con una fuerte afeccion asmática que ya de an-

tiguo le agobiaba, abrevió el fin de sus dias, que vió llegar con cristiana y ejemplar resignacion, preparándose á la muerte como quien sabe que despues de ella comienza la verdadera vida: la limpieza de su conciencia mitigaba sin duda para él las amarguras de aquel duro trance. Por último, en la madrugada del 9 de Enero de 1853, rodeado de su familia y de sus amigos, en el cuarto segundo de la casa propia de la Academia, que está señalada con el número 26 en la calle de Valverde, y en la que tenía su habitacion como Académico Secretario, entregó su espíritu al Criador, y en la tarde del siguiente dia su cuerpo á la tierra en el cementerio de S. Justo y S. Millan, donde una sencilla inscripcion recuerda los principales títulos y las virtudes que tanto le recomendaron en vida.

Era el Sr. D. Juan Nicasio Gallego de aventajada estatura, grueso á proporcion, de grave y expresiva fisonomía, agudo en el decir y muy consecuente y afectuoso con sus amigos. El mejor retrato suyo que se conserva es el que ejecutó al óleo, y litografió despues para el periódico titulado *El Artista*, el acreditado pintor D. Federico de Madrazo.

Varias de sus obras poéticas fueron reunidas y publicadas en coleccion el año de 1829 por el apreciable literato habanero D. Domingo del Monte, en Filadelfia; mas sin conocimiento del autor y algunas en vista de textos poco fieles; por lo cual dicha coleccion alcanza hoy poco crédito entre los inteligentes. Movida de esta consideracion, no ménos que de un cordial afecto y singular estimacion á su último Secretario, resolvió la Academia, por unanimidad, en la sesion inmediata siguiente al fallecimiento del señor Gallego, publicar una coleccion selecta y esmerada de sus obras poéticas, nombrando al efecto una Comision de su seno encargada de recoger y ordenar, no solo las que ya

eran conocidas por hallarse impresas y diseminadas en multitud de periódicos, mas tambien todas las que pudiese obtener entre las varias que de notoriedad corrian manuscritas en poder de algunos amigos del autor, además de las que naturalmente debian encontrarse entre los papeles dejados á su muerte. Cumplió la Comision su encargo con diligente esmero, hecho lo cual, procedió á un escrupuloso cotejo entre los diferentes textos reunidos, á fin de fijarse en el que pareciese más fidedigno, y á un desapasionado exámen de las composiciones que definitivamente habian de figurar en la edicion de la Academia, haciendo de ellas tantas divisiones como son las clases á que corresponden, y adoptando para su respectiva colocacion el órden de fechas, hasta donde fué dable. Con este motivo, vamos á hacer una advertencia importante, adelantándonos á un reparo que tal vez se nos pondrá por no haber comprendido en esta coleccion todas las producciones que contiene la publicada en Filadelfia, y algunas otras que, con más ó ménos fundamento se atribuyen al Sr. Gallego. La razon es muy sencilla. La Academia ha creido que solo debian incluirse en este libro composiciones en un todo dignas de la alta reputacion literaria de su autor, y reconocidas además expresamente por él como suyas: en una palabra, ha creido que debia hacer en este punto lo que, á su juicio, hubiera hecho el mismo autor, si por dicha le hubiera sido dado desempeñar por sí propio la tarea que voluntariamente se ha impuesto la Academia, de lo cual muchas veces manifestó deseos y propósito, nunca realizado.

Por último, es para este Cuerpo un motivo de satisfaccion á la par que un acto de justicia, manifestar públicamente que son muchas las personas á quienes ha debido señaladas muestras de deferencia y una desinteresada cooperacion en su proyecto de honrar con este modesto ob-

sequio la memoria del Sr. D. Juan Nicasio Gallego; debiendo citar particularmente á los Sres. D. Juan José Bueno y D. Angel Fernandez de los Rios, que, con espontaneidad y celo muy laudables, han comunicado á la Academia datos y materiales importantes para esta publicacion, la cual confiamos que será grata á los amigos de las letras.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO.

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
VIRG. EN.

NOCHE, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el TREMENDO DIA
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna

La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fia
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?,
Exclama el triste en lágrimas deshecho.
«Mi pan y mi mansion partí contigo,
«Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
«Templé tu sed, y me llamé tu amigo:

«¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
«Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
«Con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El mónstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*,
Tinto en su sangre el desgraciado espira.
Y en tanto ¿do se esconden,
Do están, oh cara Patria, tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
Á merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros solo
Fuerte Daóiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir al gran torrente
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre Musa
Jamas el eco adormeció á tiranos
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
Á que la accion magnánima os eleva

El himno oid que á vuestro nombre entona,
Miéntras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces foragidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:
La familia asolada

Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los piés se humilla
Tímida vírgen de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad!.. ¡Treguas, oh Musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Pálas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnes brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;

¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heróico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar ¡Guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzais los anchos campos de Castilla!
La heróica España, en tanto que al bandido,
Que á fuego y sangre de insolencia ciego
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron cruento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traicion del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al mónstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

II.

Á LA MUERTE DEL DUQUE DE FERNANDINA,

HIJO DE LOS SEÑORES MARQUESES DE VILLAFRANCA.

Cartuja de Jerez. 1816.

¿Qué triste son, qué canto dolorido
Detiene el curso al raudo Guadalete
Y en tono sepulcral hiere mi oido?
Entre el manso rüido
Del fúnebre ciprés que arrulla el viento
¿No escucho el caro acento,
Los tiernos ayes de mi ilustre amigo (1)
Que, solo, al pié de un túmulo suspira?
Estos ¿no son los ecos de su lira?
Sí, que mi pecho en llanto se deshace,
Y allá en el polvo, do olvidada yace,
Se escuchan ¡ay! por dulce simpatía
Tristes gemir las cuerdas de la mia.
¿Será ¡mísero yo! que infausta estrella
Del caro fruto de su amor le prive,
Ò el sol hermoso, en cuya lumbre vive,

(1) Alude á una composicion al mismo asunto, que acababa de escribir el señor duque de Frias.

Llore eclipsado de su esposa bella?
¡Ántes la santa huella
Del lento cenobita oprima el mio
Que ver, oh Aspasia, tu sepulcro frio!
Mas no: de su lamento
Es otra la ocasion. En son agudo
Clamar las torres de Sidonia siento,
Que redobla el pavor del campo mudo.
Ya la fúnebre nueva
Por los góticos claustros se difunde
Rápida como el viento que la lleva,
Y el eco de la noche en el desierto
Repite ¡ay Dios! que Fernandina es muerto.
¡Ah! ¿Y es verdad? ¡Ni su inocente vida
Que el verdor no gozó de veinte abriles
De tan aciago fin salvarle pudo!
¡Ni el vigor de sus años juveniles,
Ni el alto alcázar, ni el dorado techo
Fueron al golpe atroz bastante escudo!
¡Y en tanto satisfecho
De lustros y de crímenes cargado
Triunfa el protervo y la virtud oprime!
¡Y en tanto el desgraciado,
Que en la amargura gime
Y á quien más que el morir la vida espanta,

Mal su grado encanece
Y á par que en años en miserias crece!..
¡Oh Providencia inescrutable y santa!
¡Cuánto de aquellos dias
El recuerdo me aflige en que la ausencia
Del cautivo monarca lamentando
El lento curso de la edad sentias!
Te ví, te ví mil veces
Probar el temple á la flamante espada,
Y la clin del bridon con blanda mano
Impaciente halagar bañado en gozo.
Yo ví tu faz de cólera inflamada
(Que del naciente bozo
La débil sombra matizaba apénas)
Al son del parche y al marcial estruendo,
Y en noble saña hirviendo
La sangre de Guzman henchir tus venas.
Mas ¿à qué de esta suerte
Con pasadas memorias devaneo,
Cual con sueño fugaz, si en solo un punto
Tanta esperanza ¡ay Dios! marchita veo
Al rudo soplo de áspera fortuna?
Tú que mi llanto ves, pálida luna,
Tú que el usado giro terminando
Una vez y otras dos, al jóven viste

Entre las garras del dolor luchando,
Que al fin con rabia inusitada y fiera
Fundió sus huesos, como el sol la cera;
Al contemplar que ni un momento aplaca
Su cólera inclemente,
Entre el negro crespon de nube opaca
De horror velaste la argentada frente.
 ¿Y quién en tanto al afligido padre
Dar consuelo sabrá? ¿Quién la agonía
Pintar al vivo de la tierna madre
Que junto al hijo exánime gemia?
«¡Ay triste!, prorumpia:
«¿Dónde mis dulces ilusiones fueron
«Para nunca tornar? El rico estado,
«Los tesoros ni el arte ¿qué valieron?
«¡Quién me dijera, oh niño desgraciado,
«Que para verte en tan atroces penas
«El ser te dí, te alimenté á mi pecho!
«¿Á quién ¡ay! al morir le falta un lecho?
«El mendigo infelice
«Hállalo en pobre paja ó suelo frio;
«¡Y el cielo se lo niega al hijo mio!» (1)
 Dice: y alzando al lastimado acento

(1) El duque pasó la enfermedad y murió sentado en una silla, porque la angustia y la fatiga no le permitieron estar acostado un solo punto.

Su voz el duque y lánguida cabeza
En que el sello de muerte
Grabado estaba y la filial terneza:
«No así al dolor rendida
«Querais, dijo, señora, de esta suerte
«Perder conmigo tan preciosa vida.
«Esos niños mirad que en torno lloran
«Y tiernamente os aman:
«Tambien los inocentes madre os llaman
«Y vuestro afecto y proteccion imploran.»
No dijo mas: lanzando un ay profundo,
Que recorrió los altos artesones,
Selló la Parca el labio moribundo
Y al alma abrió las fúlgidas regiones.
　　Vióse al letal gemido,
Cual bella palma que derriba el rayo,
Bajar envuelta en súbito desmayo
La triste madre al alfombrado suelo.
　　No tornes á vivir, que angustia y duelo
Te aguardan solo y eternal quebranto,
¡Desgraciada mujer! Mas ¡ay! que en tanto
Vuelve á la vida: inmóviles los ojos,
Con voz quebrada, sin accion, sin llanto,
Llama al hijo infeliz que no responde:
Alzase y azorada,

La trenza al aire por los hombros suelta,
Vaga en su busca sin mirar por dónde:
De su prole angustiada,
Que sus pasos detiene y la rodea,
No oye la voz querida,
Ni ve la luz febea;
Que en un mar de tinieblas sumergida
Sin él se juzga, y desamada y sola.
¡Musa, no mas! Las nubes arrebola
Ya el alba soñolienta, á mis mejillas
Las lágrimas se agolpan, y embargada
Mi lengua de dolor repugna el canto.
Cesa, y en raudo vuelo,
Pues á mí no me es dado, á las orillas
Del Manzanares torna,
Y en la tumba sagrada
Depon la adelfa que tu sien adorna.
Si allí por dicha á la matrona hallares
El hijo caro demandando al cielo,
Dile, y á sus pesares
Dar logrará tu voz dulce consuelo,
Que ya ceñido de inmortal corona
En el empíreo coro
Himnos de gloria venturoso entona
Al Dios omnipotente en arpa de oro.

III.

Á LA MUERTE DE LA REINA DE ESPAÑA

Doña Isabel de Braganza.

(1819.)

Ostendent terris HANC tantum fata, neque ultra
Esse sinnent. . . . .

VIRG. EN.

¿Por qué revuelta en pavoroso velo
Cubres la augusta faz? ¿Qué agudas penas
De imprevisto clamor turban tu cielo?
¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
Tus hazas al furor de Marte crudo
Y á tu adorado rey entre cadenas?
¿Será forzoso que el potente escudo
De nuevo embraces y la lanza fuerte
Que los grillos romper del orbe pudo?
¡Ay! No será; que el fallo de la muerte
Ni el valor lo revoca ni el acero:
Llorar, solo llorar es hoy tu suerte.

¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero
Soplo extinguió la antorcha lusitana
Que inundaba de luz el campo ibero?
¿Es verdad que tu excelsa soberana
Brilló tan solo el término de un dia,
Como la rosa del abril temprana?...
¡Ay! Vuelve al triste son, cítara mia;
Vuelve otra vez al querellar doliente,
Nunca avezada al gusto y la alegría.
Ciña el cipres las canas de mi frente,
Que argentó del pesar la mano adusta,
Más bien que de los años la corriente;
Y el claro nombre de Isabel augusta
Oigan estas olivas y nopales
Mudos testigos de mi suerte injusta.
Que no es dado á mi canto los reales
Palacios penetrar, y en grato acento
De Fernando infeliz templar los males.
Tú, Reina hermosa, que á tan alto asiento
Por mil virtudes encumbrada fuiste,
Dejando á España lágrimas sin cuento,
Tú sí que escucharás el eco triste
De un desdichado, que de angustia y duelo
Más que de luto estéril se reviste.
¿Por qué tan pronto del hispano suelo,

Sorda á nuestra afliccion, huyes, Señora,
Sumido ya en eterno desconsuelo?
¿No hallaba aquí tu mano bienhechora
Mejillas que enjugar, do guerra impía
Vertió sin fin su copa asoladora?
¡Oh! Torna, torna á la mansion que un dia
De alma delicia y de placer colmaste,
Y hora se cubre de tiniebla umbría,
Y del pueblo leal que abandonaste
La atruena el grito y túrbala el quebranto
Buscando en vano el bien que le robaste.
¿Y adónde, adónde en infortunio tanto
Los ojos volverá, si tú le dejas?
¿Quién cegará las fuentes de su llanto?
Mas ¡ay! que en balde me deshago en quejas;
Que en balde emprende de la Parca dura
Desarrugar mi voz las torvas cejas.
¿Ni del régio semblante la dulzura
Detuvo impía el brazo á tu venganza,
Ni en tan florida edad tanta hermosura?
¿Qué te ofendió la perla de Braganza,
Que así empañaste su esplendor divino
Cortando de dos mundos la esperanza?
¿Y es este, oh cielo, el ínclito destino
Que España á su inocencia prometia

:

Cuando cubrió de alfombras el camino?
¡Duran tal vez las flores todavía
Que holló su planta! ¡Oh tiempo venturoso
Presente en mi inflamada fantasía!
Ostentosa su entrada fué: ostentoso
Bajel Favonio con halagos puros
Meció de Cádiz en el golfo undoso;
Y al bronco estruendo de los bronces duros
Bella, como la Diosa de los mares,
La saludaron los hercúleos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares
Oir y el grito de las torres creo,
Y el festivo sonar de mil cantares.
Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
Modesta, hermosa, plácida, lozana,
Llegar la ven las playas de Mnesteo,
Y al dulce lado de su dulce hermana
Con ansia noble y anhelante prisa
La cerca el pueblo fiel, corre y se afana.
Ella, que en este afan su amor divisa,
Responde grata con galan saludo,
Su labio de coral bañado en risa.
Por verla el padre Bétis, con nervudo
Brazo apartó los juncos de su frente,
Y á espectáculo tál paróse mudo.

En triunfo la llevó la hispana gente
Con júbilo sin par y altos loores,
Manzanares humilde, á tu corriente;
Y entre marciales salvas y entre flores
Llegó á los brazos del augusto esposo
Sembrando hechizos y cogiendo amores.
Mas ¡ay de mí! ¿qué vale que engañoso
Prestigio alegres horas me recuerde,
Si ya son hoy tormento doloroso?
Que no mas pronto ¡oh Dios! su aliento pierde
Por el pérfido plomo sorprendida
Blanca paloma entre la grama verde,
Que en flor le arrebató la dulce vida
Como rayo veloz muerte villana
Abriendo un solo golpe tanta herida.
¡Oh frágil pompa! ¡Oh condicion humana!
¿En qué cimiento tu firmeza estriba,
Vago sueño, humo leve, sombra vana?
Por más que el globo círculos describa,
No olvidará Madrid la infausta escena
Que en lágrimas bañó de sangre viva.
Ajada vió en tu cuello la azucena,
Malograda Isabel, y á los leones
Del desierto dosel rugir de pena.
Mal suplida en los lúgubres salones

De tus ojos miró la muerta lumbre
Por el triste fulgor de cien blandones.
Del alcázar la inmensa pesadumbre
Tembló de espanto al súbito alarido
Que lanzó la aterrada muchedumbre.
Uno madre la llama; enardecido
Otro á los cielos su oracion levanta
Del alto sollozar interrumpido;
Anhelan estos por besar la planta
De su Reina infeliz; aquel postrado
Susurra triste su plegaria santa.
Cerca, despues, del féretro agolpado
Con gemidos el pueblo la seguia
Al sordo son del parche destemplado,
Y á par que el eco vago repetia
Confusas quejas contra el hado ingrato,
Dobló un anciano su rodilla fria.
Miró lloroso el fúnebre aparato,
Y al viento dió su trémula querella,
Del profundo dolor suspenso un rato.
«¡Adios por siempre, dijo, Reina bella,
«De madres y princesas gran modelo,
«Gloria de Portugal, de España estrella!
«¡Cuántas semillas de tristeza y duelo
«De perpetuo crecer y hondas raices

«Deja tu ausencia al castellano suelo!
«Ya más no te hallarán los infelices
«Que socorrió tu mano, ni el guerrero
«Te mostrará sus largas cicatrices.
«Ni escucharás el viva placentero
«Del pueblo aclamador, que, en tierra fijos
«Sus ojos, cambia en luto lastimero.
«De tí esperaba el fin á los prolijos
«Y acerbos males, que discordia impura
«Sembró con larga mano entre tus hijos.
«No pocos ¡ay! no pocos en oscura
«Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
«Redoblan hoy su llanto de amargura.
«Otros gimiendo por su patria amada
«El agua beben de extranjeros rios
«Mil veces con sus lágrimas mezclada.
«Mas si oye el cielo los sollozos mios;
«Si un ángel lleva al solio refulgente,
«Mensajero de paz, los votos píos,
«Por tí tendrá del Padre omnipotente
«Mi Rey consuelo en su mortal quebranto,
«Prosperidad y union la hispana gente.»
Dijo, y tornó á llorar. Callada, en tanto,
Con ademan doliente se acercaba
La régia comitiva al templo santo.

Ya el cántico sagrado se escuchaba
Del cóncavo metal al ronco trueno
Que en los átrios inmensos resonaba.
¡Ay! que ya para siempre aquel sereno
Rostro, en medio á las preces funerales,
Marmórea tumba recibió en su seno!
Dándola entónces los eternos vales,
Cayó la losa: al lúgubre rüido
Retemblaron las urnas sepulcrales,
Y en su centro se oyó largo gemido.

IV.

Á LA MUERTE

DE LA DUQUESA DE FRIAS.

(1830.)

Al sonante bramido
Del piélago feroz que el viento ensaña
Lanzando atras del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cerco de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de occidente se sepulta;
Á los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré del mundo y de los hombres lejos

Libre rienda al dolor del pecho mio.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
Á infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira
Que escenas solo de afliccion recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: ¡Piedad no existe!
¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¡Y aquel mágico acento

Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mia!
Y ¡que! fortuna impía,
¿Ni su postrer adios oir me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! Derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.
¿Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Ántes que tú no descendió, Señora?
¿Por qué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oido
El espantoso obus lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron
Á tu arribo marcial salva triunfante.

:

Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el son horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grímpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio en tanto
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, ó Deidad!, del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, ó Deidad!, de gozo enajenada
La ruidosa marina
Que á tí se agolpa y el batel rodea;
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes;

Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasion, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¿quién el homenage
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas ¡ay!, qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;
Ya la varia fortuna

Del cetro godo y del laurel romano;
Ó el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro don magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura,
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apénas,
Un infortunio, un rasgo generoso
Un sacrificio heróico hervir hacía.
Entónces agitado
Tu rostro angelical resplandecia
De mas purpúreo rosicler cubierto:
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,

Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la expresion... ¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De estro feliz, de inspiracion divina
Mostró Casandra en los dardanios muros
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y solo al santo fuego
De un pecho tan mágnanimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Solo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor su hermano.
¿Quién sino tú, Señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Ántes que el frio tálamo la Aurora,
Entrar osara en la mansion del crímen?
¿Quién sino tú del duro carcelero,
Ménos al son del oro empedernido
Que al eco de lòs míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara Piedad, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heróico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo

De la santa Amistad digna corona.
    En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia,
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apénas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo dia.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion excita,
Que hácia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho, y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
    Y á par que por oculto
Tránsito desparece
Como vision fantástica el cerbero,
De nuevo extraño bulto

Sombra confusa, que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
Á la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de Piedad divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!
¿Por qué, por qué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, Señora,
Esta morada indigna
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
Á este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espires
La voz de la amistad mis pasos guia,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon; que al alma noble
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,

Ni el son de los cerrojos la intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.
Serálo, sí; lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino... No acabé. Á deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: es tarde; baste ya, Señora.
¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso
Que al despuntar del sol sacude el sueño
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!
Aguarda... ¡Adios!.... Y en soledad sumido
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.
Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre dia!

¿Y en dónde estás, en dónde,
Ángel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
¡Gran Dios, y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternales!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunais. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no espereis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oir que sordos ecos.
    En él de bronce y oro,
Ínclito vate (1), entallarán cinceles
Vuestro heróico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles...
¡Inútil afanar! La sien ceñida

(1) El duque de Frias.

De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion... ¡En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino (1).
Mas ¡ay! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del Eden divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en tí clavado?
    Á más alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Ser inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,

(1) Alude á la Corona fúnebre escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.

Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

ODAS.



I.

EL RIZO DE CORINA.

(1801.)

¡Oh dulce prenda por mi bien hallada,
Don amoroso de mi amante dueño,
Tú que halagüeño á su belleza diste
Nuevos hechizos;

Lindo cabello, que escuchaste un dia
Los tiernos ayes de mi Ninfa ausente,
Cuando en su frente te meció travieso
Manso Favonio!

Dime, te ruego, si de mí se acuerda;
Si por su amigo suspirar la oiste;

Dime si viste de la ausencia el llanto
Vivo en sus ojos.

Así seguro de voraces llamas
Gozarte puedas en su faz hermosa,
Seña amorosa con ardid formando,
Cifras y flores.

¿Callas? ¿Qué anuncia tu silencio triste?
¿Tal vez que el soplo del olvido pudo
Matar sañudo de mi amor la llama
Mustia en su pecho?

No; que yo he visto en mi cruel partida
De sus luceros lágrimas fogosas
Correr copiosas hasta el albo seno
Nido de amores.

¿Callas? Te entiendo: venturoso un dia
Plácido ornabas su gentil cabeza,
Y hoy en tristeza y soledad envuelto
Lloras tu estado.

Ni ya los ojos de mi bien me ocultas;
Ni te ensortijas de su sien en torno;

Ni el simple adorno de tus bellos rizos
Luce en su cuello.

Ni ya te ostentas con primor cogido
De rica joya, ó cándida guirnalda;
Ni por su espalda jugueton ondeas
Libre y airoso.

Débil juguete de fortuna instable
Gloria tan alta mísero perdiste.
Así yo triste de la excelsa cumbre
Vine al abismo.

Desde la cumbre de sus dulces brazos
Vine al abismo de insondable pena,
En donde llena de despecho el alma
Yace sumida.

Tú solo puedes de tan dura ausencia
Rizo precioso, suavizar el ceño:
Tú de mi dueño mudamente hablando
Templas mis males.

Grato recuerdo de mi fiel Corina,
Mi amante pecho tu morada sea,

Que en él campea su gallarda imágen
Copia de Vénus.

Verásla siempre de mi fé señora,
Gloria y encanto y esperanza mia
Hasta aquel dia que la madre tierra
Cubra mis huesos.

II.

Á CORINA AUSENTE,

EN SU CUMPLEAÑOS.

(1801.)

Ya al esplendor de Febo
Brilla del Áries el vellon dorado,
Corina, y ya de nuevo
De flor se viste el prado,
Y alegre salta el tímido ganado.

Ya el leon carpentano
La nieve arroja de su helada greña,
Que hasta el sediento llano
Baja de breña en breña,
Y en arroyos de plata se despeña.

Ya vuelve Primavera
Dando al cielo fulgor, y al campo flores;

Ya su voz hechicera
Sueltan los ruiseñores
Á la dulce estacion de los amores.

Ya del zagal sencillo
Se oye el tierno cantar, y en pos resuena
Su blando caramillo,
Y la campiña amena
De alegres juegos y placer se llena.

Ya en fin se acerca el dia,
En que abrumada del invierno triste
Recobró su alegría
La tierra, y tú naciste,
Y nuevo ser con tu beldad le diste.

Así dió vida al suelo
Del primitivo Abril la fértil huella:
Así en oscuro cielo
Nació brillante estrella,
Y en su concha de nácar Vénus bella.

Que de tu rostro hermoso
Tanto la luz se esparce y reverbera,
Cual tiende el sol fogoso

La rubia cabellera
Bañando en oro la oriental ribera.

Y mas vivos colores
Tu boca ostenta de carmin divina,
Que entre nevadas flores
La fresca clavellina
Al sonreir del alba matutina.

¡Ay! tan gentil belleza
Goza, Corina, impenetrable al sello
Del tiempo y la tristeza,
Y en rosa y lirio bello
Cien Mayos enguirnalden tu cabello.

Yo triste á crudo invierno,
Y á llorar en tu ausencia condenado,
Ni oigo á Favonio tierno
Suspirar por el prado,
Ni el trino de las aves concertado.

El fecundo rocío
Igual al hielo estéril se me ofrece:
Iguales hallo el rio
Que hinchado se embravece.

Y el manso arroyo que las flores mece.

¿Do fueron ¡ay!, Corina,
Las dulces horas de delicia llenas,
Cuando á la hojosa encina
Entre mirto y verbenas
Sombra debió tu lecho de azucenas?

En mi laúd sonaban
Mi fé, mi dicha, y mi amoroso orgullo,
Y con él alternaban
Las tórtolas su arrullo,
Y de la fuente el plácido murmullo.

¡Oh! Deme Amor que pueda
Tus gracias ensalzar, como solia,
Con voz sonora y leda,
Cuando la vida mia
Por tí, contigo, y para tí queria.

Hora el dolor que siento
Con ayes solo desfogar me place;
Que en triste desaliento
Sumida el alma yace
Y en su propio delirio se complace.

III.

Á LA DEFENSA DE BUENOS-AIRES.

(1807.)

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos
Fecundo manantial; á quien consagran
Su vida alegres los heróicos pechos;
Patria, deidad augusta,
Mi númen es tu amor. Su hermoso fuego,
Que aun hoy las piedras de Sagunto inflama;
El que arrojó la chispa abrasadora,
Baldon y estrago de la gente mora,
Que aun brilla desde el Cántabro hasta Alhama,
Da que pase á mi voz: sublime el eco
Del éter vago los espacios llene
Sus glorias celebrando,
Y atras el mar atlántico dejando
Hasta el remoto Patagon resuene.

De allí no léjos las britanas proras
Viera el indio pacífico asombrado
Sus costas invadir, y furibundo
Al hijo de Albïon, que fatigado
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
Entrar, correr, talar. Montevideo,
Que ya amarrado á su cadena gime,
Con espanto en sus muros orgulloso
Ve tremolar su pabellon, ansiando
Lanzar del cuello el yugo que le oprime,
Miéntras la rienda á su ambicion soltando
El anglo codicioso,
La rica poblacion (1) domar anhela,
Que de Solís el rio
En su ribera occidental retrata,
Cuando á la mar con noble señorío
Rinde anchuroso su raudal de plata.

¡Cuán presta ¡oh Dios! la ejecucion corona
Las empresas del mal! El anglo altivo
Tiempo ni afan perdona.
Vese en la playa las inmensas naves
Presurosa ocupar la isleña gente
De muertes mil cargada,

(1) Buenos-Aires.

Y en pos hender la rápida corriente.
Ya la soberbia armada,
Batiendo el viento la ondeante lona,
Vuela, se acerca y á la corva orilla
Saltan las tropas. Ostentoso brilla
El padre de la luz, y á los reflejos
Con que los altos capiteles dora,
La sed de su ambicion la faz colora
Del ávido insular. Así de léjos
Mira el tigre feroz la ansiada presa
Y con sangrientos ojos la devora.
Álzase en tanto, cual matrona augusta,
De una alta sierra en la fragosa cumbre
La América del Sur: vese cercada
De súbito esplendor de viva lumbre
Y en noble ceño y majestad bañada.
No ya frívolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante,
Ornan su rostro fiero:
Al lado luce ponderoso escudo,
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo
Arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad; y entónces
Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra

Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra
Y el ronco hervir de los volcanes calla.
«¡Españoles!, clamó: cuando atrevido
«Arrasar vuestros lares amenaza
«El opresor del mar, á quien estrecho
«Viene el orbe, ¿será que en blando lecho
«Descuidados yazgais, ó en torpe olvido?
«Ó acaso, echando á la ignominia el sello,
«Dareis al yugo el indomado cuello?
«¿Do mis Incas están? ¿Adónde es ido
«El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso
«Domeñó su poder? ¿No fué trofeo
«Del castellano esfuerzo poderoso?
«¿Y hora vosotros, sucesion valiente
«De Pizarro y Almagro, envilecidos
«Ante el tirano doblareis la frente?
«¿Cederá el español? ¡Oh! Nunca sea
«Que América infeliz con viles hierros
«Al carro de su triunfo atar se vea!
«No; jamas se verá; que en noble saña
«Siento inflamarse yá los fuertes pechos
«De los hijos magnánimos de España
«De la patria á la voz. Caigan deshechos
«Y á cenizas y polvo reducidos

«Templos y torres y robustos techos,
«Primero que rendidos
«El mundo os vea al ambicioso isleño.
«Ni la ciudad, al enemigo abierta,
«Sin reforzado adarve y bastïones,
«El brio arredre del heróico empeño.
«Cuando la fama alígera os aclame
«Por remotas regiones,
«Nueva Numancia occidental la llame,
«Mostrando á las atónitas naciones,
«Que no hay mas firmes muros
«Que un ánimo constante y pechos duros.»
Dijo; y cual se oye en la estacion de Tauro
De voladór enjambre numeroso
El sordo susurrar, así incesante
Bélico afan en la ciudad se escucha,
Que sin que el fuego del breton la espante
Se apresta osada á la tremenda lucha.
Ya doce mil guerreros
De mortíferos bronces precedidos
Á las débiles puertas se abalanzan,
Y los limpios aceros
Del rayo brillan de Titan heridos;
Ya sus columnas en las anchas calles
Intrépidas se lanzan;

Por montes y por valles
Del militar clamor retumba el eco,
Y el trémulo batir del parche hueco.
Trábase yá la desigual pelea
Y del fiero enemigo el paso ataja
Furioso el español; cruza silbando
El plomo; inexorable se recrea
Sus víctimas la Parca contemplando;
Crece la confusion; al cielo sube
El humo denso en pavorosa nube,
Y al bronco estruendo del cañon britano,
Que muertes mil y destruccion vomita,
Impávido el esfuerzo castellano
Lluvias arroja de letal metralla.
No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla
Retumbante el metal del anglo fiero,
Que el horizonte atruena,
Mas el valiente ibero
Ni el ruido escucha ni al estrago atiende;
Que en almas grandes, que el honor enciende
Más alto el grito de la patria suena.
Suena, y el pecho del esclavo inflama,
Y es un guerrero ya. Los moradores
Invictos héroes son. ¡Cuál multiplican
La ciega rabia y bélicos clamores

Las artes de dañar! Inmensas trabes,
Y lumbre y peñas por los aires bajan
Sobre el mísero inglés; profundo foso
Y alta trinchera su furor atajan.
Él en tanto animoso
Redobla el fuego y el teson, y truenan
Contra su hueste horrísonos cañones
Rios de sangre de Albïon vertiendo.
Desplómanse los fuertes torreones
Con roncos estallidos,
Y al espantoso estruendo
Con que los altos techos se derrumban,
Se oyen gemir los vientos comprimidos
Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.
Tiende la noche el pavoroso velo
Cubriendo tanto horror. Do quier se escucha
Del triste isleño el lúgubre gemido,
Que con la muerte irrevocable lucha.
Su caudillo infeliz (1), que estremecido
El fiero estrago entre tinieblas mira,
De su domada hueste
Los restos junta, y pálido suspira.
Al fin vertiendo su esplendor celeste
La nacarada Aurora

(1) Withcloke.

Su vista aparta de la horrible escena.
¡Cuál de pavor se llena
El britano adalid! Allí, en confuso
Tropel, de sus soldados
Rotas armas y cuerpos hacinados
Contempla, y se horroriza,
Y el abatido ardor buscando en vano
De su fiereza brava,
El pelo se le eriza,
Desampara el baston la yerta mano,
Y un espanto glacial sus miembros traba.
América triunfó. ¿No veis cuál brilla
Tremolado en su diestra el estandarte
De las excelsas torres de Castilla?
Ve el pueblo valeroso
Sitiado al sitiador; del fiero Marte
Depone el rayo, y al Olimpo eleva
Clamor de triunfo en himno placentero.
Muéstrase entonces el caudillo ibero (1)
Al britano, que atónito enmudece,
Y de la salva América las playas
Dejar le ordena: el anglo le obedece.
Á las naves temblando
Los restos suben del vencido bando;

(1) Liniers.

Y cual suele medrosa
La garza huir del sacre furibundo,
Así la escuadra huyendo presurosa
Surca asombrada el piélago profundo.
Lauros, palmas traed, y ornad, iberos,
La frente al vencedor. De la victoria
En alas vuele tan brillante hazaña
Al templo de la gloria.
Feliz anuncio sea
De nuevos timbres al blason de España,
Y en letras de oro en su padron se lea.
Y vosotros, del Tajo
Canoros cisnes, cuya voz divina,
Cuando en ardor patriótico se enciende,
El blando son del agua cristalina
Y el coro de sus Náyades suspende;
Vuestra lira sonora,
De la rama inmortal dispensadora,
Al cielo alzando tan heróico brio
Las altas glorias de la Iberia cante,
Y en sus alas levante
El tono humilde del acento mio.

IV.

Á LA INFLUENCIA

DEL ENTUSIASMO PÚBLICO

EN LAS ARTES.

Leida en la Real Academia de San Fernando en su junta general, para la distribucion de premios, celebrada el dia 24 de Setiembre de 1808.

¿Cuál en rápido vuelo
El Númen fué que á Píndaro y á Apéles
Al remoto cenit alza y encumbra
Del estrellado cielo
Sobre el astro inmortal que al mundo alumbra?
¿Quién es el poderoso
Genio que al vate y al pintor valiente
La débil línea y el fugaz sonido,
Venciendo al orgulloso

Átlas que erguida la marmórea frente
Sobre los montes de África descuella,
Con marca fiel de eternidad les sella?
¿Quién? Solo el corazon. Cuando inflamado
De vehemente pasion oprime el pecho,
La osada fantasía
Cede á su ardor, y el cerco de la esfera
Siendo ya á su poder límite estrecho,
Sus obras inmortales
Del tiempo vencen la veloz carrera.
Él fué quien blando suspiró en Tibulo;
Trazó los celestiales
Rasgos que á Vénus dan gracia y belleza;
Él la noble osadía
Fijó de Apolo en la gentil cabeza;
Y á par que en el sonoro
Canto de Homero al implacable Aquíles
El penacho agitó del yelmo de oro,
Y en su seno encender los ayes supo
Con que la triste Andrómaca suspira,
Dió el intenso gemir al noble grupo
Dó en lastimero afan Laoconte (1) espira.

(1) La Vénus de Médicis, el Apolo de Belvedere y el Laocoonte estaban en el salon de la Academia en que se leyó esta oda, y á estas estátuas se hace alusion en ella.

Él solo fué. Si la espartana gente
Ardiendo en sedicion calmó Terpandro;
Si Timoteo audaz con prestos sones
Logró encender el alma de Alejandro
En el vario volcan de las pasiones,
Primero las sintió. Quien á los ecos
De virtud y de gloria no se inflama,
Ni al tierno sollozar del afligido
Súbito llanto de piedad derrama;
El que al público bien ó al patrio duelo
De gozo ó noble saña arrebatado,
Cual fuego que entre aristas se difunde,
Ó como chispa eléctrica invisible
Que en instantáneo obrar rápida cunde,
Su corazon de hielo
Hervir no siente en conmocion secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.
¡En balde ansioso el mármol fatigando,
Puliendo el bronce, en desigual contienda
Pugnará con teson! Por mas que hollando
De insuficiente imitacion la senda
Al Corregio sus gracias pida ¡en vano!,
Alma al gran Rafael, brillo á Ticiano,
Nunca en su tabla el hijo de Dïone
Maligno excitará falaz sonrisa,

Ó al fiero ardor de los combates Ciro;
Ni hará gemir la moribunda Elisa,
Ni Hécuba sierva arrancará un suspiro.
¿Y ¡qué! en las artes solo
Ejerce el corazon su noble influjo?
Cuanto el hombre en magnánima osadía
Digno, grandioso y singular produjo,
Obra es suya tambien. Dadme que un dia
Su frente un pueblo alzando
Al baldon de extranjera tiranía
Temblar de justa indignacion se vea;
Que la máscara hipócrita arrojando
Que al bien opone el sórdido egoismo,
El honor, la virtud su númen sea;
Y ántes que, en muda admiracion suspenso,
Sus rasgos de heroismo,
Su saber, su valor, sus glorias cuente,
Podré el cauce agotar del mar inmenso,
Y á par de Sirio levantar mi frente.
¡Oh tu, claro esplendor del griego nombre,
Célebre Aténas, de las Artes templo,
Y hora mísero polvo y triste ejemplo
De la barbarie y del furor del hombre!
Ya sus leyes dictando
Contemple á tu Solon, ó á Fídias mire

La gran deidad del Ática animando (1);
Ya embebecido admire
Del dulce Anacreon la voz divina,
Ó al fuerte impulso de tu heróico brio
Hollada en Maraton y en Salamina
La soberbia de Jerjes y Darío;
De tu glòria, asombrado,
Ante el coloso excelso me confundo,
Y veces mil te aclamo enajenado
Modelo, envidia, admiracion del mundo.
Mas ¿quién podrá del público entusiasmo
Los portentos medir? Su hermosa llama
No bien lució en tu seno, oh patria mia,
Y ya al índico mar vuela tu fama.
Tú que atenta me escuchas,
Amable juventud, y en lid activa
Entre las armas y las artes luchas,
Contempla ¡cuán hermosa perspectiva
De grandeza y de honor se abre á tus ojos!
Tú de fervor patriótico inflamada,
En tanto que entre bélicos despojos
Aterra al domador de cien naciones
La saña de los hésperos leones,

(1) La famosa Minerva de este escultor, que estaba en el Parthenon de Aténas.

Por cuanto el mar abarca con sus olas
Extenderás sus hechos generosos
Y el blason de las Artes españolas.
Sí; yo os lo anuncio: Zéuxis y Lisipos
De la Hesperia sereis. Si en vano un dia
Atónito el viajero
Del Cid el bulto y de Cortes buscando
Los términos corrió del campo ibero,
Á vuestro genio ardiente
Tanta dicha el destino reservando,
Respirar los verá. Que de repente
En firme pedestal se alce Pelayo
Y al pérfido opresor del orbe espante:
Haced que su semblante
En santo fuego y cólera encendido
Llene de horror las playas agarenas,
Y en su tumba Tarif lance un gemido
Que haga temblar las líbicas arenas.
Mas ¡qué! ¿la antigua España
Modelos de heroismo y bizarría
Á vuestro noble afan concede solo?
¿Ya en su seno fecundo no los cria?
¡Qué! ¿no oís el rumor de tanta hazaña
La ancha esfera llenar de polo á polo?
Ellos harán eterno vuestro nombre;

Vosotros su valor. Patente veo
La edad futura, y la espaciosa entrada
Descubro del magnífico Museo,
Donde entre claros timbres y blasones
Su sien de lauro ornada
Ínclitos héroes á Castilla ostentan;
Y en los régios salones,
Que en usos viles profanados fueron (1),
Subir las Artes miro
Á más alto esplendor que nunca vieron
Grecia ni Roma, ni Sidon ni Tiro.
    Allí pincel fogoso,
De Polígnoto envidia y de Timántes,
Las proezas brillantes
De Cataluña indómita renueva:
El galo, aquí, medroso
Sueltas las riendas al bridon lozano
Huye el furor del ágil edetano:
Allá en acento rudo,
Como acosada fiera de Jarama,
Dupont soberbio entre cadenas brama,
Miéntras Bétis sañudo

(1) Las magníficas galerías del Museo del Prado sirvieron de caballerizas á los franceses desde su entrada en Madrid hasta la batalla de Bailén.

Petos y cascos y águilas sangrientas
Revuelve entre sus aguas turbulentas.
No léjos, tremolando
Las barras de Aragon, á Augusta veo
Contra el teson del vándalo luchando;
Y como roca altiva, que resiste
Una vez y otras mil la rabia suma
Del mar hinchado que feroz la embiste
Y al cielo arroja la sonante espuma,
Domando así su bárbara porfía
Opone al galo fiero
Pechos de pedernal, brazos de acero.
¡Oh mágia del pincel! Sobre el glorioso
Monton de escombros de la antigua torre
Que á la horrísona bomba se desploma,
Allí el aragonés su frente asoma
Indómita y serena,
Y al terco sitiador de espanto llena.
Mas ¿qué otra imágen tu atencion cautiva
De amor tu pecho y de placer colmando,
Parnáside feliz? ¿No ves orlada
De fresco lauro y de naciente oliva
La régia sien del séptimo Fernando?
El Rey ¿no es este que Madrid gozosa
Con vivas mil y cantos de alegría

Del sol de Tauro á la esplendente lumbre
Vió en majestad bañado y lozanía?
¡Cuán grande, cuán augusto
Ya de Pirene en la enriscada cumbre
Huella con firme planta
De su aleve opresor la infiel garganta!
¡Grata esperanza! Tan dichoso dia
¿Será que luzca al horizonte ibero?
Sí, no dudeis: lo decretó el destino.
El español guerrero
Romperá, Rey amado, tus prisiones,
Y enemigos pendones
Tenderá por alfombras al camino.
Nuevo Tito serás: benigno el cielo
En júbilo tornando los clamores
Con que la patria fiel por tí suspira,
Mis ojos te verán; faustos loores
Daré á tu nombre... y romperé mi lira.

V

Á CELMIRA

EN SUS DIAS.

(1809.)

Rasgando alegre el nebuloso velo
Con sus dedos de rosa,
Ufana vuelve Primavera hermosa
Á dar vida al verjel, fulgor al cielo.

Vuelve, y do quier derrama
De su rocío el inmortal tesoro,
Que al sacudir su cabellera de oro
La flor recoge y la sedienta grama.

Desde el brillante carro señorea
El éter luminoso;

Bebe el aire su aliento delicioso,
Y valle, y monte y selvas hermosea.

Vuelve el rostro sereno
Del claro Bétis á la fértil vega,
Y el bello prado que fecunda y riega
Mira de ninfas y de amores lleno.

Mas vé á Celmira en su dichoso dia
Almas mil cautivando,
Suelta las alas á Favonio blando
Y este saludo plácida le envia.

«Salve, Celmira hermosa;
«Mil veces salve, celestial doncella,
«Más que la reina de las flores bella,
«Más que la madre del Amor graciosa.

«Tú, á quien cedió mi ruiseñor canoro
«Su garganta divina,
«Délio su ardor, su cítara Corina,
«Y el dulce Anacreon su plectro de oro.

«Salve; y risueño el gusto
«Volando en torno á tu nevada frente,

«El sombrío pesar de tí se ahuyente,
«Cual de mis luces el invierno adusto.

«¿Á qué mis galas donde están tus ojos?
«Su influencia hechicera
«Alegría y verdor da á la pradera,
«Y en lindas rosas torna los abrojos.

«Donde tu mano toca
«Brota un ramo de frescos alelíes,
«Y si con dulce agrado te sonríes,
«¿Qué clavel hay mas bello que tu boca?»

Dijo la diosa del Abril: ligero,
Á la ninfa halagando,
Baña las alas en su aliento blando
Y á su madre retorna el mensajero.

VI.

Á LA BENDICION DE LA BANDERA

DEL PRIMER BATALLON

DE LAS MILICIAS NACIONALES DE VALENCIA

en 16 de Setiembre de 1821.

¡Qué insólita alegría:
Qué falange marcial; qué grato acento
De bélica armonía;
Qué faustos vivas siento!
¡Qué de plumas sin fin agita el viento!

Corred, hijas hermosas
Del Turia, y de sus márgenes amenas
Guirnaldas olorosas
Traedme á manos llenas
De frescos amarantos y azucenas;

Que no los batallones
Soberbios son del déspota que un dia
Domeñó cien naciones,
Y con audacia impía
La madre España encadenar creia.

Hermano, amigo, esposo
Vereis entre ellos, plácida esperanza
Del comunal reposo.
Formad festiva danza;
Resuene el aire en himnos de alabanza.

¿Veis cuál se ostenta ufano
Su porte altivo y su ademan guerrero?
¿Veis en la fuerte mano
Con grato reverbero
Doblar la luz del Sol el limpio acero?

¡Cómo la insignia vuela,
Labor y ofrenda de gentil matrona (1)!
La insignia que no anhela
Destrozos de Belona,
Ni de laurel sangriento se corona.

(1) La Excma. señora marquesa de Fuente el Sol.

Pacífica Bandera,
En solo un ramo de modesta encina
Cifrar su dicha espera,
Y al templo se encamina
Pidiendo humilde bendicion divina.

Allí con santo celo,
Doblando ante el altar desnuda frente,
Al Dios de tierra y cielo
Alza la armada gente
Sus tiernos votos, su oracion ferviente.

No palmas de victoria
Implora de los santos tutelares;
Sino la dulce gloria
De honrar los patrios lares,
Guardando en paz los cívicos hogares.

Juran, sí, los primeros
Verter su sangre por el libro amado,
De los hispanos fueros
Depósito sagrado,
Al fulgor de mil bombas promulgado;

Que en él aun mas brillante

El sólio ibero indestructible dura,
Y en sello de diamante
Perpétua se asegura
La fé de Recaredo ilesa y pura.

Júranlo, y de repente
Al fiel concurso músicas festivas
Lo anuncian, que impaciente
Las bóvedas altivas
Del templo atruena en redoblados vivas.

¡Plegue á Dios que cumplido
Por tiempo largo y próspero se vea
Su anhelo, y el erguido
Pendon, que al viento ondea,
Símbolo eterno de concordia sea!

VII.

AL FAUSTO NACIMIENTO

DE LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA

Doña María Isabel Luisa. (1)

(1830.)

«¡Cuán ciegos los mortales,
Del esplendor del solio deslumbrados,
Ventura tal de la Fortuna imploran!
Si el ídolo que adoran
Los oyese benévolo y el sumo
Bien que ansiosos codician otorgara,
Como el aroma vil que arde en el ara
Su dicha vieran disiparse en humo.»
Así exclamaba un dia
Mi Rey amado en lágrimas deshecho,

(1) La misma que hoy felizmente reina con el nombre de Isabel II.

Y el ay doliente al encumbrado techo
Entre el oro y los mármoles subia.
«¿Qué importan, proseguia,
Á la humana ventura el régio trono,
La pompa ni el poder? Oir gemidos,
Á la tierna amistad negado el seno
Y á la verdad augusta los oidos;
Fingir rostro sereno
Cuando la pena el corazon devora,
Juguete ser de adulacion traidora
Y ver mintiendo celo á la perfidia;
Tal es de los monarcas el destino
Que fascinada envidia
La ambicion de los hombres insensatos.
¡Ah! ¿Qué vale, oh dosel, que al vulgo hechices,
Si hasta el don celestial de hacer felices
Lo acibara el temor de hacer ingratos?
Solo es dichoso un Rey cuando, depuesta
La púrpura enojosa,
Solaz le ofrece la filial ternura,
Y con su cara esposa
De sus amables hijos circundado
De inocente placer el vaso apura.
Mas ¡ay! que no fué dado
Gozar tan alto bien al alma mia.

¡Oh cuántas, cuántas veces
Soñó mi fantasía
Verlos correr con planta vacilante
Por los jardines de Aranjuez floridos;
En puro estanque á los dorados peces
Con el sabroso cebo seducidos
Á su mano atraer; sobre una rosa
Sorprender la versátil mariposa;
Ó ya afectando varonil talante,
De caña armados ó sarmiento rudo
Honrarme graves con marcial saludo!
¡Engañosa ilusion! ¡Fantasmas vanos
De apariencia falaz! Benigna suerte
Da á mis caros hermanos
En prole hermosa descendencia larga,
Y en su estancia feliz bulle festivo
Rumor de inquieta y plácida alegría,
¡Cuando tristeza amarga,
Silencio, soledad reina en la mia!
Así mi angustia crece,
Y el curso de los años fugitivo
Prolijo, eterno á mi dolor parece.
¿Y no es mejor que á compasion movida
Dé fin la muerte á mi gemir cansado,
Que estar sin esperanza condenado

A atravesar el yermo de la vida,
Como en el aire exhalacion ligera
Que sin dejar señal cruza la esfera?»
Con tan lúgubre acento
Fernando se quejaba
En las tinieblas de la noche umbría;
El son de su lamento
Por las excelsas bóvedas vagaba
Cual eco sordo de huracan lejano.
Llamando al sueño en vano,
Que de sus mústios párpados huia,
Sintió que de repente
Balsámica esperanza al pecho dando,
Una voz celestial así decia:
«Alza, buen Rey, la congojosa frente,
Cese tu largo duelo
Y el ya fecundo tálamo prepara;
Que en augusta doncella te depara
La ansiada sucesion piadoso el cielo.»
Oyó el Monarca atónito y ufano
Los gratos ecos de la voz divina....
Cuando improvisa al horizonte hispano,
Astro de amor, apareció Cristina.
De las playas amenas
Donde desagua el Ter entre jardines

Hasta el campo feraz que el Tajo baña,
La venturosa España,
Mostrando alegre su esplendor bizarro
Con danzas y festines,
Recibe de su Rey la esposa bella.
Siguen las Gracias la florida huella
Que estampa el calce del triunfante carro,
Y en grupos mil la cercan los amores
Jugando en torno en apacible vuelo.
Luce en sus labios el carmin del alba;
Brilla en sus ojos el fulgor del cielo;
Hácela el coro de las aves salva,
Y al ver en su mejilla el dulce hoyuelo
De la sonrisa y los donaires nido,
Bate las palmas el rapaz Cupido
Que con su dedo le imprimió en la cuna,
Présago de su gloria y su fortuna.
Admiróla Madrid: sus bellos ojos
La alborozada poblacion suspenden
Por los vecinos campos extendida.
El bronce truena; la montaña herida
Revoca el eco; las esferas hienden
Cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre
De las torres y alcázares se agolpa
La inmensa muchedumbre

Gritos sin fin de aclamacion lanzando;
Calles, plazas y templos atronando
Sube el clamor de vítores al cielo,
Á par que de los altos miradores
Batiendo el blanco velo
Rinden las damas á su Reina hermosa
Tributo en vivas y homenage en flores.
Ella en tanto graciosa
Aquí y allí con plácido saludo
Su amable risa y su bondad ostenta
Y el bullicioso júbilo acrecienta,
Miéntras embebecido
Al diestro lado el Rey la contemplaba
Sobre un potro lozano,
Que blanca espuma en derredor lanzaba,
Temblando el suelo al asentar la mano.
Así la Corte ibera
Festejó Reina y hospedó Señora
Á la ninfa gentil, á quien en breve
Dará de madre el nombre venturoso.
Sí, que la Diosa que á Endimion adora
Ya el término cumplió de giros nueve,
Y el próspero momento
Se acerca.... ¿Oís?... ¿Qué extraño movimiento,
Qué rumor nuevo la quietud altera

De la régia mansion? Á la ancha plaza
¿Por qué tan presuroso
El pueblo corre y con ardor se abraza?
¿Cuál anuncio dichoso
Da fuego al bronce, el címbalo voltea?
¿Qué cándido pendon al viento ondea?
¡Oh claro, oh bello dia
De almo consuelo y de memoria eterna!
¿Cómo la lira mia
Sabrá cantarte dignamente, y cómo
Pintar al vivo la expresion sublime
Con que ansioso Fernando,
Padre feliz, en la mejilla tierna
Del fruto de su amor el labio imprime
Por la primera vez? Al dulce beso
Con otros mil la acarició Cristina,
Que lánguida mirada
De vanagloria y regocijo llena
Fijó en su esposo, y luego
Su prenda idolatrada
Se paró á contemplar con faz serena.
¡Con qué inefable amor, con qué embeleso
Los rasgos examina
De aquel gracioso, angélico semblante!
Sus facciones no vé; las adivina

Con maternal penetracion, en ellas
La copia hallando de sus formas bellas,
Y en medio al gozo que su pecho siente,
El muerto brillo de sus labios rojos
Y una cuajada lágrima en los ojos
Reliquias son de su penar reciente.
Tal suele en Guadarrama
Caliginosa tempestad formarse
En seca tarde del ardiente estío.
Vése la parda nube desplegarse
Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
Y en ráfagas sin fin de viva lumbre
El rayo serpear, crujir el trueno;
Hasta que abierto el seno,
Rompe sañuda en túrbidos raudales,
Que piedras, troncos, mieses arrebatan
Con ímpetu feroz.... En breve empero
La nube pasa, y por el bosque verde
El sol esparce su esplendor primero,
Sin que otro indicio apénas le recuerde,
Que en las tranquilas hojas suspendida
Gota brillante en perla convertida.
La nueva en tanto cunde
En alas de la fama: de Isabela
El claro nombre por los aires vuela

Y entre el público aplauso se difunde.
¡Cuánto alborozo el pueblo Carpentano
Ante el alcázar régio
Ostenta amante en redoblados vivas!
De músicas festivas
Alterna el coro, y en jovial tumulto
Los hijos todos del recinto hispano
Celebran fieles á su Infanta bella.
Óyese del lejano
Confin del suelo astur el canto grave
Que en círculo anchuroso
Lento y seguro pié compasa y mide;
El baile estrepitoso
De la feliz Valencia, do preside
La morisca dulzaina; allí resuena
El crótalo andaluz al son alegre
Que las béticas playas enajena;
Allí cuantos la orilla
Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre
Renuevan hoy en danzas y cantares
Gratos recuerdos de los patrios lares.
¡Oh tú, preciosa Niña, objeto caro
De tanto aplauso y general contento;
Tú que quizás con infantil quejido,
Forzosa deuda que á natura pagas,

Respondes solo á mi cansado acento!
Duerme, tierna Isabel, duerme, reposa;
Y las musas iberas
Que en tu alabanza el júbilo reuna,
Para adornar tu cuna
De mirto y lauro tejerán festones;
Y de heróicas acciones,
Que el timbre augusto de Borbon realzan,
Te servirá de arrullo el noble canto.
Duerme, y permite que tu madre hermosa,
Hora asustada al eco de tu llanto,
Goce tranquila en dulces ilusiones
De tu ventura el porvenir risueño;
Que la española fé te guarda el sueño.
Y tú, sol de Fernando, Reina amada,
Que absorta y muda el ánimo recreas
En tu cara Isabel, y en tal instante
Ni el mismo trono olímpico deseas;
Gózala un siglo, y el afan materno
Compense en gracias su niñez serena,
Como el susurro de Favonio tierno
Paga en fragancia cándida azucena.
Que allá en el tiempo que de veinte abriles
Sus ojos vieren renacer las flores,
Y el mundo á sus encantos juveniles

Ofrezca adoracion, tribute amores;
Si de Iberia en el solio soberano
Dieren las patrias leyes
Asiento digno á más feliz hermano,
Cien poderosos Reyes
De las lejanas y vecinas zonas
Rendirán á sus plantas cien coronas.

EPÍSTOLAS.

I.

AL EXCMO. SR. CONDE DE HARO,

ANIMÁNDOLE AL EJERCICIO Y BUEN USO DE LA POESÍA

(12 de Junio de 1807.)

Aquí do vuelto á los maternos brazos
Vivo felice, y del tropel de afanes
En que la corte bulliciosa hierve
Descansa el córazon; donde engañosos
Ni el oro corruptor pervierte al bueno,
Ni el falso brillo del poder deslumbra;
Plácida ¡oh Conde! á regalar mi oido
Llegó tu musa, y á sus tristes ayes
Con débil voz de fúnebre elegía
Responde Duero, y con doliente lloro
Desgreñadas sus ninfas le acompañan.

Oyó de Antonio (1) el nombre, oyó tus ecos,
Que suspirando el Céfiro difunde,
La selva, el prado, y por do quier unidos
Los aires pueblan su loor y el tuyo.
¡Virtud, santa virtud!, sañuda en vano
Su amarga hiel la envidia ponzoñosa
Lanza en tu daño, y la calumnia infame
Ruge y te acosa con feroz ladrido.
Tú de modestia y de candor armada,
Cual tras lóbrega nube más brillante
Derrama su fulgor el rey del dia,
Tu faz ostentas, y los mónstruos viles
Pálidos huyen y á tu luz se ocultan.
¡Feliz aquel á quien seguirla es dado,
y ensalzarla tambien! Su eterna antorcha
Mostró luciente en su natal Sofía,
Y risueñas las musas le arrullaron.
Tu cuna, dulce amigo, cariñosas
Mecer les plugo, y en el sacro fuego
Benignas inflamarte, cuya llama
Ni el tiempo ofusca, ni el poder consume,
Y al templo augusto de la gloria guia.

(1) D. Antonio Tavira, obispo de Salamanca, á cuya muerte escribió el Conde la composicion á que aluden estos versos. Fué un prelado sábio y virtuoso, pero calumniado y perseguido.

Sigue su impulso fiel. Tu acento puro,
Debido á la verdad, nunca profane
La torpe adulacion. Del que inflamado
De ardiente caridad se afana y suda
Por embotar las puntas aceradas
De los abrojos ásperos que cubren
La senda del vivir; del juez que, al oro
La faz negando y al poder y al ruego,
La balanza de Astrea igual mantiene;
Del que en tenaz vigilia desvelado
Ocultas fuentes del saber descubre;
De la virtud, en fin, do quier brillare,
Eterno galardon tu canto sea.
Mas no ceñuda y rígida presumas
Que el eco dulce del amor desdeñe
La apacible virtud: ella á sus juegos,
Si la inocencia y el pudor los guian,
Benigna ríe, y plácida le halaga.
¿Quién es el triste que á su impulso blando
Nunca cedió? ¿Qué mármol de una hermosa
Desconoció el poder? Canta á tu amada;
Canta sin miedo su gentil donaire,
Su tez de rosa y sus cabellos de oro.
Que yo en tu canto armónico la vea
Batiendo el aire su cendal de nácar,

Triscar cual ninfa por la márgen verde
Del régio Manzanares: de sus ojos
Tiemble la luz en las fugaces ondas,
Y las húmedas trenzas sacudiendo
Oigan su voz las náyades del rio:
Ó bien tus tiernos cánticos aplauda,
Y una sonrisa de su linda boca
Grata los pague, ó tímida suspire.
No es un mal el amor. Otros agobian
Á la paciente humanidad: el fraude,
La baja envidia, la impiedad horrible,
El seco amor de sí, la fé violada,
El tiránico orgullo, y la rabiosa
Sed de mando... ¡Oh dolor! ¿Tiemblas, amigo,
Tiemblas? ¿Será que el insolente ceño
Del vicio entronizado te intimide?
¡Nunca! Levanta el brazo, el duro azote
De la sangrienta sátira descarga,
Y abate la cerviz que alza impudente
Con desenfreno audaz. Que el mundo vea
De la calumnia vil la oculta trama
En que ley y verdad envueltas gimen;
Descubre el dolo con que mina astuta
Pérfida seduccion; arranca y huella
La máscara al hipócrita; tu pluma

Rompa de un rasgo el reforzado cofre
Del ávido usurero, y el tesoro
Que el crímen hacinó patente brille.
No, empero, siempre mál y vicios veas,
Amado Conde; ni censor te ostentes
Acre, adusto, mordáz; ni la enojosa
Pasion de deprimir tu pecho agríe.
Tal Fabio con frenética locura
Por negra lente el universo acecha:
Todo á sus ojos es inícuo; en todo
Voraz se ceba su canino diente;
Do quier de la maldad descubre el sello,
Y el gesto frunce, y vomitando hieles
El mundo infama con gritar de arpía.
Haz bien, y canta el bien. Al hombre el cielo
Para el hombre crió; que no, cual clama
Torva misantropía, la inocencia,
El honor, la piedad del orbe huyeron;
Ni solo habitan los oscuros claustros,
Las pajizas cabañas, ó el humilde
Taller del menestral. Dígnanse á veces
De honrar pintados techos, y entre el brillo
Del oro y de los mármoles se hospedan.
Mas ya te oigo decir: «¿Dó están, amigo,
«Dónde? De la virtud la sombra veo:

«Sí, la sombra, y no más.»—Cuando afanoso
Por la ancha Libia el infeliz viajante
Mares y mares de inflamada arena
Huella perdido y en sudor bañado,
Con vista inquieta y trémula, de horrible
Sed que le ahoga por templar la hoguera,
Mira angustiado el horizonte de oro
Pidiéndole un raudal; allá lejano
Le descubre á su ver; redobla ansioso
El paso y el teson; se afana el triste,
Y ve del agua la apariencia sola
Que al reflejo del sol le ofrece un mármol.
¿Qué hará? ¡Infeliz! De su anhelar rendido
Junto á la roca aletargado cae,
Y frescos bosques y risueñas fuentes
Le brinda el sueño plácido y le adula,
Y aquel momento en la ilusion se goza.
Él tu norma será. Si el mal te aqueja,
Sueña al ménos el bien; que al Dios del Pindo
No plugo en vano electrizar tu frente
Con la chispa inmortal que endiosa al vate,
Feliz destello de su luz preclara.
Si la fria razon de piés de plomo
Entre escollos de error al hombre guia
Con certero compás, tú sola sabes,

Osada fantasía, mundos nuevos
Darle, y á su pesar impetüosa,
Como torrente que feroz bramando
Rocas y troncos y cabañas lleva,
De la alta cumbre de Apenino al centro
Del mar y al carro de Flegon ardiente
Llevarle á tu placer. Del grande Homero
¿Quién resiste á la voz? Con él recorro
Los campos de Dardania; entre la nube
De polvo denso los caballos sigo
Del implacable Aquíles, y al soberbio
Airon del casco que agitado ondea
Tiemblo azorado y pálido; suspiro
Con la mísera Andrómaca, y escucho
Los estallantes látigos, el sordo
Batallar de los héroes, el doliente
Murmullo de Escamandro... ¿Y dónde, dónde,
Soberano cantor, la magia hallaste
Que me arrebata así? ¿Quién los colores,
Mílton sublime, y las etéreas luces,
Con que el Arcángel esplendente brilla,
Dió á tu pincel? ¿Cuál fuerza á los cerrojos
Del malogrado Eden el diamantino
Sello alzó para tí? Tú sola sabes,
Fantasía feliz, mil mundos nuevos

Al hombre dar y engrandecer su mente.
Suelta, no temas, las brillantes alas
Á tu imaginacion, y nuevos orbes
De ventura y bondad fecunda crée,
Donde el amable jóven, que el impuro
Soplo no encalleció del vicio infame,
Al amor de la paz y las virtudes
Abra su corazon. Que allí no vea
Del odioso interes, que al hombre aisla,
La ávida faz, ni el oropel del lujo
Como al indio salvaje le fascine,
Ni de ambicion frenética arrastrado
Á fuer de hiena por los campos corra
De humana sangre y destruccion sediento.
¡ Oh loca ceguedad! ¿Quién contra el hombre
Al hombre encarnizó?... Perdon, amigo,
Perdon si en santa cólera me inflamo
Contra ese azote carnicero, horrible
De la inocente humanidad. La Patria
Armó tu diestra del tajante acero
De tus progenitores, y á sus filos
Su defensa, su honor, su gloria fia;
Mas no te ofenda que el furor deteste
De la guerra insaciable. En sangre tintos,
En sangre fraternal los lauros veo

Del tigre Macedon: de sus victorias
No el himno infausto á mis oidos llega.
¿Y cómo ha de llegar? ¿Cómo, si en ellos
Resuena el grito de cien mil familias
Que en la orfandad ó el cautiverio gimen?
¿Y tú le cantarás? Si acaso un tiempo
La belicosa trompa al labio aplicas,
Solo para inflamar los pueblos suene
En santa indignacion, si un nuevo Jénjis
En su ambicion insana más terrible
Que en su cólera el mar cuando furioso
Naves y chozas y naciones traga,
Á tu Patria dirige el cetro duro
Con que hoy amaga audaz de los Trïones (1)
El remoto país; mas no con sangre
En guerra injusta y bárbara vertida
Las cuerdas de tu cítara salpiques,
Ni el triste objeto de tu canto sean
Luto y dolor, asolacion y estragos.
Canta la dulce paz; canta á sus hijas
Las artes bienhechoras, la abundancia
Que ante su carro placentera rie

(1) Esto se escribió en 1807 durante la primera guerra de Napoleon contra el emperador de Rusia.

Su copia rica prodigando en torno,
La industria activa, y el comercio, y cuantas
Ciencias y nobles máximas conducen
Á suavizar el belicoso gérmen
Que hoy despuebla los campos, convirtiendo
La culta Europa en horda de caribes.

II.

CONTESTACION

á unos tercetos improvisados por varios amigos (1).

Roca, Vega, Breton, Diaz, Romea,
Recibí vuestro métrico billete
De prisa escrito en reunion pimplea,

Donde á favor del dulce pajarete
Y al retintin de la espumante copa
Hilvanabais tercetos siete á siete.

(1) Lo fueron de sobremesa en un fraternal convite, dispuesto el dia 14 de diciembre de 1840 por el Sr. D. Mariano Roca de Togores, hoy Marqués de Molins, para celebrar los dias de nuestro insigne poeta, y son los siguientes.

Á DON JUAN NICASIO GALLEGO,

EN SUS DIAS.

Al salir de un opíparo banquete,
Donde ha habido de todo, inclusos dátiles,
Y leche de las Navas por sorbete;

Lleno aún de los hálitos volátiles
Que alego por disculpa á los errores
En que abundan mis números tornátiles;

¡Triste de aquel que condenado á sopa
Seráfica y al néctar de las fuentes,
Puede solo sentir fuego de estopa!

Tuve en verdad estímulos vehementes
De acrecentar la alegre compañía;
Mas la lluvia sin fin cayó á torrentes,

Y fuerza fué del natalicio dia
Entre memorias tristes y confusas
Pasar solo la tarde oscura y fria.

Más inflaman las mesas que las musas,
Aun cuando, al escribir, trémula mano
Trace en lugar de letras semifusas;

(Que los hiciera yo quizá mejores,
Si hubiera sido en su festin más parco
El magnífico Roca de Togores),

Ántes de tropezar de charco en charco
Por sucias calles en oscura noche,
Malos versos escribo á un Aristarco;

Y no invoco ni á Apolo ni á su coche;
Que para acreditarte mi cariño
Basta un metro ramplon á trochemoche.

Vale ¡oh Nicasio! Á desear me ciño
Que recobres los ímpetus guerreros
Con que incensaste á Vénus cuando niño,

Y no sé que tuviese el juicio sano
El que fingió disuelta en agua pura
La inspiracion de Apolo soberano.

Sube un pobrete, echando la asadura,
El Pindo arriba, ansioso de entusiasmo,
Sudando el quilo por ganar la altura;

¿Y no será rechifla y aun sarcasmo
Que el Dios le ofrezca un vaso de Hipocrene
Que le corte el sudor y le dé un pasmo?

Mejor quizá con la razon se aviene
De aquella chusma el delirar eterno
Que con brujas y espectros se entretiene.

Y que entre los mejores y primeros
De tus amigos numerosos cuentes
Á *Don Manuel Breton de los Herreros.*—

Yo tambien, el menor de los presentes,
Este terceto miserable empalmo
En los de Don Manuel antecedentes,

No inspirado del Dios que rige el almo
Coro de las hermanas, ni del régio
Poeta flébil inventor del salmo,

Para decirte en mala prosa, egrégio
Vate español, que escuches bondadoso
Este de mi laúd humilde arpegio,

Y atormentada de furor interno,
Desdeñando el favor del sacro monte, (1)
Su aciaga inspiracion pide al infierno.

Mas yo me atengo al padre Anacreonte,
Viejo tuno y maulon, que lo entendia
Más que el cantor de Gama ó Rodamonte,

Y con bríndis de Chipre y Malvasía,
De las muchachas jónicas cercado,
Calentaba su dulce poesía.

Tendido sobre el césped de un collado
La cana sien de pámpanos corona
Con la botella ó el porron al lado.

Con que te felicita ¡oh gran coloso
Intelectual y físico! hoy que llega
De tu natal el dia venturoso,

Este que al Dios del universo ruega
Te guarde á tus amigos, de los cuales
Es uno *Don Ventura de la Vega.*—

Pero ¿cómo entre plumas tan caudales
Podrá la mia descompuesta ahora
Buscando amigos encontrar rivales?

(1) Por supuesto, no es el Sacromonte de Granada.

Allí sus cantos báquicos entona,
Á que, cual moscas á la miel, acude
De las ninfas la turba juguetona:

A la que el beso ó el pellizco elude,
Y sorda á los halagos de su Musa
De sus traviesos brazos se sacude,

Deponiendo el rabel, ó cornamusa,
Toma el porron el viejo marrullero
Y con un par de sorbos la engatusa.

De tan sábia opinion os considero:
Seguid del Teyo Anacreon las huellas
En prez y gloria del Parnaso ibero.

¿Ni qué habré de decir á la canora
Cítara que las *Víctimas de Mayo*
Canta á la par que el universo llora?

Tal vez el pueblo invicto de Pelayo
Envejecido ve su brazo ardiente
Primero que tu vena: así Moncayo

Corona en nieves la riscosa frente
Cuando arrastra los pámpanos Octubre;
Mas no del Ebro cesa la corriente.

Así la escarcha que tus sienes cubre
El lauro, que ganara en los albores
De la vida, perenne nos descubre.

Y aunque no os acaloren ninfas bellas
(Más castos, si bien jóvenes, que el viejo),
Tomad el plectro y destripad botellas;

Que al dulce influjo del licor añejo
Correrán vuestros versos, como ríos,
Sembrados de agudezas y gracejo.

En tanto yo, sin juventud, sin bríos,
¿Qué gracias ¡pésia tal! quereis que siembre
En estos metros lánguidos y frios,

Si á más del cierzo que corrió en Setiembre,
Contra mi buen humor veis conjurados
El hielo de mi edad y el de Diciembre?

Pasó la primavera con sus flores:
Recoge pues en el invierno el fruto
Que te da de amistad *Roca Togores*.—

¿Con que yo he de escribir? Vamos, me inmuto.
Con Breton, Roca y Vega ¿cómo lidio?
Pues no hay remedio; de amistad tributo

Sean mis pobres versos; y el que envidio
Cantor ilustre de las *Nobles Artes*,
Y de *Oscar* y *Malvina* y de *Dermidio*;

El que por gran poeta en todas partes
Reconocido está, con faz severa
No los ha de acoger. ¡Oh! no, no apartes,

Solo á vosotros, jóvenes amados,
Esperanza y honor de las Españas,
De Cintio y de Lieo acariciados,

Os toca difundir por las extrañas
El nombre de la patria, que os admira,
Miéntras envuelta en polvo y telarañas
Descansa en un rincon mi pobre lira.

16 de Diciembre de 1840.

Nicasio, de mi epístola primera
Los ojos, porque acaso no la midas
Por los cantos enérgicos de Herrera.

No ricas galas á mi ingenio pidas,
Que pobre y triste en su humildad rastréa;
Mas sí del corazon las mas queridas

Flores son los recuerdos, cuando lea
Nicasio estos renglones, que reciba
Uno, y muy tierno, de *Julian Romea.*—

Y es justo, sí, que la brillante oliva
Del triunfo del saber orne tu frente,
Que para gloria de tu patria viva.

Mi pobre musa en la ocasion presente
Salud te envia, admiracion y canto,
Que entusiasmo por tí gozoso siente.

Así de la amistad el fuego santo
El desagrado en tí, Nicasio, borre
Que excite ahora con orgullo tanto
José María Diaz de la Torre.

SONETOS.

I.

La Primavera.

Sacude Abril su fértil cabellera
Y el ancho suelo puéblase de flores;
El alba le saluda, y mil colores
En torno brillan de la clara esfera.
  Anuncia alegre el soto y la pradera
La vuelta de la risa y los amores,
Y arroyos, aves, selvas y pastores
Cantan la deliciosa Primavera.
  Rie el zagal; alégrase el ganado;
Todo el placer de su presencia siente;
El bosque, el rio, el páramo, el poblado;
  Mas yo, que estoy de mi Pradina ausente,
Suspiro solo y de tristeza helado
Cual si bramara el Ábrego inclemente.

II.

Á Quintana,

POR SU ODA AL COMBATE DE TRAFALGAR.

(1805.)

¿Es la lira de Píndaro valiente
La que en mi oido atónito resuena,
Á cuyo son sublime, que enajena,
Las glorias canta de la griega gente?
No, que es del gran Quintana el plectro ardiente
Que del nombre español el mundo llena:
Á su voz brama el mar, el bronce truena
Y el combate inmortal se ve patente.
Goza á par de los héroes que ensalzaste,
Píndaro nuevo, el lauro peregrino
Con que sus sienes y la tuya ornaste;
Pues al alto lugar que os da el destino,
Si tú por sus hazañas le ganaste,
Suben hoy por tu cántico divino.

III.

Á Corina en sus dias.

(1806.)

Id, mis suspiros, id sobre el ligero
Plácido ambiente que el Abril derrama;
Id á los campos fértiles do brama
En ancho cauce el orgulloso Duero.
Id de Corina al pié sin que el severo
Ceño temais del cano Guadarrama,
Pues el ardor volcánico ós inflama
Que en mí encendió la hermosa por quien muero.
Saludadla por mí; su alegre dia
Gozad ufanos, y el cruel tormento
Recordadle del triste que os envia;
Y en pago me traed del mal que siento
Un ¡ay! que exhale á la memoria mia
Empapado en el ámbar de su aliento.

IV.

Á la memoria de Garcilaso.

(1807.)

Rio, ¿dó está de Laso la divina
Musa que un tiempo suspiraba amores;
La que tu verde sien ciñó de flores
Y suspendió tu linfa cristalina?
  Á tu márgen la alondra matutina
Modula al son del agua sus loores,
Y *el dulce lamentar de dos pastores*
Resuena grato en la imperial colina.
  Zagales de Aranjuez, que en lastimera
Voz recordais su muerte cada dia,
Vosotros los del Tajo en su ribera,
  Dejad ¡ay! que la humilde musa mia
Dé flores á su cítara ligera
Y tierno llanto á su ceniza fria.

V.

Á mi vuelta á Zamora

EN 1807.

Cargado de mortal melancolía,
De angustia el pecho y de memorias lleno,
Otra vez torno á vuestro dulce seno,
Campos alegres de la patria mia.
¡Cuán otros ¡ay! os vió mi fantasía
Cuando de pena y de temor ajeno
En mí fijaba su mirar sereno
La infiel hermosa que me amaba un dia!
Tú, que en tiempo mejor fuiste testigo
De mi ventura al rayo de la aurora,
Sélo de mi dolor, césped amigo;
Pues si en mi corazon, que sangre llora,
Esperanzas y amor llevé conmigo,
Desengaños y amor te traigo ahora.

VI.

Al nacimiento de Pradina.

Cuando al morir el polvoroso estío
El otoño asomó la rubia frente,
Frescura dando al congojoso ambiente,
Vida á las plantas, movimiento al rio,
Nació Pradina, y celestial rocío
Vivificó las flores de repente;
Arrullólas Favonio blandamente,
Y el sol brilló con nuevo señorío.
Alegre al verla el ruiseñor trinaba,
Y de su boca de coral salia
Fragante olor que el aire embalsamaba.
«¡Triste de tí, Casinio! (cuando abria
Los bellos ojos, el amor clamaba)
¡Ay de tu libertad, y aun de la mia!»
Dijo: y sin que pudiese
Contener Cupidillo su alegría,
Llegó, se sonrió, besóla y fuese.

VII.

Á Glicera.

¿Qué imposibles no alcanza la hermosura?
¿Quién no cede á su hechizo soberano?
Adónde llega su poder tirano
La fábula, la historia lo asegura.
Renuncia Adan la celestial ventura
Su dulce halago resistiendo en vano:
Por ella Páris el valor troyano
Arma y conduce á perdicion segura.
De una manzana la belleza rara
Causó de entrambos la desdicha fiera,
Que de tu amor los gustos acibara;
Mas si á verte llegasen, mi Glicera,
El uno de tu mano la tomara;
El otro á tus encantos la rindiera.

VIII.

Al cumpleaños de Pradina.

¡Pradina hermosa!, cuando Dios queria,
Y yo feliz tus años celebraba,
De tu presencia angelical gozaba
Y en tu blando mirar me embebecia.
De tu boca dulcísima la mia
En tiernos besos el maná gustaba,
Á tu bella garganta me abrazaba,
Y de amor y placer desfallecia.
Mas hora ¡triste! de tu lado ausente,
De la esperanza el mentiroso halago
Es cuanto gozo en mi dolor vehemente.
Beso un papel; abrazo el aire vago;
La hiel del tedio gusto solamente,
Y en amargura y llanto me deshago.

IX.

Á Pradina.

CUANDO mi bien el campo hermoseaba
Que del Órbigo baña la corriente,
Yo de su vista celestial ausente
Solitario y lloroso me quejaba.
Hoy que la veo al fin, hoy que esperaba
El dulce premio de mi amor ardiente,
Hállola sin piedad, dura, inclemente,
Y más mi angustia y mi dolor se agrava.
Pues bien, Pradina; si al afecto mio
Perpétuo llanto y desamor le espera,
Culpa de ausencia ó del olvido impío,
Goce yo tu sonrisa placentera,
Y mas que en fuerza de tu infiel desvío
Gimiendo viva, y suspirando muera.

X.

Á Corina ausente.

(1808.)

Mi solo y dulce amor, Corina hermosa,
Anhelada mitad del alma mia,
De cuyos bellos ojos nace el dia
Puro como en Abril purpúrea rosa:
El alma que sin ti jamás reposa,
Sin ti, su única gloria y su alegría,
En un gemido el parabien te envia,
Pues Febo dió su vuelta presurosa.
Vuelan los años ¡ay! y sin estruendo
Fugaz los sigue juventud florida,
Su mágica ilusion con ella huyendo.
¡Feliz quien goza el sol de su querida,
Y triste aquel que en soledad gimiendo
Ausente pasa el Mayo de la vida!

XI.

Á mi caramillo.

(1808)

RÓMPASE ya la mísera flautilla,
Que entonando de amor tiernos cantares,
Si no aplacó su voz soberbios mares,
Supo alegrar los campos de Castilla.
En son festivo el Tórmes á su orilla
Sonar la oyó sin sustos ni pesares,
Y hora escucha sus quejas Manzanares,
Y el llanto ve correr por mi mejilla.
Mas si cantar de aquella solo sabe,
Que ya no osa nombrar el labio mio,
La belleza gentil, los garzos ojos;
Como mi dicha y mi esperanza, acabe,
Y envueltos con mis lágrimas el rio
Lance al Tajo profundo sus despojos.

XII.

Á Zaragoza,

RENDIDA POR EL HAMBRE Y LA PESTE, MÁS BIEN QUE POR EL VALOR FRANCÉS.

(1809.)

Viendo el tirano que el valor ferviente
Domar no puede del Leon de España,
Ni al lazo odioso de coyunda extraña
Dobla el fuerte Aragon la invicta frente,
Juró cruel venganza, y de repente
Se hundió en el Orco, y con horrible saña
Del reino oscuro que Aqueronte baña
Alzó en su ayuda la implacable gente.
De allí el desmayo y la miseria adusta,
De allí la ardiente sed, la destructora
Fiebre salieron y el contagio inmundo.
Ellos domaron la ciudad augusta;
No el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
Tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

XIII.

Á Lesbia en su cumpleaños.

(1810.)

Del nacarado Oriente á los umbrales
Entre ráfagas bellas de oro y grana
Torna á lucir la espléndida mañana
Que al mundo abrió tus ojos celestiales.
Pura brille y feliz: huyan los males
De tí, divina Lesbia, como vana
Niebla al sol estival, ó cual ufana
Disipas la aridez si al campo sales.
Meció tu cuna en la estacion amena
El arrullo del Céfiro, y más flores
Que sus halagos con tu aliento crias.
Arda á tus piés la juventud de amores,
Y tu lozana edad goza sin pena;
Que cuando gracias da, no aumenta dias.

XIV.

Al Lord Wellington

EN LA TOMA DE BADAJOZ.

(1812.)

A par del grito universal que llena
De gozo y gratitud la esfera hispana,
Y del manso, y ya libre, Guadïana
Al caudaloso Támesis resuena;
Tu gloria ¡oh Conde! á la region serena
De la inmortalidad sube, y ufana
Se goza en ella la nacion britana;
Tiembla y se humilla el vándalo del Sena.
Sigue; y despierte el adormido polo
Al golpe de tu espada; (1) en la pelea
Te envidie Marte y te corone Apolo;
Y si al triple pendon que al aire ondea
Osa Alecto amagar, tu nombre solo
Prenda de union, como de triunfo, sea.

(1) Alude á que el emperador de Rusia vacilaba en declararse contra Napoleon.

XV.

Al Excmo. Sr. Conde de Haro,

HIJO PRIMOGÉNITO DEL EXCMO. SR. DUQUE DE FRIAS, AL CUMPLIR UN AÑO.

(1814.)

Precioso niño, si á templar mi pena
Basta el recuerdo de tan fausto dia,
Y al Cielo llega la plegaria mia
En vez de lira al son de mi cadena;
  Dará benigno á tu niñez serena,
Delicias de tu casa y su alegría,
Más que soñado néctar ó ambrosía
De salud y placer la copa llena.
  Tu brazo un tiempo blandirá brioso
De tu padre el acero, cuando altivo
Batas la ijada al alazan fogoso:
  Docto cual él serás y ardiente y vivo;
Cual tu madre, gentil, discreto, hermoso;
Cual ambos bueno, amable, compasivo.

XVI.

Los hoyuelos de Lesbia.

(1815.)

Cruzaba el hijo de la cipria diosa
Solo y sin venda la floresta umbría,
Cuando al pié de un rosal vió que dormia
Al blando son del mar mi Lesbia hermosa;
Y al ver pasmado que su faz graciosa
Los reflejos del Alba repetia,
Tánto se deslumbró, que no sabía
Si aquella era mejilla ó era rosa.
Alargó el dedo el niño entre las flores
Y en ambos lados le aplicó á la bella,
Formando dos hoyuelos seductores....
¡Ay, que al verla reir, la dulce huella
Del dedo del Amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

XVII.

Á la Excma. Sra. Duquesa de Frias

EN SUS DIAS.

(1815.)

Cuando improvisa mi prision oscura
Tornó en vergel tu planta bienhechora,
Y vió asombrada la naciente aurora
En tus ojos su luz brillar más pura;
No bastando mi pecho á tal ventura,
Las Gracias viendo do el espanto mora,
Así al perderte prorrumpí, señora,
Bañando el cláustro en llanto de ternura:
«¡Angel celeste, hechizo y ornamento
Del mundo, vete en paz, y el cielo pio
Sin fin te colme del placer que siento!»
Este fué, dulce amiga, el voto mio:
Hoy le renueva el alma y el acento,
Y en pobres versos á tus piés le envio.

XVIII.

Á un barrilito de vino de Jerez

QUE ME REGALÓ UNA SEÑORA.

(1816.)

Jugo divino, honor de Andalucía
Y envidia del flamenco y del britano;
Tú por quien el Olimpo soberano
Torciera el gesto al néctar y ambrosía;
¡Cuál me colmara el verte de alegría
(Más que con Hebe Júpiter, ufano)
Si á henchir mi copa con su blanca mano
Se hallase aquí la hermosa que te envia!
El rubio Febo en sus collados tiene
Puro cristal: mi labio lo rehusa,
Que á tan helados sorbos no se aviene.
Sé pues mi númen tú, y ella mi musa,
Y al diablo doy los bríndis de Hipocrene
Y el chorro de Castalia y de Aretusa.

XIX.

Á D. Angel de Saavedra,

HOY DUQUE DE RIVAS.

(1817.)

Tú, á quien risueño concedió el destino
(Digna ofrenda á tu ingenio soberano)
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino;
  Vibrando el plectro y animando el lino,
Logres, Saavedra, con certera mano
Vencer las glorias del cantor troyano;
Robar las gracias del pintor de Urbino.
  Lógralo, y logre yo, si más clemente
Me mira un tiempo la áspera fortuna
Que hora me niega en blando son loarte,
  Tejer nuevas coronas á tu frente,
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

XX.

Al primer Pintor de Cámara

D. VICENTE LOPEZ,

POR HABERSE DIGNADO S. M. DE ACEPTAR SUS OBSEQUIOS ASISTIENDO Á SU CASA CON LA REINA Y TODA LA REAL FAMILIA EN LA NOCHE DEL 11 DE FEBRERO DE 1824.

Si plugo á Cárlos con la régia mano,
Que á Marte arrebató palmas sin cuento,
Alzar del suelo el mágico instrumento
Á que gloria inmortal debe Ticiano;
Si vió Velázquez de su dicha ufano
Premiar todo un Filipo su talento,
Dando á su efigie en ínclito ornamento
La roja insignia del patron hispano;
Hoy á despecho de la envidia injusta
Te ofrece, Lopez, tan feliz destino
De otro Monarca la bondad augusta,
Que en favor desusado y peregrino
Da á tus desvelos recompensa justa
Y nuevos timbres al pincel divino.

XXI.

Á Bernardina,

EL DIA QUE CUMPLIÓ CATORCE AÑOS.

(1828.)

Dorando alegre en la oriental ribera
Frescos racimos que el otoño cria,
Otra vez torna el apacible dia
Que abrió tus ojos á la luz primera.
¡Oh si tan grande mi ventura fuera
Que en él gozar te viese, Dina mia,
Esa edad de inocencia y de alegría
Triscando como sílfida ligera!
Si de tu vida en el risueño Oriente
El dulce nombre de tu madre bella
Formar te oí con labio balbuciente,
¿Por qué me ha de negar infausta estrella
Te mire ufano en tu verdor naciente,
Y en gracias tántas competir con ella?

XXII.

Parabien al Rey Fernando

POR SU ENLACE CON LA PRINCESA DE NÁPOLES MARÍA CRISTINA.

(1829.)

Al clamor de la pública alegría
En que el pecho español su aliento apura,
De cuyos ecos á su cueva oscura
Huye bramando la discordia impía,
Gozad ¡oh Rey! en tan dichoso dia,
Nuncio veraz de siglos de ventura,
La flor de gentileza y hermosura
Que la bella Parténope os envia.
Nunca el vivo placer, Fernando augusto,
Que en vuestra frente generosa brilla,
Altere de Fortuna el ceño adusto;
Y á tan plácida union deba Castilla
Un príncipe feliz, clemente, justo,
Á quien doblen dos mundos la rodilla.

XXIII.

À LA SEÑORITA

D.ª Maria de la Encarnacion Gayoso

EL DIA DESPUES DE HABER CANTADO EN CASA DE SU HERMANA LA EXCMA. SEÑORA CONDESA DE TORENO.

(1831.)

Aun en mi corazon, con fuego impreso,
Y en mi atónito oido resonando,
Dura el suspiro de tu acento blando,
Más dulce que de amor el primer beso.
Al donoso ademan, al embeleso
De tu expresion y tus miradas, cuando
Cantas el aire bético imitando,
¿Quién, Corila gentil, no pierde el seso?
Bella, sensible, juguetona, esquiva,
Me exalto, y rio, y me estremezco, y lloro
Al eco de tu voz tierna ó festiva.
¡Feliz quien goce el mágico tesoro
De tantas gracias, y contigo viva,
Y escuche de tu labio un *yo te adoro*.

XXIV.

Al Ilmo. Sr. Obispo de Zamora

EN SUS DIAS.

(22 de Diciembre de 1831.

Hoy que sus rayos el mayor planeta
Mustios y oblicuos á la tierra envia
Y envuelto en nieblas y en escarcha fria
Del trópico tocó la helada meta;
Para dar vado á la emocion secreta
Que el alma siente en vuestro fausto dia,
Sin invocar á Euterpe ni á Talía,
Sola mi gratitud me hará poeta.
Gozadle un siglo, y por el santo celo
De tal pastor, que honrara al Vaticano,
De las sagradas ínfulas modelo,
Hoy para bien del pueblo zamorano
Más bendiciones os conceda el cielo
Que tiene repartidas vuestra mano.

XXV.

À Judas.

(1831.)

Cuando el horror de su traicion impía
Del falso apóstol fascinó la mente,
Y del árbol fatídico pendiente
Con rudas contorsiones se mecia;
   Complacido en su mísera agonía
Mirábale el demonio frente á frente,
Hasta que ya del término impaciente
De entrambos piés con ímpetu le asía.
   Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsion trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,
   Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

XXVI.

Á una Señorita

QUE ME PIDIÓ VERSOS CUANDO, EN MEDIO DE LA LUCHA FRATRICIDA DE D. PEDRO Y D. MANUEL DE PORTUGAL, APARECIÓ EL CÓLERA EN AQUEL REINO Y SE PROPAGÓ POR ANDALUCÍA.

(1833.)

Del padre Tajo el agua cristalina
Con su puñal sacrílego ensangrienta,
De estragos siempre y lágrimas sedienta,
Civil discordia en la nacion vecina.
La ambicion, que á dos príncipes fascina,
De Montiel los escándalos ostenta
A la asombrada Europa; y muda y lenta
Peste voraz sus pueblos extermina.
¡Ay, que ya el mónstruo la comarca huella
De los hijos del Bétis, que á millares
Abandonan su hogar despavoridos!
¿No escuchas sus lamentos, Dina bella?
¡Y hora me pides himnos y cantares!
Pídeme llanto, indignacion, gemidos.

XXVII.

Plegaria á Nuestra Señora,

ESTANDO DE PARTO LA REINA CRISTINA EN 10 DE OCTUBRE DE 1834.

Dulce consuelo del linaje humano,
Madre excelsa de Dios, sacra Lucina,
Humillado á tus piés la frente inclina
Con ardiente fervor el pueblo hispano.
Si nunca vierte lágrimas en vano
El que se acoge á tu bondad divina,
Vuelve, Señora, al lecho de Cristina
Los bellos ojos, la piadosa mano.
Muévate de Fernando la agonía,
Que en zozobra cruel pregunta, espera,
Teme, se afana, alienta, desconfía.
De su penar los plazos acelera,
Y ántes que su fulgor esconda el dia
Agite el viento la feliz bandera (1).

(1) Estaba anunciado que una bandera puesta en las azoteas de Palacio designaria al público el nacimiento de un príncipe, siendo roja y amarilla, y el de una infanta, siendo blanca.

XXVIII.

Mis deseos.

Á LA EXCMA. SRA. CONDESA DE TORENO, EN EL DIA DE SUS BODAS.

(1835.)

Siempre, bella Pilar, siempre risueño
Luzca á tus ojos el solemne dia
Que de tus gracias su ventura fia
Quien se envanece de llamarte dueño.
 Cien veces Mayo ofrézcate halagüeño
Las flores, que sin él tu aliento cria:
Corra tu edad en plácida alegría
Como un sabroso y bonancible sueño.
 De amables niños, lisonjero adorno
De matrona feliz, fórmete en breve
Séquito digno turba bulliciosa,
 Que al agruparse de su padre en torno,
Entre blandas caricias le renueve
Rasgos y hechizos de su madre hermosa.

XXIX.

Á la terminacion de la guerra civil

EN LOS CAMPOS DE VERGARA.

(1840.)

¿QUÉ inusitada aclamacion festiva
Convierte en gozo de mi patria el duelo?
¿Por qué de mar á mar con raudo vuelo
Suena sin fin centuplicado el *viva*?
  La Paz, sí: ¿no la veis, de fresca oliva
La sien ornada, descender del cielo,
En su diestra agitar cándido velo
Y ahuyentar la Discordia vengativa?
  ¡Oh momento feliz! Su horrible tea
De la nacion magnánima española
Maldita siempre y execrada sea;
  Y anuncie el blanco lino que hoy tremola,
Y en que la cifra de Isabel campea,
Un grito, un pensamiento, un alma sola.

XXX.

EN LA TRASLACION
de los restos de D. Pedro Calderon
AL CEMENTERIO DE SAN NICOLÁS.

(1841.)

Gloria y delicia de los patrios lares,
¡Buen Calderon!, de tu fecunda vena
El copioso raudal el orbe llena
Venciendo espacios y cruzando mares.
Difunden hoy tus dramas á millares
Las prensas de Leipsick, los oye Viena,
Y hasta en las playas bálticas resuena
El cisne del modesto Manzanares.
¡Oh hispana juventud! Si al arduo empeño
De hollar del Pindo la sublime altura
No te alentare porvenir risueño,
Esa pompa, ese mármol te asegura
Con muda voz que, si *la vida es sueño*,
Siglos de siglos el renombre dura.

XXXI.

En el Album

DE LA SEÑORA DOÑA TOMASA ANDRES DE BRETON.

(1842.)

¡Cuál como tú feliz, bella Tomasa,
En quien Breton extático se mira,
Y en tu amor quinquenal (no, no es mentira;
Vuelve la hoja y lo verás) se abrasa! (1)
«Hermosa, mucho más, la tengo en casa,»
Dice á toda beldad que el vulgo admira.
Tus ojos son el númen que le inspira;
Tuyo el hechizo que á sus versos pasa.
Solo falta ¡oh dolor! que en la terneza
De sus deliquios conyugales, cuando
Á la madre de Amor, no á Febo, invoque,
La gran fecundidad de su cabeza,
La *unidad de lugar* atropellando,
En ménos alto punto se coloque.

(1) Alude á otro soneto de D. Manuel Breton de los Herreros, escrito en la primera hoja de dicho *Album*, y en que celebra su ventura conyugal al cabo de cinco años de matrimonio.

XXXII.

Á San Fernando.

(1842.)

Desciende de las fúlgidas mansiones,
Ilustre leonés, santo guerrero;
Muévate á compasion el trono ibero
Que en el Bétis plantaron tus legiones.
No tiene ya Corteses ni Colones
Que rindan á sus piés otro hemisfero:
El que era envidia ayer del orbe entero
Ludibrio es hoy de reyes y naciones.
Mira á tu Nieta cándida, inocente,
Que en infantiles juegos divertida
Ni aun el rumor de la borrasca siente.
Guarda y protege su preciosa vida,
Y esa corona trémula en su frente
De mil contrarios vientos combatida.

XXXIII.

Á Margarita en sus dias.

(1845.)

Dos veces y no más, Márgara mia,
Dos veces y no más plugo al destino
Que á tu lado me hallase el matutino
Plácido ambiente de tu fausto dia.
Gozoso entónces admirar solia
Los rasgos de tu ingenio peregrino,
Y al eco de tu labio purpurino
Colmaba el pecho insólita alegría.
Todo cambió. Por términos extraños
Perdida ya de verte la esperanza,
Me acosan males, tedio, desengaños.
Solo en mi corazon no hallo mudanza;
Que el poder de las penas y los años
En él tu imágen á borrar no alcanza.

XXXIV.

Para el Album de D. P. de T.

Á TULITA DE AVELLANEDA.

(1847.)

Hoy que sus rayos el mayor planeta (1)
Mustios y oblicuos á la tierra envia,
Y envuelto en nieblas y en escarcha fria
Del trópico tocó la helada meta, (2)
Tula cruel, ¿pretendes indiscreta
Que salga á relucir la musa mia?
¿Dónde hallará calor mi fantasía?
¿Quién con setenta abriles es poeta?
¡Ay, que del estro se extinguió la llama!
Pasó la edad del canto y los amores,
Y ya la ávida huesa me reclama.
Solo del crudo invierno en los rigores
Troçar es dado al númen que te inflama
Las nieblas en fulgor, la escarcha en flores.

(1) *Vieux stile.*

(2) El primer cuarteto de este soneto es igual al de otro que antecede dirigido al Obispo de Zamora.

XXXV.

Á MI SEÑORA

D.ª Dolores Perignat de Pacheco.

¡LO QUE PUEDE EL TIEMPO!

(1848.)

Volvióme loco una mujer hermosa
Diez lustros há: lloré, seguí su huella,
Ví el soberano bien cifrado en ella,
Y ensalcé su beldad en verso, en prosa.
  Dije que sus mejillas á la rosa
Prestaron su carmin; que no tan bella
Fué la madre de Amor; lluméla estrella,
Cielo, sol, querubin, arcángel, diosa.
  Mas hoy ¡qué diferencia, cara amiga!
¡Tanto pueden los años!... ¡Ay! perdona
Que tan amarga sequedad te diga:
  Siempre que veo tu gentil persona
Exclamo, cuando más, ¡Dios te bendiga!
Y vuélvome tranquilo á mi poltrona.

XXXVI.

Á LA SEÑORA

D.ª Josefa Espinosa de los Monteros.

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA FLORA FERRER.

Sí, Pepa, bien lo sé: Flora es tan linda,
Que pocas competir podrán con ella;
Descubre cada párpado una estrella,
Y es cada labio suyo media guinda.
  Ríome yo de la gentil Florinda
Que fascinó á Rodrigo, y aun aquella
Á quien dió Páris la manzana bella
Dudo que á sus encantos no se rinda.
  Por Dios que, si me pongo, en breve rato...
Sí, sí, ¡pereza fuera! ¡Vive Cristo,
Que voy á hacer al punto su retrato!
  Pincel, tintas, marfil, todo está listo...
Pero, Pepa, ¿no soy bien mentecato?
¿Cómo la he de pintar, si no la he visto?

XXXVII.

Al Excmo. Sr. Marqués de Molins. (1)

Si no brindo con vino á tu *salud*,
Como lo manda el uso *inmemorial*,
Caro Mariano, en Pascua ó *Carnaval*,
Es senil impotencia ; no es *virtud*. (2)
Observante me han hecho del *talmud*
Los años con su rígido *ritual*;
Mas te festejaré desde el *portal*,
Como la murga, al son de mi *laud*.
¿Quién pudo imaginar que soy *aquel*
Que pudiera engullir por *colacion*
Hasta el arco y la tripa del *rabel*?
Y hoy debo confesarte ¡oh *confusion*!
Que si á la verdad santa he de ser *fiel*,
Puches piden mis dientes ; no *turron*.

(1) El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, rogó á varios literatos, amigos suyos, y entre ellos á Gallego, que le acompañasen á celebrar en su casa la Nochebuena del año de 1851. Al efecto les dirigió en forma de circular un festivo soneto, al cual, y sujetándose á las mismas rimas, contestó con otro soneto cada uno de los convidados. Por esta singularidad, y por ser el que publicamos, aunque un juguete á que el autor no dió ninguna importancia, el último acento de su bien templada lira, se le ha dado lugar en la presente coleccion.

(2) El autor acababa de cumplir 74 años.

POESÍAS VARIAS.

LA DULCE VENGANZA.

(1800.)

Riñó conmigo mi Corina un dia;
Gritó y mesó los nítidos cabellos;
Torció las manos y los brazos bellos,
Y al amor y sus gustos maldecia.
En su venganza y frenesí furiosa
Juró negarme el brillo de sus ojos,
De sus mejillas la naciente rosa,
Y el dulce néctar de sus labios rojos.
Yo que la adoro y por sus gracias muero
Temblé al oir el juramento impío,
Y ofuscando la voz el llanto mio
Así la dije en tono lastimero:
«Si de tu amante la pasion te aira,
«¿Por qué el vengarse tu furor retarda?
«Oprime el cuello que tu amor respira;
«Traspasa el pecho que tu imágen guarda.

«Justo es que en mí tu cólera desfogues;
«Que quien no supo complacerte muera:
«Yo halagaré la mano que me hiera,
«Ó besaré el dogal con que me ahogues.»
Ella la vista en el florido suelo
Fijó, depuesta su fiereza brava,
Y en su regazo sobre el blanco velo
De aromo un ramo deshojando estaba.
«¿Por qué sin causa, proseguí, te enojas,
«Cruel?» Y en tanto levantó la frente,
Miró hácia mí, rióse blandamente,
Y del aromo me arrojó las hojas.
Luego enjugó mis húmedas mejillas;
Luego oficiosa me aliñó el cabello;
Despues jovial sentóse en mis rodillas;
Despues los brazos enlazó á mi cuello.
Risueña entónces, con su ardiente labio,
Más vivo que el carmin, selló mi boca,
Y en pos del beso que mi ardor provoca,
Ufana prorrumpió: ¡*vengué mi agravio*!
Modelo eterno á los amantes sea
La atroz venganza de mi dulce amiga.
¡Quien no perdona, que perdon no vea,
Y odiado espire quien el odio abriga!

EL VATICINIO.

Á LESBIA.

(1800.)

Pronta á dejar la bética ribera
Que ya en ardor bañaba el blondo Estío,
Un ¡ay! lanzó la madre Primavera,
Un ¡ay! envuelto en flores y rocío.
Del llanto del Abril nació la rosa;
De la espuma del mar Vénus divina;
De aquel dulce suspiro Lesbia hermosa
Más linda que la rosa y que Ciprina.
Nació, y del Alba anticipó el saludo
La turba alada, al rayo de la Luna,

Al par que asidas en airoso nudo
Las Gracias vuelan á mecer su cuna.
  Amor las palmas de placer batia
Cuando los tiernos párpados alzaba,
Y al ver la nueva luz, que afrenta al dia,
Ciego á sus piés depositó la aljaba.
  Y «¡Oh niña!, dijo, á tu beldad despojos
«Son ya las flechas del Amor divisa:
«¡Cuántas más almas herirán tus ojos!
«¡Cuánto más fuego encenderá tu risa!
  «¡Oh qué deseos rondarán lascivos
«Tu fresco labio y tu mejilla pura!
«¡Oh qué miradas y ayes fugitivos
«Tu blanco seno y tu gentil cintura!
  «Ciego á tus piés y en lágrimas deshecho,
«Uno entre tantos rendirá el destino;
«Uno á quien baste á derretir el pecho
«Con solo un rayo tu mirar divino.
  «Hijo de Apolo, en flébiles querellas
«Dará á tu nombre armónicos cantares,
«Que al alumbrar de fúlgidas estrellas
«Difunda el viento por los anchos mares.
  «¡Ay, cuánto afan al mísero le espera,
«Sin fin luchando con su ingrata suerte,
«Contínuo cebo de mi ardiente hoguera,

«Viviendo el triste en prolongada muerte!
«¡Felices ambos si tu seno abrasa
«Chispa fugaz del suyo desprendida!;
«Que no es beldad la que sin mí se pasa,
«Ni en pechos duros el placer se anida.
«No quieras ver marchita tu belleza,
«Como en el yermo inútil amapola,
«Que intacta vive en eternal tristeza,
«Y nace y muere desamada y sola.
«Mas no será; que un alma hermosa veo
«Unida al cuerpo angélico y bizarro,
«Y en ti la gloria y el mayor trofeo
«Que el orbe admire en mi triunfante carro.»
Así dijo el Amor. ¡Ay Lesbia amada!
Cumplida está su prediccion funesta;
Cumplida en mí, que el alma embelesada
Rendí á tu gracia y tu virtud modesta.
Dentro del pecho siento al inhumano
De su pérfido triunfo hacer alarde;
Sí; que una hoguera me anunció el tirano,
Y es un volcan el que en mis venas arde.
¿Sabes, oh Lesbia, comparado al mio,
Qué es el ardor de tu apacible llama?
Tibio lucir de fósforo sombrío
Junto al globo inmortal que el aire inflama.

¿Y eterno habrá de ser? ¿Me niega el cielo
Que este incendio voraz se temple un dia?
¿Dónde hallará mi padecer consuelo?
¿Dónde?—En tus brazos, ó en la tumba fria.

———

Á UNA TÓRTOLA.

ANACREÓNTICA.

(1800.)

Dichosa tortolilla,
Que en inocentes juegos
Las horas entretienes
De mi adorado dueño;
Tú, á quien ofrecen gratos
Copa sus labios tiernos,
Taza su mano bella,
Cuna su lindo seno;
Que del gentil regazo
Subiendo al albo cuello,
Mueves sus rizos de oro
Con revolar inquieto;

Tú, que sin tasa gozas
La luz de sus luceros,
Y el néctar de su labio,
Y el ámbar de su aliento;
Cuéntame por tu vida,
Pues sabes sus secretos:
¿Suspira cuando parto?
¿Se alegra cuando vuelvo?
¿No acusa la inconstancia
Del caprichoso tiempo
Para mi bién tan tardo,
Para mi mál tan presto?
¿Se acuerda de quien triste
Por ella está muriendo,
Ò á más remotos climas
La lleva el pensamiento?
Mas ¡ay, que ayer airada,
Con ademan severo
De irrevocable muerte
Me fulminó el decreto!
¿Y cuál, cuál es mi crímen
Para rigor tan fiero?
Si amarla no es delito,
Culpable no me siento.
Sé tú mi intercesora:

Súbete al hombro bello,
Y con arrullos blandos
Repítela estos versos:
«No guardes, Lesbia hermosa,
«Tan implacable ceño,
«Que ardides inocentes
«No son engaños negros.
«Yerros de Amor, señora,
«Son perdonables yerros.
«¿Qué mucho que tropiece?
«¿No ves que es niño y ciego?
«Ni es la venganza halago
«De generosos pechos;
«Que amar es dulce cosa,
«Y odiar, cruel tormento.»

Á LA AUSENCIA DE CORINA.

ENDECHAS.

(1804.)

Pobre lira mia,
Que entre juncia y flores
Dulce son de amores
Modulaste un dia;
   Risueña corriente
Que en silencio vagas
Y al jazmin halagas
La cándida frente;
   Verde prado ameno,
Perezoso rio,
Bello bosque umbrío
De mis ayes lleno;

Fuente cristalina,
Césped venturoso,
Que sombra y reposo
Brindaste á Corina:
Ya de mí se esconde;
Que mi mal no siente:
Lira, prado, fuente,
¿Me direis en dónde?
Llámola afligido,
Búscola azorado
Del valle al collado,
Del monte al egido.
Dobla mis congojas
El Céfiro blando,
Que así suspirando
Dice entre las hojas:
«Más flores hubiera
«Si aquí se acercara,
«Que es su linda cara
«Sol de primavera.»
Mas ¡ay Dios! que en tanto
De su amor me priva,
Mis quejas esquiva,
Desprecia mi llanto.
Huye y no responde;

Yo sin ella muero:
Náyades de Duero,
¿Me direis adónde?
  En pos de sus huellas
Voló mi contento
Cual se lleva el viento
Mis hondas querellas.
  Tú, que mal templada
Yaces hora y triste,
Y un tiempo te viste
Por la infiel ornada,
  Si alegres amores
Modulaste un dia,
Gime, lira mia,
Gime mis dolores.

EL PUDOR.

ANACREÓNTICA.

(1806.)

Cuando en su concha Vénus
Salió de entre los mares,
Brilló la luz del dia
Más pura y rutilante.
Entónces de las plantas
Nació el olor süave,
La pompa de las selvas,
El aura de los valles.
Entónces aprendieron
Á modular las aves,
Y el plácido murmullo
Las fuentes y raudales.

Al verla se disipan
Huyendo por los aires
Las nubes procelosas,
Las negras tempestades.
¡Cuán bella resplandece
La diosa! ¡Cuán fragantes
Donde sus ojos fija
Nardos y rosas nacen!
Ufana se recrea
Ciprina al contemplarse,
Bañando la sonrisa
Sus labios celestiales.
Al amoroso fuego
Que en sus miradas arde
El universo todo
Se anima y se complace.
¡Cómo su frente brilla!
¡Qué hechicero contraste
Forman los rizos de oro
Que el cefirillo bate!
Jugando rodeaban
Su carro de corales
Amores y placeres,
La risa y el donaire.
Abrió el excelso Olimpo

Sus puertas de diamante,
Y el coro de los dioses
Á recibirla sale.
  Estaba Citerea
Sin velo que ocultase
De la admirada turba
Sus formas virginales;
  Y al ver que así la miran
Y la belleza aplauden
Del pecho alabastrino,
Del delicado talle,
  Bajó los lindos ojos
En actitud cobarde,
Y el fuego de sus labios
Enrojeció el semblante.
  De este ademan de Vénus
Nació el pudor amable
Dando á su tez de nácar
Espléndido realce.
  Pudor, pudor divino,
De la inocencia esmalte,
¡Qué gracias, qué embelesos
Te deben las beldades!

EL PADRE Y SUS DOS HIJOS,

APÓLOGO DE FLORIAN.

TRADUCCION LIBRE.

(1808.)

Del opaco Diciembre en noche fria
Un padre con sus hijos en mi aldea
Al calor de la humilde chimenea
Las perezosas horas divertia.
Á su lado el menor se entretenia
De naipes fabricando un edificio
Con más cuidado y atencion severa
Que el famoso Ribera
Trazando el plan del madrileño hospicio,
El mayor repasaba
(Pues ya en la edad de la razon rayaba)
Una mugrienta historia;

Depósito de cuentos y dislates,
Su lengua atormentando y su memoria
Con nombres mil de reyes y magnates.
Mas juicioso notando
Que unos llamaba el libro *fundadores*
Y otros *conquistadores,*
¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?
Aquí llegaban, cuando
Con feliz inocencia
Su travieso hermanito,
Que acababa gozoso
De coronar su alcázar ostentoso,
Saltaba de alegría y daba un grito.
Colérico el mayor se alza violento
Al verse interrumpido,
Y de un solo revés arroja al viento
El palacio pulido,
Dejando al pobre niño el desconsuelo
De ver su amada fábrica en el suelo.
El padre entónces con amor le dijo:
La respuesta mejor está en la mano:
El *fundador* de imperios es tu hermano
Y tú el *conquistador.* ¿Lo entiendes, hijo?

CANCION

PARA EL ANIVERSARIO DEL DOS DE MAYO,

PUESTA EN MÚSICA POR D. MARIANO LEDESMA.

(1812.)

CORO.

En este infausto dia,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazon;
Y suban nuestros ayes
Del Céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañon.

Miradnos, sacros Mánes,
Gemir en triste coro

La faz bañada en lloro,
Y el alma en odio y hiel.
Mas sangre en vez de llanto
Se os debe por tributo;
Y en vez de adelfa y luto
Trofeos y laurel.

En este infausto, etc.

¿Quién ¡ay! del negro dia
Que hoy dobla nuestras penas
Las bárbaras escenas
Renueva sin terror?
Erízase el cabello;
Se agolpa el llanto ardiente,
Y el pecho hervir se siente
De cólera y furor.

En este infausto, etc.

¡Oh colmo de la infamia!
No osando los malvados
Lidiar con desarmados
En lucha desigual;
Mintiendo en el semblante

Su rabia vengativa,
Cubrieron con la oliva
Su pérfido puñal,

En este infausto, etc.

No paz con los tiranos,
Que es muerte solapada:
Afilan más la espada
Brindando su amistad.
Mirad los infelices
¡Cuál mueren entre horrores!
Mirad á los traidores
Gozarse en su maldad.

En este infausto, etc.

Quien vió la sangre y ropas
Sembradas por el suelo,
Que exprese el desconsuelo
Que el alma le enlutó.
Los aires ensordecen
Las víctimas que gimen;
Á tan horrendo crimen
Su luz el sol perdió.

En este infausto, etc.

Cautivo aquel recinto
Nos grita al alto ejemplo:
Él es de España el templo;
Él es el patrio altar;
Y al lauro del que al Sena
Los vándalos ahuyente
En voto reverente
Sus aras debe honrar.

En este infausto, etc.

¿Qué vale que hoy nos vean
Los mares gaditanos
Cercar en ayes vanos
Fingido panteon?
Formemos de pendones
En más dichosos dias
Á sus cenizas frias
Más digno pabellon.

En este infausto dia, etc.

En tanto á sus verdugos
Persiga en triste sueño
Del Prado madrileño

Espectro aterrador.
  Sangrienta el agua beban,
Sangriento el cielo miren,
Y en sangre al cabo espiren
Por hierro vengador.

  En este infausto dia,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazon;
  Y suban nuestros ayes
Del Céfiro en las alas,
Al silbo de las balas,
Y al trueno del cañon.

PLEGARIA AL AMOR.

¡Salve, divino Amor, del hombre vida,
Fuego dulce y fecundo,
Deidad amable que á placer convida
Por todo el ancho mundo!
¡Salve, luz celestial, perpetua llama
De cuanto existe y dura,
Raudal perenne, que do quier derrama
Alegría y ventura!
¿Qué, di, sin tu favor del orbe fuera?
La fresca pradería,
El bosque hojoso, la feraz ribera
Yermo horrible sería.

Por ti gozamos las purpúreas rosas
Del Céfiro halagadas;
Por ti cantan las aves amorosas
Sus tiernas alboradas.

Por ti ostenta su gala y gentileza
El alazan ligero;
Por ti se humilla y doma su braveza
El leopardo fiero.

Por ti colores mil la flor esmaltan;
Por ti brilla el rocío;
Por ti en el valle los corderos saltan;
Por ti murmura el rio.

Por ti sin tregua juventud lozana
Se agita y se alboroza;
Por ti la bella jóven se engalana
Y en su beldad se goza.

Tú solo el dios entre los dioses eres,
Y tu mirar risueño
Más alcázares rinde cuando quieres
Que del Olimpo el dueño.

Contra el furor de mis atroces penas
Tu alto favor imploro;
Que al incesante son de tus cadenas
De Lesbia ausente lloro.

Tú, niño alado, que en su linda boca

Mi sumo bien pusiste,
Y enternecer su corazon de roca
En premio me ofreciste,
  Guárdame, en pago del pesar que siento,
En su pecho nevado
Pura como el aroma de tu aliento
La fe que me ha jurado.
  Haz que sus ojos dulces y serenos,
Do bebe luz el dia,
Viertan dos tiernas lágrimas al ménos
Á la memoria mia.

LA HOJA DE LENTISCO.

ALEGORÍA.

(1826.)

Hoja seca y solitaria
Que ví tan lozana ayer,
¿Dónde de polvo cubierta
Vas á parar? —No lo sé.
Léjos del nativo ramo
Me arrastra el Cierzo cruel
Desde el valle á la colina,
Del arenal al verjel.
Voy donde el viento me lleva,
Resignada por saber
Que ni suspiros ni ruegos
Han de templar su altivez.
Hija de un pobre lentisco
Voy adonde van tambien
La presuncion de la rosa,
La soberbia del laurel.

EL CONDE DE SALDAÑA.

ROMANCE.

(1826)

¿Quién es aquel caballero
Que en las márgenes del Esla
El potro ardiente fatiga,
La dura lanza maneja?
Coraza y almete adornan
Roja banda , plumas negras;
Bruñido paves embraza
Y osada divisa ostenta:
Es un corazon alado
Que se remonta á la esfera
Y encima un rótulo dice:
No subas más , que te quemas.
Ninguno en el ancho circo

Se le opone; que ya deja
En doce altivos encuentros
Doce contrarios en tierra.
¡Viva de Saldaña el conde!
De boca en boca resuena;
Todos vencedor le aclaman
Y admirados le contemplan.
Desde la alta galería
Ornada de ricas telas
El Rey su valor aplaude,
Y á darle el premio se apresta.
Él de un salto se derriba
Desde el arzon á la arena,
Y del Monarca las plantas
Bizarro y modesto besa.
Dame, gallardo mancebo,
Dijo el Rey, la fuerte diestra;
Que es justo apriete la mia
Mano que tan bien pelea.
Con esta luciente espada
Que fue del rey don Früela,
En premio de tu victoria
Honre al valor la belleza,
Y del toledano adarve
Á las torres de Antequera,

De los turbantes moriscos
Estrago y asombro sea.
Dijo; y sonrojado el Conde
Bajó humilde la cabeza;
Que al querer darle las gracias
Trabó el respeto su lengua.
¡Oh cuántos pechos enciende!
¡Con qué afan las damas bellas
Los blancos velos agitan
Y al cielo su triunfo elevan!
Entre todas sobresale
La infanta doña Jimena,
Que á la voz del Rey su hermano
Ceñirle la espada intenta.
¿No veis cómo sus mejillas
Ántes de carmin cubiertas,
Palidecen, y en sus manos
Cinturon y espada tiemblan?
¿No advertís que el caballero
De hinojos en su presencia
Estatua inmóvil parece
En triste lucillo puesta?
No es mucho que así se turben
Cuando Alfonso los observa,
Cien cortesanos los miran,

Mil curiosos los acechan.
Dias ha que en viva llama
Amor con veloz saeta,
Atropellando respetos,
Inflamó sus almas tiernas.
Fe de esposos se juraron
Entre las doradas rejas
De un jardin, sin mas testigos
Que una esclava y las estrellas.
Mas ¡ ay, que en excelso alcázar
Mal un secreto se alberga,
Y á par de los régios tronos
El suyo la envidia sienta!
Ya el palacio lo murmura:
¡ Ay de entrambos si es que llegan
Al alma de Alfonso el Casto
Tan mal celadas sospechas!
Del Rey, cuyo indócil cuello
De amor el yugo desdeña,
Y como atroces delitos
Sus dulces yerros condena.—
Mas ya la callada noche
Cubre el mundo de tinieblas,
Y vencedor y vencidos
Toman de Leon la vuelta.

Sañudo en tanto va jurando al cielo
Su desdoro vengar Nuño de Arlanza,
Que al primer bote de la ardiente lanza
Vencido por el Conde, cayó al suelo.
Estaba solo el Rey, de lid sangrienta
El plan trazando contra el moro un dia,
Cuando con alma llena de falsía
Nuño en el regio alcázar se presenta.
Secreta audiencia pide, y admitido
En la estancia do mora el Rey potente,
Así comienza á hablar el fementido
Con triste faz y labio balbuciente.—
Hay quien osa, Señor, con vil mancilla
Profanar de este alcázar el decoro,
Miéntras vos, esgrimiendo la cuchilla,
Triunfais con gloria del soberbio moro.—
¿Y quién es el traidor, Alfonso exclama,
Que á tal se atreve? Di: pronto castigo,
Como del rayo asoladora llama,
Acabará á tan pérfido enemigo.—
Jamas, dice el hipócrita, este arcano
De mi pecho saldria, si no fuera
El honor de tan digno soberano
Quien al remiso labio aliento diera.
Tal vez será imprudencia: infausta suerte

Me amenaza tal vez; pero en buen hora
Caiga el mal sobre mí, venga la muerte
Con tal que vos sepais quién os desdora.
El conde de Saldaña hasta la altura
Del regio solio se remonta ufano
En alas del amor, y su locura
Escandaliza al pueblo castellano.
Vuestra hermana, Señor... —¡Cómo! la Infanta
¿Amar al Conde? ¡Nuño, vive el cielo...!,
Clama el sañudo Rey, y en su garganta
La voz se anuda convertida en hielo.
Mas luego se reporta, y mesurado,
Si es cierto, añade, el crímen, pena dura
Castigará tan pérfido atentado;
Mas ¡ay, Nuño, de ti, si es impostura!—
¿Impostura, Señor? Si tal agravio
Cualquiera otro que vos... Haced empero
Pesquisa cual monarca justiciero,
Y hallaréis que verdad os dice el labio.
Ejecutólo Alfonso, y convencido
De que Nuño de Arlanza no le engaña,
Su enojo reprimiendo, comedido
Así habla cierto dia al de Saldaña:
«De Navarra al monarca en propia mano
Quiero que entregues, Conde, aqueste pliego,

Y del fuerte de Luna al Castellano
Estotro al pasar deja: parte luego.»
Apénas brilla la rosada aurora
Y ya el Conde se apresta á la partida,
Miéntras Jimena solitaria llora
Sin abrazarle en tierna despedida.
Al castillo de Luna prontamente
Llega el desventurado caballero,
Y la carta entregando, de repente
Cae el rastrillo y queda prisionero.
¡Traidor!, ¿qué intentas?, irritado dice
Echando mano de su acero el Conde,
Y el Alcaide excusándose, ¡infelice!,
Preso estás por Alfonso, le responde.
Quítanle al punto la luciente espada,
Que terror de los moros era un dia,
Y una mano le arranca despiadada
Los ojos do la Infanta se veia.
Ella entre tanto en la mansion oscura
Gime de un claustro y por su esposo clama;
Mas ¡ay, que en perdurable desventura,
No verá más al infeliz que llama!

———

EPITAFIO Y DÍSTICOS LATINOS

ESCULPIDOS EN EL SEPULCRO DE MELENDEZ EN EL CEMENTERIO DE MOMPELLER

adonde fueron trasladados sus huesos en 1828.



D. O. M.
JOANNIS. MELENDEZ. VALDES
HISPANI. POETAE. CLARISSIMI
AN. MDCCCXVII. DIE XXIV. MAII
MONSPELII. SUBITO. EXTINCTI
MORTALES. EXUVIAS
PER. UNDECIM. AN. SPAT. INDECORE. SEPULTAS
AC. OBLIVIONI. FERE. TRADITAS
IN. HUNC. DIGNIOREM. LOCUM
BERNARDINUS. FERNANDEZ. DE. VELASCO
DUX. DE. FRIAS
ET. JOANNES. NICASIUS. GALLEGO
ARCHIDIACONUS. VALENTINUS
NON. SICCIS. OCULIS
TRASFERENDAS. CURARUNT.
R. I. P. A.

(Aquí hay un trofeo compuesto de una lira y caramillo rotos y entrelazados con una corona de laurel, y por bajo los dísticos siguientes.)

Quam dederant dulci charites arguta Batillo
Fistula, Volcarum litore fracta jacet.
Digna siracosio calamo, citarâque Properti,
Dum repetit moestus carmina blanda Tagus,
Te, Lede, qui niveis lambis felicior undis
Hunc tumulum, serves pignora cara rogat (1).

(1) D. Alberto Lista dió noticia de la indicada traslacion, y tradujo el epitafio y los versos latinos en la Gaceta de Madrid de 11 de Setiembre de 1835. Su traduccion es esta:

Á Dios óptimo máximo.

Bernardino Fernandez de Velasco, duque de Frias, y Juan Nicasio Gallego, arcediano de Valencia, cuidaron, no sin lágrimas, de que los restos mortales de Juan Melendez Valdés, esclarecido poeta español, que murió repentinamente en Mompeller el 24 de Mayo de 1817, sepultados indecorosamente por espacio de once años, y casi entregados al olvido, fuesen trasladados á este más digno monumento.

Descanse en paz, amén.

TRADUCCION DE LOS DÍSTICOS LATINOS.

Aquel, que á su Batilo concedieran
Las Gracias, caramillo sonoroso,
Roto en la playa de los Volcas (*) yace.
Miéntras repite el Tajo entristecido
Sus blandos versos, dignos de la avena
Sícula y de la lira de Propercio,
Te ruega, oh Ledo, (**) á ti, pues más felice
Bañas con frescas ondas esa tumba,
Que tan queridas prendas le conserves.

*) Nombre que tenian los antiguos habitantes de la parte litoral del Languedoc.
(**) Nombre antiguo del rio que pasa junto á Mompeller. Hoy se llama Lez.

EN EL ALBUM DE UN VENTRILOCUO.

EPIGRAMA.

(1831.)

Causa tal placer á todos
Oirte hablar *por la panza*,
Que el público en tu alabanza
Habla despues *por los codos*.

PARA EL ALBUM DE LA CONDESA DE LA TOUR MAUBOURG,

Á SU SALIDA PARA ROMA EN MAYO DE 1840.

Del Turia y Bétis el fecundo suelo,
Donde á nunca morir nacen las flores,
Ni pone grillos á la fuente el hielo,
Imágen del Eden, mansion de amores;
Dulce morada, y de tus gracias digna
fuera, Condesa, en el confin de España,
Cuando la suerte la miró benigna,
La cruda suerte que en su mal se ensaña.
Mas hoy que, ardiendo en fratricida guerra
Rencores, sangre, asolacion te ofrece,
Deja, señora, tan aciaga tierra,
Y su fatal destino compadece.

Huye, y salvando sus nevadas cimas
Cruza la falda del gigante alpino,
Y allá descansa en los amenos climas
Que el mar circunda, y parte el Apenino.
Mas cuando ufano en valles y florestas
Con la pompa de Mayo engalanadas
Un pueblo alegre en bulliciosas fiestas
Te salude con vivas y alboradas,
Merezca algun recuerdo á tu ternura
Y una piadosa lágrima á tus ojos
De mi patria infeliz la desventura,
Donde tan solo ves ruinas y abrojos.

EN EL ALBUM

DE LA

EXCMA. SRA. DOÑA GERTRÚDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Si mi memoria honrar de este volúmen
En las más nobles páginas deseas,
Fuerza, Tula, será que tú mi númen,
Mi sola inspiracion, mi Apolo seas.
Mi fatigado espíritu consumen
Hondos cuidados, tétricas ideas,
Al torcedor de duros desengaños
Rendido aun más que al peso de los años.

Un rayo solo préstame, te ruego,
De los que dió á tus ojos Sirio ardiente,
Ó un fúlgido destello de ese fuego
Con que natura electrizó tu mente;

Que ya ni del arpon del niño ciego
Mi yerto corazon la punta siente,
Ni el ardor todo de las nueve hermanas
Basta á templar el hielo de mis canas.

Solo me es dado de tu voz divina
Mudo admirar la fuerza encantadora,
Que vibrando en la esfera cristalina
Oye admirada al despertar la Aurora.
Émula de los lauros de Corina,
Que te legó su cítara sonora,
Haz que tu canto armónico se encumbre
Adonde enciende el sol su viva lumbre.

A MR. FRÉDÉRIC MADRAZO,

EN LE VOYANT FAIRE LE PORTRAIT DE MAD. LA MARQUISE DE.....
PLACÉ DANS UNE BELLE TERRASSE DE FLEURS.

MADRIGAL.

Dis moi, cher Frédéric, par quel prestige heureux
Quand tu fais un portrait, j'en vois paraitre deux;
L'un dans ce beau jardin, par ton pinceau fidèle,
Et l'autre dans mon coeur, par les yeux du modèle.

OSCAR,

TRAGEDIA.

OSCAR,

HIJO DE OSIAN,

TRAGEDIA.

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. ARNAULT.

PUESTA EN VERSO CASTELLANO Y ACOMODADA Á NUESTRO TEATRO.

Representada en los teatros de la Córte.

INTERLOCUTORES.

OSCAR.	DERMIDIO.
GAÚL.	FILLAN.
MALVINA.	UN BARDO.
CARIL.	COMPARSA DE SOLDADOS.

ACOMPAÑAMIENTO.

El asunto pertenece á los antiguos tiempos de Escocia.—La escena en el palacio de Selma y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un pais montuoso y silvestre, terminado por una cadena de rocas, por entre cuyas quiebras se verá el mar. Al principio se figurará el crepúsculo de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

MALVINA *aparece sentada en un peñasco, de que desciende pausada y melancólicamente al alzarse el telon.*

¡No vuelven, ay! En vano por las playas
Y por el ancho mar la vista tiendo;
En vano, en vano á cuanto ven mis ojos
Hablo y pregunto sin cesar por ellos.
Hijo, esposo y amigo, todo ¡ay triste!
Feneció para mí. Falaz deseo
Un dia y otro al risco me conduce.
Allí la nube transparente observo
Formarse en derredor, bajar sonando,
Ó errar ligera á la merced del viento.

Las olas de otras olas impelidas
Correr medrosas á la playa veo,
Depositando en la movible arena
De cien bajeles míseros los restos,
Que el Noto dispersó. Pero Dermidio,
Fillan, Oscar... En balde los espero:
¡Ya jamás los veré!

ESCENA II.

MALVINA, GAUL.

GAUL.

¿Será posible
Que en esa roca te hallen los reflejos
Del alba soñolienta, y á la noche
Te encuentre en ella el cazador gimiendo?
Á este lugar ¿cuál causa te conduce?

MALVINA.

¡Aquí, Gaul, de mí se despidieron!

GAUL.

Vuelve de Selma á los cercanos muros,
Y las fiestas verás que todo un pueblo
Á su libertador prepara alegre.
Ya de los bardos el marcial concierto

Celebra al grande Oscar, y por los aires
Vuela su nombre en sonorosos ecos.
Todos al héroe vencedor ensalzan
Que estas riberas de los torpes hierros
Salvó de Caïrbar. Vamos, Malvina;
Únase nuestro gozo á sus acentos.

MALVINA.

Con llanto amargo y fúnebres gemidos
Pudiera solo responder.

GAUL.

Te ruego
Que no al dolor en que sumida yaces
Se abata tu valor. Tal vez no léjos
Está la dicha del pesar, y acaso
De tu felicidad se acerca el tiempo.

MALVINA.

¡Ah! No pretendas de esperanzas vanas
Mi triste corazon llenar de nuevo:
¡No las hay para mí!

GAUL.

¡Que así turbada
Se ofusque tu razon! ¿Qué anuncios ciertos,
Qué pruebas hay, Malvina, que aseguren
De tu esposo la muerte? Del invierno
Tres veces ya los montes encumbrados

La nieve encaneció, desde que huyendo
De Selma y sus indignos opresores,
Salvó Dermidio en climas extranjeros
Su vida y su virtud, y á los tiranos
Burló cruzando por el golfo inmenso.
Si desde entónces á Morven su suerte
En las tinieblas escondió el silencio,
¿Por qué tanta afliccion? En lo que todos
Motivo solo de esperanza vemos,
¿Por qué has de ver en tu fatal delirio
Motivo solo de amargura y duelo?
Vive tu esposo; no lo dudes, vive;
Pero se oculta con sagaz misterio
Que en los peligros la prudencia suele
Al prófugo inspirar. Su antiguo riesgo
Cesó desde que Oscar salvó la patria;
Y así no dudes que al rumor volviendo
De la victoria que alcanzó su amigo,
Entre tus brazos le verás muy presto.

MALVINA.

¡Quién pudiera, Gaul, tan halagüeña
Perspectiva abrazar! Pero mi pecho
Se resiste á tu voz, y á pesar mio
Tímido el corazon gemir le siento.
Luego que Oscar de su amistad guiado

Se partió de Morven con el intento
De buscar á Dermidio y á aquel hijo
Que ya jamas estrecharé en mi seno.
Entónces fue cuando olvidada y sola
Sentí la fuerza de mi mal acerbo.
De Oscar la compasion consoladora
Moderaba el horror de mis tormentos,
Y hora sin él en amargura eterna
De mi largo penar me agobia el peso.
¡Ah! Más que todos juntos desgraciada,
¡Yo la postrera moriré! ¡Qué intenso
Mi mal será, cuán justo el llanto mio
Miéntras que de mi fin llega el momento!
¡Tal era ya, tan dulce la costumbre
De gemir con Oscar!

GAUL.

Si de este suelo
Pudo ausentarse, la esperanza sola
Le separó de tí. Confuso, inquieto
Por tu esposo y su amigo ha suspirado
Tres años sin cesar. En vano al cielo
Libre el pueblo su gloria levantaba.
De sus afanes todos otro premio,
Otro placer no ansió, que de Dermidio
Las penas disipar: por él los riesgos

Brioso despreció; por él las huestes
Venció de Caïrbar; mas nunca ha vuelto
Á sus ojos Dermidio. Ya juzgaba
Verle á sus plantas traspasado y yerto;
Ya gritaba asombrado que su amigo,
Por él clamando, entre pesados hierros
Allá en lejanos términos gemia.
Triste, lloroso y de su suerte incierto,
¿Qué no padeció Oscar? ¡Cuál el martirio
Fué de aquella alma ardiente, de aquel pecho
Que del yugo de amor exento y libre
Solo de la amistad abrasa el fuego!
Así le vimos pálido y sombrío,
Con los ojos en lágrimas envueltos
Vagar perdido por la opaca selva
Dando sus quejas lúgubres al viento.
Ora cruzando la áspera montaña,
Ora el torrente rápido siguiendo,
Sin tregua en su afliccion, noches y dias
Pasaba el triste en frenesí perpetuo.
Si alguna vez en las espesas matas
Su bárbaro penar calmaba el sueño,
El nombre de Dermidio á cada paso
Débil se oia entre sus labios secos.
Partió al fin en su busca, y si por dicha

Llega su suerte á descubrir, no temo
Se agrave su dolor; que no es tan duro
Sobrellevar un mal, como temerlo.

MALVINA.

Demasiado lo sé desde aquel dia
Que volver debió Oscar. De Selma léjos
¿Qué extraño acaso detenerle puede?
Mal cumplió su palabra... Me estremezco,
Gaul, cuando el dolor me le figura
Entre enemigos bárbaros sufriendo
Los males todos que sufrió su amigo.
Tal vez por manos alevosas preso
Yace espirando entre silvestres rocas;
Tal vez se rinde al huracan soberbio,
Y tal vez son los de su rota nave
Esos despojos por el mar dispersos.

GAUL.

¿Presumes... Mas ¿no miras dos lebreles
Correr á Selma alegres y ligeros,
Y allí del bosque junto al pardo risco
Lentamente hácia aquí venir su dueño?
¡Qué pensativo está! ¡Cómo suspira!
Parece que el pesar le agobia el cuello.
¿Es cazador, Malvina, ó es soldado?
Acerquémonos más. ¿Será extranjero,

Ó bien un hijo de Morven?

MALVINA.

¿Qué miro!

¿No es Oscar?

GAUL.

Sí; no hay duda.

ESCENA III.

Los mismos y OSCAR.

MALVINA.

¡Al fin te veo!

¡Oscar!

GAUL.

¡Amigo mio!

MALVINA.

¡Cuánto, cuánto

Por tu vida temí! ¡Qué tarde has vuelto!

OSCAR.

¿Tarde?... Pronto quizá. (*Para sí.*)

GAUL.

Tu rostro, amigo,

De pena miro y palidez cubierto.

MALVINA.

¿Qué te aflige?

GAUL.

¿Suspiras? ¿No respondes?

MALVINA.

¡Oh Dios! Su vista inquieta, su silencio,
Su turbacion, sus ayes, todo ¡ay triste!
Las desdichas publican que recelo.

OSCAR.

Tranquilizáos, amigos. El cansancio...
El disgusto tal vez... Ni yo me entiendo...
La soledad, sin duda, y el camino
Que entre áridos peñascos y altos cerros,
Al paso que estos campos descubria,
Se dilataba más, mi abatimiento
Causaron. Mas ¿llorais? ¡Con qué dulzura
Mi pena disipais! Ya no la siento.

MALVINA.

Si tu rostro desmiente tus palabras,
Oscar, ¿qué valen frívolos rodeos?

OSCAR.

¿Mi rostro? ¿Qué te anuncia?

MALVINA.

Lo que en vano
Procuras ocultar. ¡Ya no hay remedio!

¡Desventurada esposa! ¡Triste madre!
¡Oh Dermidio infelice!

OSCAR.

¡Cómo! ¿Es muerto?

MALVINA.

Tú lo sabes.

OSCAR.

No á fé. Remotos climas
He corrido; por ásperos desiertos
De nuestros bosques las profundas cuevas
Mil veces penetré, montes espesos
Sin fin cruzando y tormentosos mares;
Mas todo en balde. De mi afan el premio
Rumores fueron y sospechas vagas
Opuestas entre sí. Junto al extremo
Le hallaron de Morven... Hácia las costas
Arribó de Loclin, donde le vieron
Con Caril y Fillan... En fin, la suerte
De tu esposo, el lugar de su destierro
Es para todos un arcano obscuro.
Los bardos que mis órdenes siguieron
Y mis pasos inútiles, quedaron
Buscándole oficiosos, miéntras vengo
Á cumplir, oh Malvina, la palabra
Que de volver te dí. Mas hoy de nuevo

Saldré, y montes y selvas y ciudades
Registrando otra vez, nunca ese puerto
Me verá sin que Oscar de su Dermidio
Sepa el destino próspero ó adverso.

MALVINA.

¿Y no será mejor que aquí seguros
La vuelta de los bardos esperemos?
¿Mandan acaso de amistad las leyes
Lo imposible arrostrar? No más espero
Ver á mi esposo ya, ni al hijo amado;
No más, querido Oscar. Pasóse el tiempo
Que de esperanzas fútiles fiada
Le aguardaba mi amor. Los males nuestros
Tan graves no serán, si combatimos
Su furor con recíprocos consuelos.
¿No es ya menor tu mal? Habla.

OSCAR.

¡Malvina!

MALVINA.

¿Te quedarás conmigo?

OSCAR.

¡Ay!... No; resuelvo
Partir.

MALVINA.

Hijo de Osian, ¿por qué alejarte

De mi presencia, dí? ¿Tan grave peso
Es para tí mi gratitud ardiente?

OSCAR.

Ídolo de Morven, ¿podrás creerlo,
Cuando esa gratitud es la ventura
Sola que oso esperar? ¡Ah! yo te ruego
No me prives, Malvina, de esa dicha
De que indigno no soy. Tan dulce afecto
Es el único bien que en mi abandono
Me puede acompañar.

MALVINA.

Mas ¡qué funesto
Lenguaje!, ¡qué tristeza!... Me confundes...
¿Cuál es tu pena? Explícate.

OSCAR.

No puedo.

MALVINA.

¿Por qué de nuevo de Morven te alejas?
¿Recelas tú que sepa tus secretos?

OSCAR.

Me es forzoso partir. No está en mi mano
Decirte más.

MALVINA.

¿Y adónde? ¿Con qué intento?

OSCAR.

Me es forzoso partir, ¡forzoso!

MALVINA.

¿Y cuándo
Á Selma volverás?

OSCAR.

Adios. ¡Oh abuelos
De Malvina!, velad en su defensa
Desde las altas nubes. Yo os la vuelvo:
Su inocencia salvad de las borrascas
Que la amenazan hoy.

MALVINA.

¿Qué hablas? ¡Oh cielo!

GAUL.

De sus profundos males acosado
Oscar esquiva al universo entero.
De todo cuanto en él ántes amaba,
De sí propio, de tí, de Selma huyendo;
Su razon y su gloria despreciando;
Contínua presa del letal veneno
Que le consume en flor, guarda y encubre
La causa de sus penas en el pecho.
Habla á su corazon: tú sola puedes
El arcano arrancar que oculta dentro.

ESCENA IV.

MALVINA, OSCAR.

MALVINA.

Recuerda, Oscar, recuerda aquellos dias
Que yo, afligida y al dolor cediendo,
Sin palabras, sin llanto ni esperanza,
Anonadada en mi cruel tormento,
Ya de tanto sentir era insensible.
Entónces me decias: ¿No merezco
Tu infortunio saber para que pueda,
Ya que templarle nó, llorarle al ménos?
Al oirte mis lágrimas brotaban,
Y en tí y en ellas encontré consuelo;
Mas tú... ¿temes llorar?

OSCAR.

No, no, Malvina:
Solo ceder á tus instancias temo.
Temo que mi virtud á tus encantos
No sepa resistir. Á par con ellos
Mi corazon ansioso la combate;
Mas no, no vencerán. Á tus deseos
Tiembla tú propia que me rinda; tiembla

Que yo descubra arcano tan funesto;
Arcano, arcano que abismar quisiera
Para siempre jamas, aunque recelo
Que á pesar mio el indiscreto labio
Le descubra, y tal vez... Mas ¿qué profiero?
Yo deliro, Malvina. No hay motivo
De ocultar mi intencion. Ni ¿qué misterio
Habrá en callar que de tu ausente esposo
De aquí me aleja el fraternal afecto?
¿No es ya su amigo Oscar? ¡Qué! ¿será extraño
Que le busque mi amor? ¿No es un precepto
De la amistad? Su voz irresistible
Me impele á discurrir de yermo en yermo,
Y el llanto que á mis párpados se agolpa
Por lo que tardo yá quizá le vierto.

MALVINA.

Pues bien, no te detengas: tus deberes
Mido por tu impaciencia, y no recelo.
Vete; mas sin excusas ni ficciones
Sé franco, cual lo fuiste en todos tiempos.
Que un cuidado, un deber de mí te aparten,
Ya no lo dudo, Oscar; mas que el anhelo
De buscar á Dermidio, de repente,
Sin esperanza, sea, algun derecho
De extrañarlo me da. Si; lo que ahora

Pasa en tu corazon lo sé, lo leo.
Oscar, de mis angustias fatigado,
Á la voz de la gloria y de los fieros
Combates corre á peregrinos climas
De los sollozos de Malvina huyendo.

OSCAR.

Huyo de tí; es verdad, y nunca, nunca
Hizo mi corazon más grande esfuerzo,
Sacrificio mayor. Mil veces supe
Las llamas arrostrar, la muerte, el hierro;
Mas un deber tan duro, tan terrible
No me impuse jamas. Si á mis deseos
Todo mi brio y mi razon opongo,
¿Por qué imprudente avivas un incendio
Que mi ventura y mi virtud destruye?
¿Por qué apurar con importuno acento
Mi ya débil y lánguida constancia?
¿Por qué llorar, en fin? Sí; en llanto envueltos
Se ven tus ojos. ¡Ah! ¿Sabes, Malvina,
Que está mi suerte y mi desdicha en ellos?
Tal era tu afliccion y tus miradas
Cuando en el alma atónita encendieron
Fuego devorador que la consume.
Entónces conocí que bajo el celo
De la piedad en ella se ocultaba

La furia del amor; amor violento,
Amor digno de Oscar y de tí propia,
Activo, ardiente, impetüoso, eterno,
Que sin duda los lazos estrechara
De la amistad que hoy mismo romperemos,
Si de tu corazon y de tu mano
Pudieras disponer. He aquí el secreto.

MALVINA.

Oscar, Oscar!, ¿qué osas decir?

OSCAR.

¡Dermidio!...
¡Fatal, fatal amigo! Bajo un velo
Impenetrable su vivir se oculta
Y su muerte tambien; mas si de nuevo
Volviere á Selma, quien vengarle supo
¿Le podrá ver sin odio? Desde el tiempo
Que esta pasion tirana me subyuga,
Loco, sin albedrío, errante, ciego,
Ni mando en mí, ni soy Oscar. Veria
En él á mi rival; no al dulce, al tierno
Amigo que adoraba; y de este duro
Suplicio, que otros males y tormentos
Acaso nos prepara, un medio solo
Hay de evitar la saña, solo un medio;
Mi fuga. Ya en los bosques solitarios

Que en las cumbres de Arven tocan al cielo;
Ya en las hondas entrañas de Inistora,
Ó allá en las tristes márgenes del Légon
Mi despecho y mi vida sepultando,
Con gritos mil fatigaré los vientos.
Si á mi furia un combate se ofreciera,
Por las huestes frenético rompiendo,
Correr la sangre, y el feroz destrozo
Mirara con placer. ¡Feliz si encuentro
El fin de una pasion desesperada
Que ahogar tan solo con la muerte puedo!

ESCENA V.

Los mismos y GAUL.

GAUL.

De los horrores del naufragio huido
Un bardo llega á Selma, y el congreso
Reunido á su voz de los ancianos,
Hablar desea con Oscar primero.

OSCAR.

¡Un bardo! ¿Y con qué fin á Selma viene?

GAUL.

Lo ignoro. Solo sé que allá en el puerto
Se embarcó de Loclin, y que á Dermidio
Nombra.

MALVINA Y OSCAR.

¿Á Dermidio?

GAUL.

Al mismo.

MALVINA.

¡Santos Cielos!

OSCAR.

No falaz ilusion me deslumbraba.
Ese bardo, Malvina, el mensajero
Será sin duda que la vuelta anuncie
De tu esposo á Morven. La fama, el eco
De mi victoria por el mar vagando,
Resonaron tal vez en su destierro.
Dermidio los oyó, y á Selma torna
De gratitud y de esperanza lleno,
Y el golpe que su afan ha terminado
Con herida mortal me pasa el pecho.
¿Y habré de arrepentirme? No, Malvina.
Todo el rigor de mi infortunio siento;
Mas nunca de su amigo la ventura
Podrá sentir Oscar. Ántes deseo
Que la goce sin fin, y me complace
Ver que la debe al filo de mi acero.
Mas nada, nada exijas de tu amigo,
Y déjame ocultar en los desiertos

Léjos del mundo la vergüenza mia
Y el estado infeliz en que me veo.

GAUL.

Detente, Oscar, detente. ¿Qué delirio
Á una fuga tan vil te arrastra ciego?
Lo que el honor y la amistad te ordenan
¿Olvidarlo podrás en un momento?
Sí; la amistad que por mi voz te grita.
¿Quieres hollar sus sacrosantos fueros
Por la primera vez?

OSCAR.

¡Yo!...

GAUL.

No pretendas
Envilecerte con baldon perpetuo.
¿Qué de tu huida arrebatada y loca
Los ancianos dirán y el extranjero
Bardo que ya solícitos te aguardan?
¿Y qué Dermidio pensará, si es cierto
Que ya te espera de abrazarte ansioso?
No, no puede Gaul en tanto riesgo
Abandonar á Oscar. Si no te vences,
Podré quizá llevarte á tu despecho;
Pues aunque la amistad pase á aspereza,
De tu debilidad salvarte quiero.

Mas no; tu honor y tu razon imploro;
Ve de Malvina el congojoso duelo;
Y si mi voz y súplicas desoyes,
Sus lágrimas escucha por lo ménos.

OSCAR.

Malvina, ¿qué me ordenas?

MALVINA.

¡Miserable!
¡Ay tristes de nosotros! No hay remedio:
Este acaso fatal nos pierde á entrambos.
Si los anuncios espantosos creo
Que mi inocente corazon destrozan
Y á cada paso duplicarse siento...
¡Corazon inocente!... Sí, no hay duda.
Mas, con todo, no esperes... ¿Qué consejo
Pudiera darte yo? ¡Desventurada!
¿Qué he de decirte, Oscar? En tal extremo
En vano busco á la razon por guia.
Crece mi turbacion á par del riesgo,
Y la tuya tambien.—Sigue, obedece
Á Gaul, triste amigo.

GAUL.

¡Oscar!

OSCAR.

Marchemos.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representará un pórtico del palacio de Selma.

ESCENA PRIMERA.

MALVINA, GAUL.

GAUL.

Tu esposo falleció; mas este dia
Que de inquietud y sustos agitado
Predijo el corazon, y ya tus ojos
Con lágrimas sin término anunciaron,
Otra nueva más próspera ha traido
Que consolarte debe; pues si el fallo
Irrevocable sorprendió á Dermidio,
Á su hijo perdonó.

MALVINA.

¡Hijo adorado!

¿Y será cierto que tu triste madre
Tus brazos gozará?

GAUL.

Su tierna mano,
Disipando las penas que te afligen,
En breve tiempo enjugará tu llanto.

MALVINA.

¡Dulce esperanza por mi mal perdida!
¡Cuál hoy suaviza mi destino amargo
Tu lisonjera voz! ¡Ah, esposo mio!
De esta agradable conmocion ¿acaso
Se ofenderá tu sombra generosa?
No, no es posible: el título sagrado
Del amor maternal mi gozo abona;
Gozo de un corazon en que inhumano
Se cebaba el dolor, y de repente
De la felicidad se ve en los brazos.
Mas ¿dónde está Fillan?

GAUL.

Por largo tiempo
Él y Caril los hierros arrastraron
De una penosa esclavitud.

MALVINA.

¡Qué escucho!
¿Caril y el hijo mio han sido esclavos?

¿Habrá en el mundo un hombre tan perverso
Que el duro oido á la piedad negando,
Pueda indefensos un infante débil
Y las canas hollar de un triste anciano?
¿Quién fué el vil opresor de su inocencia?

GAUL.

El cruel Esvaran, ese tirano
De Loclin, más terrible al extranjero
Que arriba á su pais, que los peñascos
Del bravo mar y el huracan furioso.
De la hospitalidad los fueros santos
Insultos son y duro cautiverio
Que al náufrago infeliz guarda el malvado.
Así Dermidio padeció y su amigo
Y el hijo tierno en hondos subterráneos,
Donde gimiendo en sempiterna noche
Para solo penar vida gozaron.
Allí tu esposo á la esperanza muerto,
Sus pesadas cadenas quebrantando,
Libre al fin se miró; pero ¡infelice!
La desdicha tenaz siguió sus pasos.
Caril entónces y el amable niño
Con mayor vigilancia custodiados,
Por salvarlos solícito buscaba
Recursos mil inútilmente, cuando

El torvo Caïrbar de sus delitos
Halló muriendo el merecido pago.
De su muerte el rumor, que á los perversos
Un grito fué de confusion y espanto,
Volvió á tu esposo el ánimo abatido,
Y placer y venganza respirando
De Morven en los héroes confiaba,
Que juntos á su voz, terror y estragos
De Loclin en los términos sembrasen,
Y el amigo infeliz y el hijo amado
Viesen la luz del dia, de sus grillos
Rompiendo alegres los indignos lazos.
Con tal intento hácia la dulce patria
El inconstante Occéano surcando,
Ya de Morven las rocas distinguia
Y abetos de Cromlá. Mas ¡cuán en vano
Sus agudos pesares adormece
La grata vista del nativo campo,
Vista que siempre el corazon del bueno
Inflama de placer! Un velo opaco
De sus lares la hermosa perspectiva
De repente ocultó. Corre bramando
El Noto mugidor; ábrese el cielo;
Serpean los relámpagos y el rayo
Rápido cruza con estruendo horrible;

Brama furioso el mar; en montes altos
Junta y eleva las hinchadas ondas
Espantoso huracan, y en los cercanos
Riscos, que fácil puerto prometian,
Solo la muerte halló. Del frágil barco
Aquí y allí por las volubles olas
Se ven los restos míseros nadando,
Sin que ninguno en la comun desgracia
Haya el furor del piélago evitado,
Sino el bardo extranjero que lloroso
La historia cuenta del fatal naufragio.

MALVINA.

¡Desgraciado Dermidio! Así los mares
De su patria al umbral le arrebataron,
Y la muerte que un tiempo deseara
Del bien tan cerca le atajó los pasos.
Mas ya huella feliz las altas nubes
De sus abuelos ínclitos al lado,
Y en la azulada bóveda su sombra
Plácida rie en eternal descanso.
Pero el hijo infeliz, triste heredero
De su infortunio, en términos lejanos
Al ronco son de las cadenas gime,
Sin que le arrulle el maternal regazo.
Él es, él es por quien llorar debemos.

¿No tendrá fin su mal? El malogrado
Dermidio al bien de su nacion querida
¿Qué no sacrificó? Si á afanes tantos,
Que vieron estos muros; si á los riesgos
Que en mil combates despreció lidiando;
Si al valor con que el mar impetüoso
Por su pueblo arrostró, no sois ingratos,
Fillan cautivo el galardon reclama
Que á su padre debeis.

GAUL.

Solo en dudarlo
Ofendes á la patria. Oscar por ella
Sus grillos romperá: su fuerte brazo,
Que la amistad y la venganza animan,
Juró á tus ojos conducirle salvo.
La libertad tu esposo en la agonía
Le encargó de Fillan; pero su amparo
No fué la sola obligacion que impuso
Á Malvina y á Oscar.

MALVINA.

Prosigue: ¿acaso
Temes que un punto obedecerle dude?
Habla, dime cuál es: ansiosa aguardo
Sus órdenes, Gaul. Serán cumplidas;
Sí, lo serán. Preceptos soberanos

Los de los muertos son, y que debiera
Proteger el terror, si á ejecutarlos
El amor y el respeto se negasen.
¡Ay del mortal que los desprecie osado!

GAUL.

Así el bardo lo dijo, cuando en Selma
La voluntad del héroe declarando,
Sus últimos acentos repetia
Que entre las ondas trémulos sonaron.
«Bardo, gritó Dermidio, si la furia
Del borrascoso mar con que batallo
Y á sumergirme va vencer lograres,
Lleva á Oscar de un amigo desgraciado,
De un padre y de un esposo los deseos.
Dí que á su celo y su virtud encargo
Mi familia afligida; en él encuentre
Cuanto hoy le roba mi destino infausto;
Y si por dicha de amistad la llama
En su pecho brillare, y otros lazos
No ha formado más dulces, á Malvina
Esposa más feliz haga su mano.
Dí que á Fillan el padre restituya
Que ya más no ha de ver, y que jurando,
Á par de amor nupcial, pronta venganza,
Sienta Esvaran al escuchar sus pasos

Aquel temblor contínuo y espantoso,
Precursor de la muerte de un tirano.»

MALVINA.

¿Qué ha dicho Oscar?

GAUL.

Él llega: de su boca
Puedes saberlo.

ESCENA II.

MALVINA, OSCAR.

MALVINA.

Al corazon pasmado
Mi sangre toda arrebatada siento.
¡Oh Dios!

OSCAR.

¡Qué agitacion! Tal sobresalto
¿De qué nace Malvina? ¿Por qué abates
Los bellos ojos silenciosa? ¿Cuándo
Turbarte pudo la presencia mia?
Si la nueva tal vez que te preparo
Á tu oido llegó, mayor desgracia
Debo temer. ¿La sabes?

MALVINA.

Hora acabo
De dejar á Gaul...

OSCAR.

¿Y bien?

MALVINA.

Perdona,
Perdona, y compadézcate mi estado.

OSCAR.

¿Sabes que vive tu Fillan querido?

MALVINA.

Bien lo sé, Oscar.

OSCAR.

¿Y sabes qué mandatos
Me impuso al tiempo de espirar tu esposo?

MALVINA.

Los sé.

OSCAR.

¿Y deberá Oscar ejecutarlos?

MALVINA.

¿Qué me preguntas?

OSCAR.

Habla.

MALVINA.

Oscar, soy madre.

OSCAR.

Tus órdenes, Malvina, solo aguardo:
Dispon de mí.

MALVINA.

Soy madre: el hijo mio
Libre por tu valor vea en mis brazos.

OSCAR.

Sí le verás. Los grillos que le oprimen
Sabré despedazar. Aunque el espacio
Inmenso de los mares lo impidiera;
Aunque el vil Esvaran por estorbarlo
Opusiese el poder del mundo todo,
Yo solo, no lo dudes, contra cuantos
Ejércitos armase, ni un momento
Pudiera vacilar. Mas no tu mano
Incita mi valor, ni así pretendo
Tu amor comprometer. El grito santo
De la piedad me mueve; y si mi vida
Á la defensa de Fillan consagro,
Por cualquier infeliz la prodigara
Que se acogiese á mi favor y amparo.
Cuando Dermidio en la fatal tormenta
Unirnos quiso con perpetuo lazo,
Para que mi deber mejor cumpliese
De tan precioso vínculo obligado,
Dudó de mi virtud. Quizá tu propia
De ella dudas tambien; mas este agravio
¿Podrále merecer el pecho mio,

Donde se ven con indelebles rasgos
La piedad y el honor de mis mayores
En mil empresas ínclitas grabados?
Socorrer al opreso, al infelice;
Proteger la virtud; tender el brazo
Á la cansada ancianidad, y apoyo
Ser del mísero huérfano angustiado,
De un nieto de Fingal son los deberes
Y de un hijo de Osian, que celebrando
Los héroes de Morven, dió á sus hazañas
Modelo su valor, gloria su canto.

MALVINA.

En nombre de esos héroes no te ofenda,
Oscar, mi turbacion. Tu vista acaso
La aumenta sin cesar; ni yo su orígen
Puedo explicar, ni á comprenderle alcanzo.
Mas sé muy bien lo que á tu amor le debo,
Lo que debo á mi esposo, á sus mandatos,
Á Fillan, á mí propia, al mundo; todo
Lo sé. ¿Qué más he de añadir? Llorando
Pido no culpes mi silencio, y sabe
Que está dispuesto á obedecer mi labio.

OSCAR.

Óyeme: yo te adoro; mas un fuego
Comparable al volcan en que me abraso

Beldad ninguna le encendió, ninguna.
Eternamente disfrutar tu lado;
Vivir contigo; respirar tu aliento;
Ser de la envidia universal el blanco;
Á tí enlazarme en delicioso yugo,
Es mi solo anhelar. Que tus encantos
Vea, que ausente de tus ojos llore,
No te apartas de mí, y este tirano
Deseo ocupa el pensamiento mio
Donde quiera que estoy. Los dulces lauros
De la victoria, las mayores dichas
Que á los mortales alcanzar es dado,
Como la niebla al sol desaparecen
Si con esta ventura las comparo.
Los nobles ejercicios que algun dia
Delicias fueron de mis verdes años
No alivian mi dolor, ni de las armas
Al belicoso estruendo me arrebato.
En contínua batalla me consumo,
Y ambicioso de un bien que busco en vano,
Nada esperé de la constancia mia,
Nada, Malvina. ¿Y piensas que al helado
Impulso de la tímida obediencia
Mi dicha he de fiar? Yo, yo, insensato,
¡Deberla á nadie, sino á tí! Sumisa

De un esposo á las órdenes, temblando,
Fria como su tumba, ¿habré de verte
Ofrecer á mi ardor tu yerta mano?
¿Habré de ver que á mis suspiros tiernos
Con sollozos respondes, y que al sacro
Juramento de Oscar estén tus ojos
De turbacion y lágrimas cargados?
Ántes que débil proferirle pueda,
¡Celestiales espíritus, al rayo
De vuestra indignacion caiga en cenizas!
Primero errante, ciego, solitario,
Al cielo odioso y á la tierra toda,
De la hiel del dolor apure el vaso,
Que condenarme al hórrido suplicio
De estrechar en mi pecho apasionado
Un corazon de hielo, que si ahora
No abriga la pasion en que me inflamo,
Ya nunca me amará.

MALVINA.

¿De qué lo sabes,
Cruel? Mas ¡ay de mí! ¿qué estoy hablando?
Tú que conoces mi desdicha acerba,
¿Osas pedirme en dias tan aciagos
Otros afectos que tristeza y lloro?
¡Otros afectos! ¡Ah! Si el angustiado

Corazon los sintiera, si á los tuyos
Correspondiese yo, ménos amargo
Fuera sin duda á la infeliz Malvina
Espirar á tus piés que declararlos.
No de mi gratitud hablarte debo;
Bien sabes tú cuál es; no ignoras cuánto
Mi pecho enciende en plácida ternura,
Si tan fogosa nó, más dulce acaso
Que tu ardiente pasion. Si ella bastase
Tu inquietud á calmar... Su influjo blando
Es de mis penas celestial alivio;
Y si no logra disipar mi llanto,
Lo amargo de su hiel benigno endulza.
Sí, Oscar, en repetirlo me complazco,
Y en todas partes á la faz del mundo
Pronta estoy sin rubor á confesarlo.
Yo así pensaba al ménos; mas ahora
Siento una agitacion... Á cada paso
Crece y se aumenta la zozobra mia;
Se aumenta más y más. Yo me arrebato;
Sí, me enajeno, y á tus piés me arrojo.
¡Oh tú, que así me ves, Oscar amado;
Cruel y amado Oscar, que inmóvil miras
Las lágrimas de fuego que derramo;
Tú que presumes que el deber me obliga

Á ofrecerte mi fé!, ¿podrás ingrato
Juzgar aún que la obediencia helada
Más parte tiene que tu amor?

OSCAR.

¡Qué acabo
De escuchar!

MALVINA.

Más tal vez que hablar debiera.

OSCAR.

Prosigue.

MALVINA.

Oscar, con imperioso mando
Contra mí la razon su grito lanza.
Calma tú su rigor, y embota el dardo
De este remordimiento que me hiere.
No más me punzará cuando en tus brazos
Padre pueda llamarte el hijo mio.

OSCAR.

Pronto en los tuyos le verás ufano...
Mas ¿quién, caro Gaul, tus huellas sigue?

ESCENA III.

Los mismos, GAUL, EL BARDO, *y acompañamiento.*

GAUL.

La comitiva popular que al bardo

Siguiendo viene. Vedle aquí.

EL BARDO.

Malvina,
¿Qué respuesta me dais? Decidme: ¿cuándo
La órden cumplireis de vuestro esposo?

MALVINA.

Mañana. *Vase.*

GAUL.

Y vos, Oscar, ¿cuándo estos campos
Dejar determinais?

OSCAR.

Mañana.

GAUL.

Apénas
De este alcázar el pórtico dorando
La aurora vuelva á desterrar las sombras
De la próxima noche, y en los ramos
Del bosque espeso su fulgor penetre,
De nuestros héroes lúgubre descanso;
Allí donde una lápida insensible
Cubre los restos de Fingal sagrados,
Del heróico Fingal cuyas hazañas
El arpa celebró de ilustres bardos,
Á presenciar la sacra ceremonia
Del sol naciente me verán los rayos. *Vase.*

OSCAR.

Compañeros de Oscar, la luz del dia
Dispuestos halle los veleros barcos
Á dividir los mares espumosos:
Burlemos su furor, el eco grato
Siguiendo de la gloria y los gemidos
Que triste lanza el inocente esclavo.

Vánse los soldados.

ESCENA IV.

OSCAR *solo.*

Si á mi valor y mi esperanza creo,
Pronto verás el maternal regazo,
Amable niño, que desde hoy adopta
El venturoso Oscar. Y tú, que amparo
Y compañero en su infortunio fuiste,
Venerable Caril, á quien tres años
De afanes y miserias no pudieron
Separar un instante de su lado;
Ya llega el fin de tus desgracias todas.
Si ayer creí vencer, hoy lo afianzo:
Mio es el triunfo ya. Tú, que previste
Mi fogosa pasion, Dermidio caro;
Tú, cuyo voto y súplica postrera

De nuevos beneficios me colmaron,
No de Fillan en balde la ventura
Depositaste en mí. Como en los claros
Dias que la amistad hermoseaba,
Hora tambien, que por tu amor batallo,
La gloria, el fruto, el interes es mio,
Cual entónces lo fué. Gozoso parto
Rápido á hendir el piélago insondable
Por conquistar la hermosa que idolatro.
Mas digno ya de su ternura, nadie
Robármela podrá... ¿Quién es?

ESCENA V.

OSCAR, CARIL.

CARIL.

Dignáos
De recibirme, alcázares de Selma,
En el recinto vuestro, de mi amado
Príncipe habitacion, y en otros tiempos
Del excelso Fingal.

OSCAR.

Mísero anciano,
Si reclamais tal vez las santas leyes
De la hospitalidad, este palacio
Jamás niega al pacífico extranjero

Acogida y amor.

CARIL.

En estos atrios
No siempre fuí extranjero, que algun dia
Vieron sus muros mi verdor lozano.

OSCAR.

¡Cómo!... Mas ¡qué! ¿llorais?

CARIL.

¿Quién, hijo mio,
Tan duro habrá que á los umbrales patrios
Vuelva sin derramar lágrimas dulces?

OSCAR.

¿Quién sois? ¿Cómo os llamais?

CARIL.

Y vos... acaso...
¡Ah! Perdonad... si el tiempo...

OSCAR.

¿Qué facciones
Se ofrecen á mis ojos?

CARIL.

El gallardo
Oscar, el fuerte Oscar debe sin duda
Ser de esa edad.

OSCAR.

¡Caril!

CARIL.

¡Oscar amado!

Se abrazan.

Hijo mio, de ilustres ascendientes
Glorioso sucesor, tu nombre claro,
Si bien terrible, atravesó los mares.
Entónces los verdugos inhumanos
De Loclin al rumor de tus hazañas
Medrosos mis cadenas desataron.

OSCAR.

¿Y el hijo de Dermidio?

CARIL.

Ya está libre.

OSCAR.

¿Mas dónde, dónde está? Quiero abrazarlo.
Su nuevo padre soy. ¡Que yo le vea,
Caril, que de su madre á los halagos
Le restituya Oscar!

CARIL.

Verásle en breve.
Pero Malvina, dime, ¿no ha dejado
Las rocas de Morven?

OSCAR.

Conmigo errante

Anduvo la infeliz de campo en campo,
De desierto en desierto, hasta aquel punto
Que del perverso Caïrbar triunfando
De su infame opresion libré la patria.
Desde aquel fausto dia su palacio
Jamás abandonó.

CARIL.

¿Los infortunios
Ignora de Dermidio?

OSCAR.

En tiempo tanto
Como duró su esclavitud, en Selma
Todos vuestras desgracias ignoramos.
Mas hoy mismo su muerte desastrosa
Un bardo le anunció, que del naufragio
Pudo el riesgo evadir.

CARIL.

Pero ¿otro enlace
No ha contraido, Oscar?

OSCAR.

Así que el manto
Alce y recoja la callada noche,
De su esposo cumpliendo los mandatos
Otro padre á Fillan dará Malvina.

CARIL.

Conque ¿no es tarde aun?

OSCAR.

Caril, ¿qué extraño
Misterio encierran tus preguntas?

CARIL.

Presto
A Dermidio vereis.

OSCAR.

¿Á quién?

CARIL.

Ansiando
Por abrazarte ya...

OSCAR.

Caril, ¿deliras?
¿No le dió muerte el piélago irritado?

CARIL.

Salvarse pudo al fin, y está en el puerto.

OSCAR.

¿Quién lo ha visto?

CARIL.

Yo propio.

OSCAR.

¿Cómo?

CARIL.

Acabo
De dejarle en la playa, y en el bosque
Me espera de los túmulos. Sus pasos
El dulce peso de Fillan detiene,
Y recela que el voto temerario
Que en el riesgo formó cumplido sea.
¡Qué gozo, al ver que su temor fué vano,
Su pecho llenará! ¡Cuánta dulzura
Despues de tales penas y quebrantos
Os guarda la amistad! Corro á buscarle.
¡Qué instantes, qué alegría espera á entrambos!

ESCENA VI.

OSCAR *consternado.*

¡Mísero! Yo fallezco... Y ¡qué! ¿presumes
Privarme impunemente de su mano?
¡Impunemente! Me verás primero...
Sí, me verás, cruel... ¡Oh amigo caro!
¿Amigo? Mi asesino; el que en un punto
De la cumbre del bien, del soberano
Bien al abismo de los males todos
Me despeña feroz. ¿Es este el pago
De mi amistad sin límites; el premio

Del que entre nubes de enemigos dardos
Con firme pecho á costa de su sangre
Compró tu libertad? ¿Vienes, ingrato,
Á gozarte en mi angustia, las cadenas
Sobre mi cuello con placer cargando
Que yo arranqué del tuyo? No; mi acero,
Mi fuerte acero atajará tus pasos.
¿Quién? ¡Yo!... ¡Contra Dermidio! Y á tal crímen
¿Podrá arrastrarme mi furor insano?
Me estremezco de horror. ¿Pudiera el odio
Triunfar de mí? ¡Jamas! ¡Ah! En riesgo tanto
¿Qué hacer? ¿dónde partir? ¡Dónde! En su busca:
Iré á abrazarle, y moriré en sus brazos.

ACTO TERCERO.

Bosque lúgubre, donde se verán varios sepulcros groseramente construidos, entre ellos el de FINGAL, con algo mayor grandeza en su forma. Luz, la de la luna.

ESCENA PRIMERA.

DERMIDIO, FILLAN.

DERMIDIO.

Serénate Fillan: la clara luna,
Desterrando del bosque las tinieblas,
Brilla en las ramas trémulas, y en vano
La hermosa luz del sol dejó la tierra.

FILLAN.

¿No llegamos aún?

DERMIDIO.

Ya es, hijo mio,
Menos cerrada y áspera la selva.

FILLAN.

¡Qué fatigado estoy!

DERMIDIO.

Vuelve á mis brazos.

FILLAN.

¿Otra vez, padre mio?

DERMIDIO.

Ven, no temas;
Ven á mi corazon.

FILLAN.

¿No estás cansado?

DERMIDIO.

Para tan dulce carga aun tengo fuerzas.
Mas si no es ilusion, este es sin duda
El fúnebre lugar en que la vuelta
Debo esperar del venerable anciano.
Aquí, oh noble Fingal, bajo estas piedras
En sueño helado tus cenizas duermen.
Tumba, mansion de muerte y paz eterna,
Do nuestra planta á su pesar camina;
Tumba, patria comun, á tí mi lengua
Hoy se dirige, y el primer saludo
Te ofrece el alma en afliccion deshecha.

FILLAN.

¿Con quién hablas, señor?

DERMIDIO.

Con estas losas
Y con los héroes ínclitos que encierran.

FILLAN.

¿Qué es un héroe?

DERMIDIO.

Hijo mio, héroe se llama
El animoso que ni esclavo fuera
Ni bárbaro opresor; aquel que osado
Mueve al perverso interminable guerra,
Y magnánimo siempre, en la desgracia
Mayor su calma y su valor ostenta.

FILLAN.

Y ¡qué! ¿no lo eres tú?

DERMIDIO.

Tan alto nombre
Debo tal vez á la fortuna adversa,
Y si de brio y de constancia armado
Opuse el pecho á su indomable fuerza,
Lo debo á los malvados....

FILLAN.

¿Los malvados?

DERMIDIO.

Sí, los malvados; los que en vil cadena
Con férrea mano al infeliz oprimen;

Los que roban injustos las riquezas
Del indefenso, y con altivo orgullo
Al hombre honrado y bueno menosprecian;
Los que su pecho á la piedad negando
Ni tierna infancia ni vejez respetan.

FILLAN.

Alguno he visto ya. Mas, dime, oh padre,
¿Ningun castigo á su maldad espera?

DERMIDIO.

Sí, mi Fillan. Sus sombras aherrojadas
De Légon cubrirá la oscura niebla;
Mas ya en el mundo del primer delito
Nace el castigo, y su tormento empieza.
De su injusticia el torcedor oculto
El alma atroz del pérfido atormenta;
Turba su sueño, y sin cesar le hiere,
Sin que del corazon lanzarle pueda.

FILLAN.

¡Ay, padre, qué infeliz es el malvado!

DERMIDIO.

Sí; tenle compasion.—Pero se cierran
Tus ojos ya, hijo mio. Si por dicha
Pudieras descansar...

FILLAN.

Sí; en estas piedras...

Pero no me abandones.

DERMIDIO.

¡Pobre niño!
¡Cuán presto se durmió! La losa mesma
Une á la muerte con el blando sueño;
La paz sobre ella mora; la paz reina
En su seno tambien; en todas partes:
Solo en mi pecho la inquietud se alberga;
En este pecho que la suerte impía
Inútilmente en abatir se empeña.
¡Cuánto tarda Caril!... ¡Que en lo futuro
Por siempre mi razon vague y se pierda!
¿Si el rumor de mi muerte por desgracia
Hora en los campos sonará de Selma?
¿Si por el bardo que en mi mal piadosa
Á estas playas lanzó la mar inquieta,
Del obediente Oscar á los oidos
Llegado habrá mi súplica funesta?
¡Tiemblo, infeliz de mí! De amor la llama,
Que en mis entrañas no entibió la ausencia,
Harto me dice que con odio injusto
Pagara su amistad, y me creyera
De su obediencia fácil ofendido.
De saña ardiendo con tan triste idea
Late mi corazon. Mas ¡ah! ¿qué digo?

¡Celos injustos!, ¡infundadas quejas!
Cuando ya sin aliento en la borrasca
Luchaba con las olas turbulentas,
El triste enlace que en furor me enciende
Mi solo anhelo y esperanzas era.
¿Y osaré ingrato de su amor en premio
Á mi amigo acusar de mi imprudencia?
Pronto de mis mayores el alcázar
Gozoso me verá. ¡Con qué terneza
Hijo, esposa y amigo entre mis brazos
Estrecharé feliz! Tu recompensa,
Oscar amado, encontrarás en breve,
Pues ya mi corazon se goza en ella.
Dulce esperanza, lisonjero alivio
De mi triste anhelar... Mas se oyen cerca
Pasos entre las ramas y el silencio.
Es sin duda Caril. ¡Caril!... ¿Quién llega?

ESCENA II.

DERMIDIO, OSCAR, *el* NIÑO *durmiendo.*

OSCAR.

Oscar.

DERMIDIO.

¡Qué escucho! ¿El vencedor glorioso

De Caïrbar? ¿Es cierto? ¿No me ciega
Vano fantasma que tu imágen roba?
Ven á mis brazos, ven porque lo crea. *Se abrazan.*

OSCAR.

Oscar es, Oscar es quien llora en ellos;
No lo dudes.

DERMIDIO.

Un siglo recompensa
De infortunios instante tan dichoso.
¿Qué mal, qué angustias la amistad no templa?

OSCAR.

¡La amistad!

DERMIDIO.

Mas ¿qué tienes? ¿No respondes?

OSCAR.

¡La amistad!

DERMIDIO.

¡Caro amigo!.. ¡Ay Dios! Tú tiemblas;
¡Lloras tambien, y hasta mi pecho el llanto
Corre abundoso y de terror me llena!
¿Donde está mi Malvina, el dulce objeto
De mi tierna inquietud? ¿Dónde?

OSCAR.

No temas:
Vive.

DERMIDIO.

¿Es tu esposa?

OSCAR.

No.

DERMIDIO.

¿Cuál, pues, la causa
De tus pesares es? ¿Qué aguda flecha
Clavó tu corazon? ¿Qué atroz veneno
Perturba tu razon, arde en tus venas?

OSCAR.

Fin dará la amistad á nuestros males:
¿No lo has dicho?

DERMIDIO.

¿Quién hoy lo experimenta
Cual yo, querido Oscar?

OSCAR.

Pues bien; al punto
Borre y disipe la amistad mis penas.

DERMIDIO.

Nunca en mi corazon brilló más pura.
Habla: ¿cuál es tu mal?

OSCAR.

Terrible.

DERMIDIO.

Sepa

Yo la ocasion...

OSCAR.

¡Dermidio!

DERMIDIO.

¿No hay remedio?

OSCAR.

Uno solo; no hay más.

DERMIDIO.

Dílo: aunque vierta
Mi sangre toda...

OSCAR.

Á costa de la mia
Vuélveme la quietud.

DERMIDIO.

¿De qué manera?

OSCAR.

Clava esa espada en mi inflamado pecho,
Y vuélvela á clavar.

DERMIDIO.

¡Cómo! ¿Qué intentas?
¿Qué osas pedirme?

OSCAR.

Un beneficio inmenso;
El último que Oscar de ti desea.
Serás ingrato y pérfido, Dermidio,
Si este favor á mi amistad le niegas.

Libra á tu amigo, líbrale del riesgo
De que de sí se olvide y te aborrezca.

DERMIDIO.

¿Aborrecerme? ¡Tú! ¿Qué es lo que dices?
De solo oirlo el corazon se aterra.
El tuyo, Oscar, el tuyo te extravía,
No tu razon. ¡Odiarme! ¿Lo deseas?
¿Lo lograrias, bárbaro? ¿Cuál crímen
Me hizo merecedor de tanta pena?
¿En qué Dermidio te ofendió? Mi mente,
Si fiel recorre la veloz carrera
De nuestros dias y amistad, en ellos
¿Qué ve, ingrato, qué ve que así te ofenda?
Solo nos ve partícipes, testigos
De cuantos infortunios, cuantas penas,
Virtudes y placeres la han cercado,
Y favores recíprocos me acuerda;
Pero ni sombra, ni ocasion de agravio,
Desde que el dulce lazo nos estrecha
De la amistad, me ofrece, que del odio
Con que me amagas hoy ser causa puedan.
¡Ay! Hasta el dia en que fortuna instable
Nos separó cruel, ¿cuándo tuvieran
Ni Dermidio ni Oscar gozo, deseo
Que no fuese comun? En paz, en guerra

Un techo siempre, un pabellon tuvimos,
Y una sola aficion, y un alma mesma.
¿Deberáse romper el firme lazo
Que tanto tiempo desunió la ausencia?
¿Querrás hacer eterno su tormento?
¿No le has sufrido tú? Solo, en las selvas
De mi destierro, ¡cuánto he suspirado
Por la dulce mitad de mi existencia,
Por mi querido Oscar, que no me oia!
Hora que me oyes, y desdichas nuevas
Á mi afligido espíritu preparas,
Pues en odiarme ó en morir te empeñas,
Contigo moriré: ¿qué otra esperanza,
Qué otro recurso á mi amistad le queda?

OSCAR.

¿Tú morir? No; vivir, vivir mereces,
Y yo tu compasion. La hermosa tea
De la amistad que abriga el alma mia
Y hallaste siempre á tu querer dispuesta,
No se apagó jamas. Para que brille,
Fuerza es que al punto á dividirnos vuelva.
¡Dividirános; sí! Tú, cuyo golpe
Oscar implora, en nombre de las prendas,
Bienes y dichas que al morir dejaras,
Prométeme vivir. Borra, desecha

Tan infundado y bárbaro deseo.
¡Esposo de Malvina!, ¿quién debiera
Amar su estado, apetecer la vida
Si tú insensato la aborreces? Piensa
Cuán grandes dichas el vivir te guarda,
Y á solo el nombre de la muerte tiembla.
Sí, gózalas feliz, y muera solo
Quien de afliccion y angustia se alimenta,
Y agobiado del mal suelte en la tumba
La dura carga que en sus hombros pesa.
No quieras ser contigo más injusto
Que la suerte lo fué. Si su fiereza
Á un abismo de males te arrastrara;
Si con la copa del placer risueña
Te brindase benéfica, y al punto
De tus ojos se huyese como niebla;
Si de repente en crímenes odiosos
Tu gloria y tu virtud trocados vieras;
Y en fin si mal tu grado te abrasara
Á par del fuego de amistad la horrenda
Furia de amor, tu pecho destrozando
La garra del dolor que en mí se ceba,
No estorbaras tal vez...

DERMIDIO.

¡Oscar, detente,

Detente, no prosigas!

OSCAR.

Pues penetras
Todo el misterio, hiéreme: ¿Qué tardas?

DERMIDIO.

¿Por qué no me tragó la mar soberbia?
¡Miserable de mí!

OSCAR.

Para que hallases
En este amigo que te implora y ruega
Otro mortal más triste y miserable.
Tú de mi padecer la saña acerba
No conoces aún. Es un martirio,
Una pasion frenética, una hoguera
Que no basto á explicar. Aquí me abrasa,
En este corazon que ansioso alienta.
Acércate, Dermidio, y á mi pecho
Llega esa mano que ha de abrir mis venas;
Llégala y estremécete. ¿No sientes
Cuál palpita de horror? ¡Con qué violencia
Corre hirviendo la sangre, y el incendio
Que arroja el corazon bebe sedienta!
Este ardiente volcan, no te figures
Que es una llama débil, pasajera,
Obra de un dia, ó frívolo capricho;

Eslo de una pasion única, eterna,
Con el silencio y soledad cebada,
Que ya en despecho y en furor se trueca
Muriendo mi esperanza. Sí, Dermidio;
Y á su impulso fatal ceder es fuerza.

DERMIDIO.

¡Oh caro amigo!

OSCAR.

¡Amigo! En ti no veo
Sino un rival que con mi suerte juega,
Cediéndome y quitándome una dicha
Que más que honor y ser el alma aprecia.
Mas sin que huelles mi cadáver frio
No juzgues nunca que á tus brazos vuelva.
Sácamela del pecho ensangrentado
Do retratada está. ¿Lloras? En esta
Terrible situacion, no llanto, sangre
Debe solo correr.

DERMIDIO.

¿Sangre?... Pues sea;
Que con tan triste confesion á un tiempo
No podemos los dos hollar la tierra.

OSCAR.

No hay duda.

DERMIDIO.

Tu furor mi saña excita.

OSCAR.

Pues ¿cómo inútil á tu lado cuelga
Tu espada aun? La mia ya impaciente
Veo que á mi pesar corre á la diestra.
Defiéndete.

DERMIDIO.

Sí, Oscar. Véngate; es justo
Que en mi daño tu cólera se encienda,
Pues yo que tus desgracias he causado
Ser puedo sin morir testigo de ellas.
La muerte busco; por la muerte anhelo;
Dentro y fuera de mí todo me aterra.
En todo hallo un tormento irresistible.
El fuego que en tus ojos centellea
Provoca mi furor. Rabiosos celos
Del alma atormentada se apoderan
De un padre y de un esposo.—Mas primero
Que al rival que mis dias envenena
Reciba con la espada, al caro amigo
Deja que estreche por la vez postrera.
Vuelve á abrazarme, Oscar. *Se abrazan.*

OSCAR.

¿Y quién ahora

El bárbaro será que al otro hiera?

DERMIDIO.

¿Quién? El más infeliz.

OSCAR.

¿Á dónde es ida

Mi furia?

DERMIDIO.

Un nombre volverá á encenderla.

OSCAR.

No le digas.

DERMIDIO.

¡Malvina!

OSCAR.

¡Desgraciado!

DERMIDIO.

Hiéreme.

FILLAN *despertando.*

¡Padre!

OSCAR *huyendo.*

Niño, nada temas.

¿Por qué das gritos?

DERMIDIO.

Ya te sigo.

OSCAR.

Corre,

Huye, Dermidio; en su delirio ciega
Se ofusca mi razon.

FILLAN.

¡Ay, padre mio!
¿Te va á matar?

OSCAR *al entrarse, y* DERMIDIO *detras.*

¡Jamas, jamas!

ESCENA III.

FILLAN, CARIL.

CARIL.

En esta
Soledad ¿quién da voces? Y Dermidio?

FILLAN.

¿Vas tambien á matarle tú?

CARIL.

Sosiega,
Depon ese temor. ¡Qué! ¿desconoces
Á Caril? ¿Y tú padre?

FILLAN.

¡Corre, vuela,
Caril amado, á defenderle!

CARIL.

¡Cómo!...

¿De quién?

FILLAN.

De un hombre que matarle intenta.

CARIL.

¿Y á dónde fueron?

FILLAN.

Por el bosque entraron.

CARIL.

Pues guíame, Fillan: vamos apriesa.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

MALVINA, GAUL.

GAUL.

En esta selva y venerable tumba,
Donde los restos de Fingal descansan,
Debes jurar al malogrado esposo
Lo que de tí y Oscar su sombra aguarda.

MALVINA.

¡Oh Dios!

GAUL.

¿Dudas aún? ¿Por qué vacilas?
¿Qué importuna ilusion te sobresalta?

MALVINA.

Siempre, siempre me sigue y acongoja.

GAUL.

Teme, Malvina, que el deliquio abata
Tu espíritu otra vez.

MALVINA.

¡Que esta zozobra
No pueda yo, infeliz, lanzar del alma!

GAUL.

Ese temor, que al criminal persigue,
Que á Malvina afligiese no extrañara
Y al insensible Oscar, si de Dermidio
Desoyendo la súplica sagrada,
Cumplir el voto ardiente rehusasen
Que hizo espirando entre las ondas bravas;
Pero vuestra obediencia...

MALVINA.

Mi obediencia
Mal mi grado fatídica me espanta,
Y desde el punto que pisé cobarde
Esta mansion de muertos solitaria,
En triste y punzador remordimiento
Vi que mi antiguo susto se trocaba.
Contúrbame el deber, y oscura idea
Desde entónces me inquieta y acobarda.
¡Ah! Si á pesar del piélago irritado
De su furor mi esposo se librara,
¿Fuera inocente yo? ¡Duda funesta,
Duda terrible que do quier me asalta;
Hasta en los brazos del tranquilo sueño!

Oye, y tiembla, Gaul. En la pasada
Noche soñé que al resplandor sombrío
Con que la luna pálida las ansias
Del infeliz descubre, y triste lloro,
Ante ese propio túmulo postrada
Vine á ofrecer á Oscar mi yerta mano.
Él como tigre que su presa arrastra
Me llevaba al altar, cuando Dermidio
Súbito pareciendo entre las ramas,
Dame, grita, el depósito sagrado
Que yo te confié; y Oscar exclama:
Muerte, muerte será. Dijo, y al punto
Duro combate entre los dos se traba.
Mas como del furor no se revoca
La sentencia jamas, yo que su rabia
Contener quise atónita, ¡ay! en vano
Lo intenté; hasta mi pecho sus espadas
Se encendieron cruzándose, y ya entre ellas
Iba á espirar. Entónces, disipada
La sangrienta ilusion, un tierno infante
Llamándome su madre me abrazaba,
Volviendo con caricias inocentes
Su paz al corazon, su esfuerzo al alma.
¡Qué consuelo balsámico vertian
En mi pecho sus lágrimas! ¡Cuán blanda

La fugitiva imágen á mi sueño
Restituyó feliz la antigua calma,
Y al despertar despues, con qué dulzura
Su agradable memoria me halagaba!

GAUL.

Ese recuerdo lisonjero y grato
Con fausto auspicio vuestra union consagra;
Que, no tu esposo ya; Fillan, Malvina,
Por tu obediencia y juramento clama,
Pues en el punto que le dicte el labio
Cuanto perdió recobra y afïanza.

MALVINA.

Tienes razon. Yo débil demasiado
Temí de un sueño las ficciones vanas.
¿Quién sino Oscar el hijo de mis ojos
Podrá volverme? ¿Quién? Dió su palabra,
Y sabrála cumplir. Todo lo espero
De su amor y virtudes; ellas bastan
Á que Malvina como tierna amiga
Le ame, y le ame sin fin. ¡Qué digo, ingrata!
¿Como amiga no más? ¡Ah! Como madre
Amo, idolatro en su triunfante espada
El solo apoyo, el único consuelo
Que al hijo mio en su orfandad aguarda.

ESCENA II.

Los mismos, OSCAR *asombrado*, *fuera de sí.*

OSCAR.

No; no me seguirá... ¡Vanos temores!—
Mas ¿qué nuevo terror me sobresalta?
No; no me seguirá; lo ha prometido.

MALVINA.

¿Seguirte? ¿Quién? Mas ¡ay desventurada!
¡Tú deliras, Oscar!

OSCAR.

En vano quiere
Obligarme á un delito: tal infamia
Huyendo evitaré. ¡Jamas me vea!—
Mas hele aquí. Extranjeros, sin tardanza
Corred, salvadle, y oponed piadosos
Entre el crímen y Oscar una muralla.
¡Quiero inocente ser!

GAUL.

¿Quién te persigue?

OSCAR *siempre enajenado.*

Del ciego frenesí que me arrebata
¿No tienes compasion, bárbaro, y siempre

En seguir obstinado mis pisadas
Quieres imágen ser de mi desdicha,
Que de cebarse en mí jamas se cansa?
¡Oh suplicio! ¡Oh furor!

GAUL.

Falaz quimera
De sueño aterrador, Oscar, te espanta.
Reconoce á Gaul; oye, procura
Recobrar tu razon. ¡Amigo!...

OSCAR.

¡Calla!
¿Qué osaste pronunciar? ¡Nombre asesino!
¡Oh! Nunca, nunca de tu labio salga.

MALVINA.

¿Y Oscar podrá no amarle?

OSCAR *á* MALVINA.

Si por dicha
Vos lo sabeis, decid: ¿podré yo hallarla?
¡Malvina! ¿Dónde está? ¡Malvina!

MALVINA.

Ingrato,
¿Cuándo con mas ardor, con mayor ansia
Á tí se presentó? ¿Dónde, en qué tiempo
La voz que hoy desconoces por desgracia
Sonó más tierna, y á tu mal extraño

Más compasiva fué? ¿Cuándo mezclaran
Tan vivo llanto de afliccion mis ojos
Al que por tu semblante se derrama?

OSCAR.

¡Lloras!

MALVINA.

Vuelve en tu acuerdo, y á Malvina
Reconoce en sus lágrimas amargas.

OSCAR *más sosegado.*

Sí; verdad es... No hay duda. Sí; tu llanto
Hasta mi corazon benigno baja,
Y al eco de tu voz ¡siento un consuelo!...
¿Dejarte yo? ¡Jamas! ¿No eres el alma
Tú, y el objeto y la ocasion y el móvil
Del fuego oculto que mi pecho inflama?
Ya no pienso morir. La suerte mia
Contigo está. Donde Malvina se halla,
La vida mora; donde nó, la muerte.
Dí: ¿me abandonarás?

MALVINA.

Ántes que ingrata
Concebir pueda tan infiel deseo,
Muera mil veces yo.

OSCAR *mirando al rededor.*

¡Qué espesas ramas!

¿Dónde estoy? ¿Quién aquí me ha conducido?
¿No era esta selva fúnebre... Ó me engañan
Confusas ilusiones, ó esta noche...
Sí; junto á aquel sepulcro... Yo jurara
Que de un deliquio fúnebre despierto.

GAUL.

Tan solo un sueño turbacion tan rara
Pudo causar en tí.

MALVINA.

Sueño; no hay duda.
Disipe tu razon su niebla vana.

OSCAR.

Sueño debió de ser; pero el asombro,
El fantástico horror que me acosaban,
Mi triste pecho aterran todavía.
Gritos, sollozos, lágrimas, espadas,
Sangre... No puede ser: jamas á tanto
La barbarie llegó. Sí; yo soñaba.
Ni á tal atrocidad fuera posible
Que de otro modo Oscar se abandonara.
Mas ¡cuán culpable y bárbaro sería
Si fuese realidad!... Durmiendo estaba,
Durmiendo, no dudeis.—Pero... Dermidio...

GAUL.

¿Dermidio?

OSCAR.

Dí: ¿no vive?

GAUL.

¿Qué es lo que hablas?
¿Has podido olvidar que de las ondas
Fué víctima infeliz junto á esas playas
Que le vieron nacer, y que sumiso
Á su postrer deseo y esperanzas,
Vienes hoy á formar el dulce nudo
Por que anheló muriendo? ¿No pensabas
Jurar al niño cuya madre adoras
Su padre ser y apoyo de su infancia?

MALVINA.

¿Temes, Oscar, tan delicioso lazo?

OSCAR.

¿Quién?... ¿Yo?... *Aterrado.*

GAUL.

Mirad que el bardo se adelanta
Á autorizar el sacro juramento.

OSCAR *más aterrado.*

¿Cuál juramento?...

GAUL.

Oid.

ESCENA III.

Los mismos, *el* BARDO, *Acompañamiento.*

EL BARDO.

Oscar, las ansias
De un padre moribundo, un tierno niño,
Y su madre infeliz juntos reclaman
Tu virtud, y te ruegan que piadoso
Pongas fin á su mísera desgracia.
Ya de este bosque el fúnebre silencio
Tu voz está esperando; ya en las altas
Nubes se asoman á escuchar tus votos
Las sombras de mil héroes, y señala
La de tu amigo el anhelado instante
En que debes jurar.

OSCAR *fuera de sí otra vez.*

Él la arrebata
De mis manos... ¿Lo veis? He aquí su sombra
Que sigue á todas partes mis pisadas.
Ayer mi bienhechor, y hoy mi verdugo,
¡Deja la tumba, y vuelve á recobrarla!

MALVINA.

¡Oscar!

BARDO.

¿Será que tu deber olvides?
Una yo vuestras manos...

OSCAR.

Tente, aguarda;
Que está en sangre teñida.

BARDO.

¿De qué nace
Tan extraño terror?

OSCAR *horrorizado.*

¡Cruel fantasma
Se opone entre los dos! ¿Dónde pudiera
Su cólera evitar? ¿Dónde?

ESCENA IV y ÚLTIMA.

Los mismos, CARIL, FILLAN.

CARIL.

¡Venganza,
Venganza, amigos, si la voz doliente
De la piedad oís! Por ella clama
La sangre de Dermidio, y los sollozos
De este infelice que de verle acaba
Vilmente muerto en lo interior del bosque.

MALVINA.

¡Caro esposo! ¡Hijo mio! *Cae desmayada.*

GAUL.

¡Qué villana
Mano le asesinó?

CARIL.

Lo ignoro: Sólo
Dijo espirando que la herida infausta
Recibió combatiendo; pero el nombre
Jamas quiso decir de quien le mata.
Mas este acero, en la reciente sangre
Teñido de la víctima, declara
Quién fué el traidor.

OSCAR.

¿Cuál es?

CARIL.

Vedle.

OSCAR.

¡Es el mio!

MALVINA *volviendo en sí.*

¡Ay! ¡Dermidio murió! Tú que le amabas,
Y ya tu brazo en su defensa armaste;
Tú, mi sola defensa, sin tardanza
Véngale, amado Oscar; jura á su sombra,
Á su hijo, que de hoy más tuyo se llama;

Jura verter la sangre del impío
Que hundió el hierro alevoso en sus entrañas.
Y tú, caro Fillan, mira á tu padre...

FILLAN.

¡Huyamos, madre, huyamos!

MALVINA.

¿Qué te espanta?

FILLAN.

Él fué quien le mató.

OSCAR.

Yo fuí; yo he sido.
Esta sangrienta y espantosa espada,
Y el grito fiel de la amistad, que agudo
Mi corazon atruena y despedaza,
Me acusan sin cesar. ¡Delito horrible!
¡Impío asesinato! ¿Cuándo el alma
Le pudo concebir? De furia ciego,
Vil asesté la punta sanguinaria
Al seno de mi amigo. Yo ¡infelice!
La muerte sólo en medio de mi saña
Mil veces le pedí, y él en retorno
Tambien la muerte con ardor buscaba.
¡Y este fué el galardon.... ¡Oh amor, tirano
Del miserable Oscar; tú, que retardas
Mi despecho y furor!... Yo te detesto,

Cual me detesto á mi. Tuya mi infamia,
Tuya fué mi maldad. Odioso ahora
Al tierno amor y á la amistad sagrada;
Siendo terror y espanto de mí propio;...
Y la fria razon, funesta carga
Que me agobia cruel... ¿Dónde esconderme
Podré? ¡En la tumba! En ella mi esperanza
Está; mi único asilo. *Se hiere y cae.*

GAUL.

¡Oscar! ¿qué has hecho!

OSCAR *moribundo.*

¿Á Dermidio no oís que ya me llama?
Voy á unirme con él. ¡Adios, Malvina!
Fillan te queda. ¡Adios!... La voz me falta.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

SONETOS.

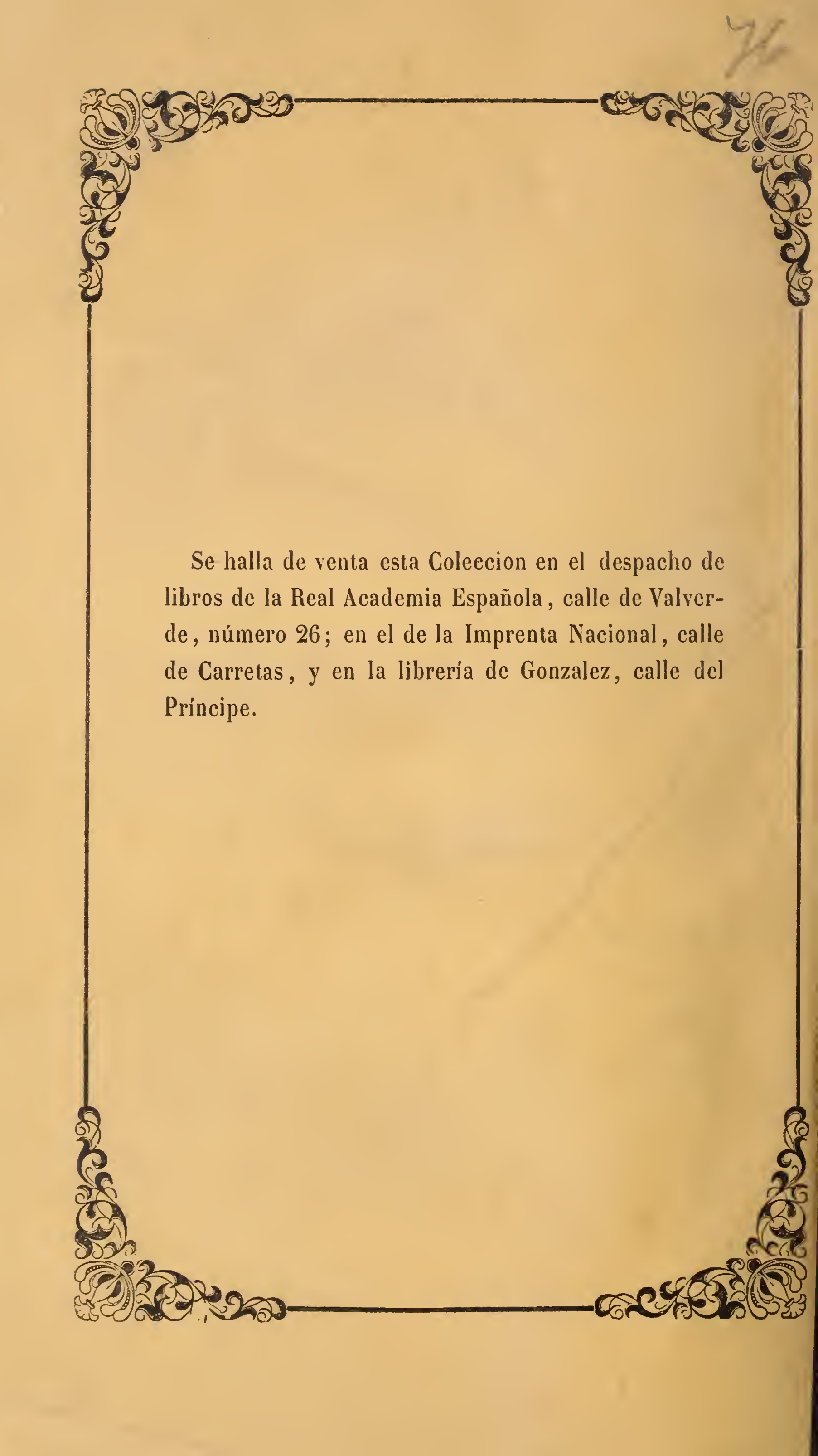
—

Páginas.

POESÍAS VARIAS.

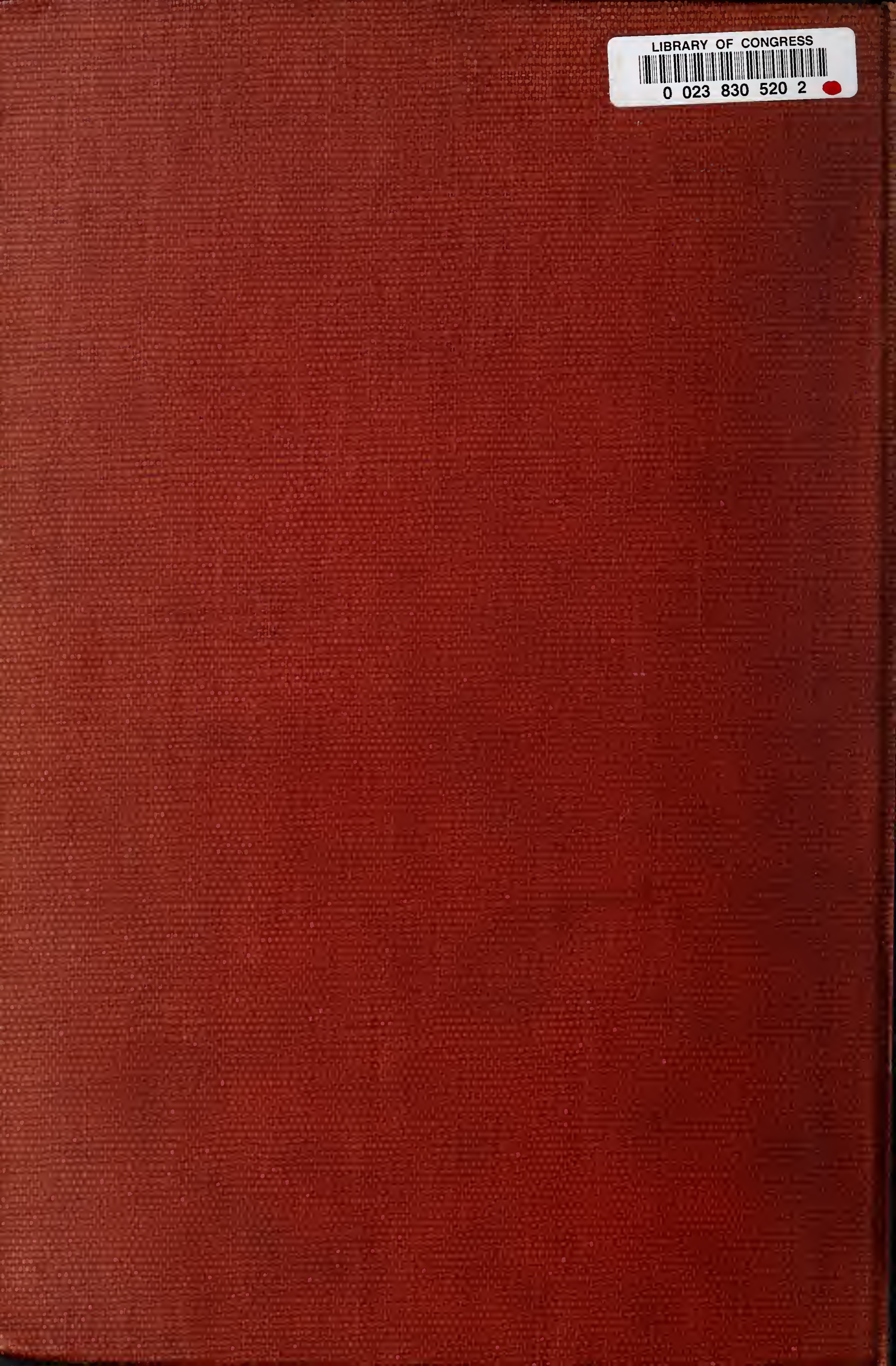
ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
136	4	MANUEL	MIGUEL
226	14	Occéano	Océano
240	8	hendir	hender



Se halla de venta esta Coleccion en el despacho de libros de la Real Academia Española, calle de Valverde, número 26; en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas, y en la librería de Gonzalez, calle del Príncipe.





LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 520 2